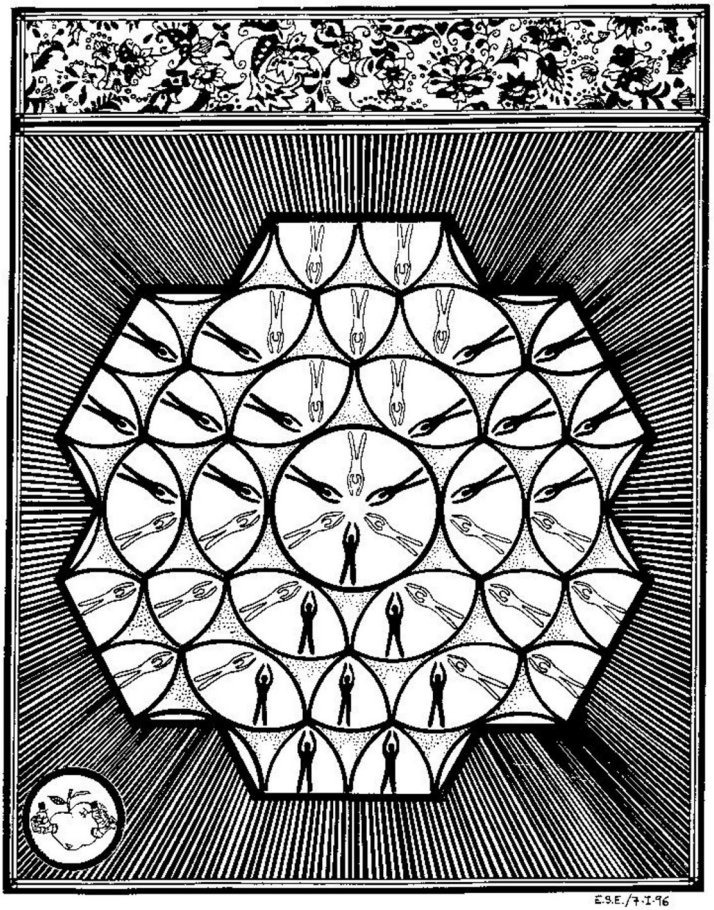
"El hombre que persiguió su sombra"



EL HOMBRE QUE PERSIGUIÓ SU SOMBRA

Redactores: JLM y JCJ. Nº5. Revista literaria sin nombre fijo ni contenido fijo que no se sabe si volverá a editarse.

EDITORIAL

Nuestro título de este número tiene reminiscencias de Peter Pan y cuentos infantiles. Pero aquí no hay un niño que perseguía su sombra separada del cuerpo, se trata de un joven, alguien que se enfrenta al mundo desde una nueva perspectiva. Ya eres adulto, tienes responsabilidades y deberes, tus opiniones son tenidas en cuenta, pero, ¿quién contestará ahora tus preguntas? Se te supone maduro. Eres adulto y todavía pretendes explicarte cómo has llegado a serlo. ¿Dónde quedó el niño que podía preguntar a los mayores todas sus dudas con la seguridad de obtener una respuesta satisfactoria y tranquilizadora? ¿Qué proceso te ha conducido a tu estado actual?

Eres nuestro hombre que persiguió su sombra. Quizá aún la persigues, pero no sería extraño que hubieras abandonado la búsqueda. ¿Qué búsqueda? La de tu pasado, la de ti mismo. "¿A quién le interesa conocerse?", será el comentario de algún listillo de esos que huyen de los problemas. A mí me interesa, y me sorprende que haya alguien capaz de negarse su propia curiosidad.

Pero no queremos hablar aquí de Curiosidad con mayúsculas, sino de esa inquietud más íntima de preguntarse por uno mismo. Hay pocas preguntas más interesantes que aquéllas que uno se formula a sí mismo acerca de qué o quién es, cómo ha llegado a ser lo que es, cuáles son sus ilusiones, metas o inquietudes. Es posible, y cómodo hasta cierto punto, vivir sin hacerse esas preguntas. Uno puede limitarse a vivir como viven los vegetales y la mayoría de los animales: siguiendo un programa de desarrollo cuya culminación es dejar descendientes y morir. También puede seguir un programa ajeno -esta opción es más propia de los humanos, nosotros los seres inteligentes- que incluye cumplir con una serie de preceptos aceptados por costumbre más que por razón o deseo. Por último puedes plantearte tu vida como lo que es: tu propia

singularidad en la que debes tomar decisiones y escoger entre múltiples caminos, y en la que, ante todo, debes ser responsable de ti mismo, consciente de que aquello que haces, aquello en lo que te conviertes, es obra tuya, responsabilidad tuya. Si creyeras en el espíritu te diría que a lo largo de tu vida no haces otra cosa que forjar tu alma. Si no crees en él, al menos admitirás que moldeas tu vida, lo único real que posees. Sea como fuere, nos parece importante que cada cual se plantee su vida en todo momento. Que cada cual quiera saber de dónde viene y dónde quiere ir. Puede que haya muchos dóndes confundidos y puede que no vayamos a ningún sitio. Puede que no haya utilidad en ello. Puede que por más que busquemos esa atrayente y esquiva sombra nunca seamos capaces de encontrarla ni de conocernos, pero un hombre nunca podrá presumir de ser consciente si no se hace preguntas, sobre todo si no se pregunta sobre sí mismo.

Si discrepas de esta opinión, permítenos llamarte inconsciente. En estas páginas trataremos de derramar sobre ti una parte de nuestra supuesta consciencia. Si no despertamos la tuya esperamos que, al menos, las sombras que te pintamos te resulten divertidas, porque, si la vida no es divertida, entonces decidme: ¿qué placer proporciona la consciencia? Entonces, cuando llega el hastío, también nosotros preferimos el indoloro olvido en el que las sombras ya no se persiguen, porque son lo único que queda.

Pero no nos deprimamos. Puesto que apostamos por la vida, os invitamos a seguirnos en la búsqueda de nuestras sombras y de nosotros, en la búsqueda de nada, pero en la huida de la inactividad.

PARO

El síndrome del qué soy para los demás se apodera de mí poco a poco, me va venciendo a la vez que crezco; porque crecer es salir de tu mundo para entrar en el de los demás. Hoy he perdido mi empleo en la fábrica de detergentes y me siento mal. No hacía nada bueno para el mundo aparte de aportar mi granito de residuos tóxicos todas las mañanas. Pero me siento mal porque mi suegra le dirá a mi mujer que soy un inútil y que no debería haberse casado conmigo, porque mi vecino, que trabaja en una oficina y que nunca entendió que yo que trabajo con las manos ganase más dinero que él, se sonreirá cuando me vea pasar. Mi

vida la llené del vacío de mi insulso trabajo hasta el punto de que ahora me parece vacía sin él...pero recuerdo que cuando comencé a trabajar también me lo parecía, pero la gente me decía:

-Bien chaval, ya tienes trabajo ahora ya eres una persona.

Yo siempre me he sentido persona pero aquello me resultaba agradable oírlo y mi cerebro y mi alma cedieron al síndrome del que hablé al principio...tal vez sea hora ya de despertar a la censura de mi propio yo y mi yo me dice que no intenté buscar lo que quería, que no supe resistir la soledad de la incomprensión, que prostituí mi alma por un plato de detergente...me da igual mi suegra, me da igual mi vecino, me da igual la estética del trabajo, me da igual lo que piense de mí alguien que no sea yo, mi vida ha de ser un parque de atracciones para mi alma, ha de ser el trampolín de mis sueños y no la piscina donde los ahogo a medida que sube el nivel...lo siento amigos pero el reflejo de mi vida en vuestros comentarios ya no es el norte de mis acciones.

Hoy he perdido mi trabajo, pero me he recuperado a mí mismo.

Juan Carlos Jiménez Moreno

REFLEXIONES SOBRE EL TIEMPO

Quisiera en este corto viaje dejar huella de mi presencia. De otro modo sería como si nunca hubiese vivido, como si nunca hubiese pasado por aquí. De otro modo, tal vez, los días se deslizarían vanamente, la vida parecería inútil.

Siempre deseamos el paso del tiempo. Nos pasamos la vida esperando el futuro (los exámenes, el lunes, el servicio militar). Tal vez llegue el día en que gocemos plenamente de nuestro presente. Tal vez algún día hasta los lunes nos parezcan maravillosos.

Quisiera seguir mi propio camino, escribir las letras de mi biografía, gozar de la libertad de saberte dueño de tu destino. Quisiera, en fin, resucitar a mi inocencia perdida.

Narciso Tuera

A ti,
solo a ti.
Rostro inexpresivo

rostro inalterable
mirada pensativa
de observador incansable.
Nunca un gesto de alegría,
tristeza o emoción
dejaste traslucir,
esa forma de mirar
contenía secretos
algún día
posiblemente confesables.
No dabas ocasión de leer
en ese rostro,
sobre esas líneas,
lo que pensabas de tu locutor
en ese momento,
en ese preciso instante.
Era una mirada indiferente a veces,
otras, trascendente y penetrante.
Ni a ese, tu cuerpo menudo,
nunca vi temblar de pavor
ante horrores evitables.
Parecías vivir,
una realidad
en otro tiempo,
tu propia historia
en otro lugar,
tus pensamientos siempre
divagando en otra parte.
Sí,
era como si el mundo fuera
ajeno a ti,
como si nada pudiera influir
en ese sosiego aparente
de tu persona,
un todo autocontrolable.
Quizás en cierta ocasión

un atisbo de esplendor
iluminó aquel rostro y
tu mirada era la llama,
tu cuerpo el calor
de un fuego que se expande
y es que pudiste sentir aquello,
que la gente llama amor,
aunque fugaz,
pues como un cortafuegos
pronto te bloqueó el camino
hacia ese mundo,
todavía, para ti,
desconocido e intraspasable.
Tu corazón intentando romper
aquella coraza,
dejaba asomar en tu persona
sentimientos latentes hasta entonces
que avanzaban hacia el exterior
a su palpitar
a su ritmo constante.
Entonces, pudiste comprender
que comenzaba la vida
a ofrecerte nuevos cambios
y que nada es imperecedero
ni esa mirada,
ni ese rostro,
ni tal vez ese amor
que sentías en aquel momento,
en aquel preciso instante.

Almudena González Benito

DESCARTE SIN ESE

QUÉ BLANCO ME RESULTA EL ETÉREO SONIDO DE ESTA BRISA
NO TIENE COLOR Y SIN EMBARGO HA CEGADO MI ALMA
ACASO HE MUERTO Y ESTOY EN EL CIELO

SI ES ASÍ, MI AMOR NO HA MUERTO CONMIGO, ES MÁS… ES LO ÚNICO QUE SIENTO VIVO DENTRO DE MI, PERO… TAL VEZ ESTE EXTRAÑO LUGAR NO SEA EL CIELO, PORQUE NO TE VEO CERCA DE MÍ Y CON TU AUSENCIA NO HAY CIELO POSIBLE

¿ES ESTO EL INFIERNO? PERO SIENTO QUE AMO Y EN EL INFIERNO NO SE SIENTE OTRA COSA QUE ANGUSTIA Y DOLOR… ENTONCES ¿DONDE ESTOY?… SERÁ QUE ESTOY VIVO, SEA PUES:

AMO LUEGO EXISTO

J.CARLOS

LA PERCEPCIÓN

Contaba con catorce años recién cumplidos cuando le llegó la percepción que le hizo comprender el mundo que le rodeaba de un modo diferente al que le habían enseñado. Ya desde mucho tiempo atrás sabía que era distinto a los otros. No existía en él ninguna diferencia fundamental, nada intrínsecamente distinto. Posiblemente no era más inteligente ni más penetrante en sus juicios. Quizá la única diferencia estribaba en una mayor sensibilidad para apreciar el mundo y en el valor suficiente para enfrentarse a lo establecido, valor que quizá nacía de su falta de prejuicios.

Juljunipar era un alumno brillante en su instituto. Todos estaban de acuerdo con esa apreciación. Pero, a la vez, todos coincidían en que se trataba de un muchacho problemático, como ya lo había sido en los tiempos del colegio. Esto no era ninguna novedad al comenzar el decimocuarto aniversario de su existencia. Pero sí fue novedosa la visión que acompañó la celebración de su cumpleaños.

Quizá todo surgió de una frase de su madre, más preocupada por su futuro que de costumbre:

-Hijo, hoy cumples catorce años, ya va siendo hora de que dejes de ser un niño y empieces a madurar. Debes comprender que tu actitud puede cerrarte muchas puertas en el futuro.

La madre sólo veía la rebeldía del hijo, pero no podía comprender sus razones. Es posible que Juljunipar tampoco las comprendiera por aquel entonces. Pero las palabras de su madre fueron seguidas por sus propios pensamientos y un fogonazo de sabiduría

iluminadora que supuso una de las más importantes experiencias místicas del profeta.

Era obvio para Juljunipar que los demás alumnos tenían una idea demasiado brillante de su mundo como para podérselo cuestionar y apreciar las endebles bases sobre las que se asentaba. Apenas un niño, Juljunipar se sintió henchido de una cierta madurez que no era la que su madre esperaba de él. Era como si se hubiera vuelto viejo y sabio y pudiera ver desde otro lugar los mezquinos trabajos de las gentes de Junipundia.

Juljunipar se sintió rodeado de niños traviesos en un mundo joven e inmaduro. La sociedad era el patio de recreo donde millones de compañeros indisciplinados se disfrazaban de adultos y se entretenían con juegos peligrosos, convencidos de hacer lo correcto. La sociedad que el hombre había construido era tan sólo un juego de niños, pero un juego desorganizado al que era difícil encontrarle pies ni cabeza. Se basaba en una serie de principios ridículos, más ridículos que las reglas de la mayoría de los juegos infantiles que, de vez en cuando, habían entretenido los descansos entre las largas meditaciones de Juljunipar. Lo extraño era que aquellos ridículos principios parecieran incuestionables. Hasta tal punto era así que cualquiera que se atrevía a oponerse a las viejas reglas debía ser eliminado o convencido para entrar en el juego. Más extraño aún era que aquellos principios se mantuvieran a pesar de haber demostrado durante mucho tiempo que eran completamente ineficaces.

Los principios que constituían la base de la sociedad eran, en apariencia, muy variados, pero Juljunipar descubría fácilmente un sólo principio unificador tras todos ellos: la satisfacción del egoísmo de unos pocos. Lo importante de aquel juego, como de casi todos los juegos infantiles, era ganar de cualquier manera. Lo malo no era que aquel juego de la sociedad fuera infantil. Lo malo era que los jugadores que parecían niños en verdad no lo eran, lo cual convertía el juego en algo mucho peor que una simple competición infantil. Y Juljunipar, en una de sus grandes revelaciones, se atrevió a plantearse la gran pregunta: ¿cómo puede ser divertido y justo para todos los participantes aquel juego en el que sólo cuenta ganar y satisfacer tu propio egoísmo? Estaba muy claro que aquel no era un juego divertido. Los hombres lo sabían desde mucho

tiempo atrás, pero en lugar de dejar de jugarlo se limitaban a enmascarar la realidad del juego con otros principios aparentemente justos y en el fondo meras hipocresías que ayudaban a favorecer el juego original.

Las reglas rara vez se definían explícitamente, pero Juljunipar se sentía capaz de describirlas perfectamente. Los principios aparecían mezclados entre sí, como si unos se formasen, explicasen y justificasen a partir de los otros. Esa imbricación era bastante útil para el sistema, puesto que cualquier objeción debía referirse al conjunto y no a cualquiera de sus partes integrantes.

Muchas reglas parecían solidarias. Pero la solidaridad residía, normalmente, tan sólo en los engaños del lenguaje. Cuando los dirigentes apelaban a la solidaridad y el bien de la humanidad solían referirse, contrariamente, a una solidaridad y un bien restringidos a algún grupo determinado. Juljunipar no sabría decir si aquel carácter gregario de la gente era algo innato o adquirido. Lo que sí sabía con certeza era que aquello no era, en absoluto, ninguna prueba de madurez. El profeta tenía la impresión de que muchas de las actitudes propias de los hombres partían de comportamientos casi instintivos que eran hábilmente deformados para convertirlos en normas deseables de conducta dentro de la sociedad.

Para Juljunipar uno de los problemas fundamentales parecía ser la incapacidad de la mayoría de la gente para manejar más allá de dos o tres ideas básicas y sencillas con las que construir toda su vida. Cualquier idea añadida suponía una incómoda e indeseable complicación. A la falta de capacidad se unía la falta de visión. Los hombres no podían pensar en un objetivo futuro ni trabajar en su favor. Eso también favorecía al sistema. Esta falta de previsión llevaba a los hombres a tropezarse con los desastres cuando ya no podían ser evitados. A mucha gente siempre le parecía ideal aquella situación en que las cosas parecen funcionar. A esa apariencia de estabilidad, que casi siempre es falsa, se aferraban casi todos los hombres que Juljunipar conocía. De la tranquilidad que les proporcionaba el funcionamiento instantáneo de la sociedad nacía su alergia al cambio. Igualmente, una semejante ceguera hacia el pasado les hacía olvidar los numerosos desastres a que los

habían conducido similares situaciones ideales en otros tiempos, la mayoría de las veces nada remotos.

Esa falta de memoria y previsión permitía que medrasen los más abyectos comportamientos, aceptados socialmente. ¡Y muchos de sus locos practicantes se consideraban personas maduras, sensatas, buenas y juiciosas!

La violencia, el ansia de triunfo, la deificación del trabajo, la idea de que la estabilidad social -la actual, que tan falsa le parecía a Juljunipar como cualquiera otra- es la base de la familia, los nacionalismos, el productivismo, comercialismo, comunismo, socialismo, liberalismo, utilitarismo y tantas otras ideologías tan sesudas y, por otra parte, fáciles de definir y de simplificar hasta un mero fanatismo, constituían una parte de los innumerables ejemplos de la estupidez humana que contradecían esa falsa idea de madurez.

Muchas ideologías se basaban en el racionalismo, otras hacían primar los sentimientos. Muchas veces una u otra postura dependía tan sólo del tipo de beneficio esperado. Siempre vuelta al egoísmo. Podía ser que el hombre fuera esencialmente egoísta, lo curioso era que sintiera la necesidad de ocultarlo a sus semejantes.

A Juljunipar le sorprendían tantas y tantas manifestaciones de la estupidez humana que no sabía por dónde debería empezar a derribar el edificio cuando se propusiera hacerlo. Aunque, por otra parte, sabía que cualquier cambio debería conservar parte del edificio para ser viable. Le sorprendía que el hombre hubiera convertido su trabajo en lo más importante de su vida, pese a saber que el hombre es esencialmente perezoso y que, en todo caso, le gusta jugar y, en consecuencia, entretenerse. Era curioso como el trabajo, castigo divino para muchos, se sacralizaba para obligar a todos a llevarlo a cabo salvo que pudieran permitirse vivir sin él. Igualmente curioso era que todos los gobiernos buscaran la justicia social a través de sistemas dominados ideológica, política y económicamente por unos pocos, y que pretendieran la libertad y la igualdad a través de gobiernos supuestamente democráticos que, en el fondo, defendían una serie de supuestos preconcebidos por unos cuantos. Y la economía era otra de esas sesudas ciencias construida sobre la punta de un alfiler. ¿En qué cerebro cabe la idea de que una economía va bien solamente en el insostenible caso en

que crece continuamente? ¿Es que no existe, cuando menos, el insalvable límite de los recursos disponibles? Claro, que siempre existían los juegos de prestidigitación que conseguían crear riqueza e igualdad a través del adecuado procesado de unas cifras sobre el papel.

Y las guerras, las malditas guerras, peleas, reyertas, batallas, que habían acompañado a casi todos los hombres durante toda la historia de la humanidad. ¿Había mayor prueba de descerebramiento e inmadurez que aquel querer solucionar problemas -que a veces sólo existían en la imaginación o se basaban en los dudosos ideales de la defensa de la libertad o de la entidad nacional que ocultaba a los hombres bajo la imbecilidad de una inerte patria- a fuerza de golpes y tiros. O el uso de la espiritualidad para favorecer intereses propios o ajenos. ¡Cuánta solidaridad falsa consumía los escasos esfuerzos por mejorar el mundo! O esa absurda idea de conservar tradiciones que nunca existieron y situaciones condenadas al fracaso, mientras la gente se mantiene indiferente al negro futuro que está construyendo para sus descendientes y para un mundo que ha tenido que soportar la presencia de estúpidos durante mucho tiempo.

Juljunipar se sentía capaz de seguir enumerando tristes ejemplos de la estupidez humana que negaban esa madurez que le pedían alcanzar. Por otra parte creía comprender a sus mayores. Un ciego no puede comprender el significado de la luz cuando no la ha visto. ¿Acaso no estarían todos los hombres, o la gran mayoría de ellos, ciegos ante los defectos de su mundo? Aparte de tanta estupidez, Juljunipar también era capaz de apreciar bondad y belleza en muchas acciones parciales de los hombres. De hecho muchos de ellos creían estar construyendo un mundo mejor y no podían comprender su error. Por eso se consideraban maduros y adultos y educaban a sus hijos para proseguir el camino equivocado. Algunos había que, por alguna razón, eran capaces de ver la sinrazón del camino elegido y pedían volver atrás, sólo que no se sentían capaces de indicar un camino correcto o, por lo menos, alternativo.

Juljunipar, quizá afectado por la presunción que achacaba a los que lo rodeaban, creía poseer la solución, conocer el buen camino. Miraba a su alrededor y él, chiquillo de catorce años, veía a sus mayores como muchachos dando inseguros pasos hacia un futuro que casi nadie quería ver. Sin embargo, a pesar de todo y quizá porque su supuesta

inmadurez pecaba además del pecado de la ingenuidad, Juljunipar se mostraba optimista. Por eso Juljunipar, aquel día de su percepción, se reafirmó en su ya antigua decisión de cambiar tantas cosas feas del mundo para buscar la imposible felicidad de los hombres. Y, por alguna razón, aquel reconocimiento de las propias limitaciones de los hombres y de sí mismo, pese a la penetración de su mirada, le hizo sentir verdaderamente maduro, aunque sabía que toda su visión podía ser tan irreal como cualquier otra.

Como tampoco quería desilusionar las falsas esperanzas de su madre, salió por un momento de su ensoñación y respondió a la petición que le había formulado:

-Tienes razón, mamá, intentaré madurar lo antes posible y ser un hombre de provecho.

Y, al decir esto, estaba seguro de decir la verdad, aunque también sabía que su madurez no iba a ser la que esperaba su madre de él.

Juan Luis Evangelista
(de "Juljunipar el Junipundista")

EL HOMBRE QUE PERSIGUIÓ SU SOMBRA

Me he descubierto a mí mismo pensando que tal vez no soy todo lo que quería ser cuando era pequeño y esto me ha sorprendido. El futuro que nunca llega cuando eres niño ya ha llegado. Se lo he preguntado a mi padre y él me ha dicho:

-Hijo, eso es que te has hecho mayor.

-Pero yo no quiero ser mayor todavía.

-Sí que quieres...o de lo contrario seguirías soñando. Madurar es un acto voluntario de tirar la toalla y elegir el camino más transitado pero menos interesante.

-Pero padre si me paso la vida soñando no viviré el presente y jamás llegaré al futuro.

-Eso es imposible.

-Está bien pero, ¿qué gano soñando?

-Soñar es ser el guardián de tu propio destino, es realizar la agenda de tu propia existencia. Esto no te salva de la realidad pero la

matiza y lo que es más importante: el único juez de un sueño es el que lo soñó y eso se parece tremendamente a ser libre.

Después de estas palabras he tocado la cara de mi padre y estaba fría, he acercado más mi mano y mi padre ha acercado la suya a la mía. He tocado su mano y también estaba fría como el agua de un estanque.

Juan Carlos Jiménez Moreno

QUISIERA SER ADULTO

Quisiera ser adulto, me digo cada día,
y maduro y sensato, ser un tipo fiable.
Quisiera ser grande, bueno, rico, ser amable
y me cuentan que eso no es más que tontería.
Es que no soy maduro, es que soy muy variable.
Es que soy aún muy niño, mi padre me porfía
y deduce, por tanto, que esta cabeza mía
aún sigue dando vueltas, sin norte o guía estable.
Y yo respondo entonces, buscando en mi memoria,
aquellas enseñanzas que mis padres me dieron
buscando que creciese sin malgastar la gloria
de mis años más jóvenes, los que ya se fueron,
de los años pasados que ya se han hecho escoria,
y me han dejado igual de niño como me vieron.

Mas noto que los ritmos van cambiando,
que ya no soy igual a lo que era,
tal vez el tiempo largo de mi espera
cede su sitio a un yo que va llegando
trayendo sin querer, sin ir buscando,
al adulto que otros querían que fuera.
Ya no hay príncipe azul que va luchando,
en pos del gran amor, su gran quimera,
mejor me quedo aquí, sentado afuera,
y espero lo que el tiempo me va dando.
Pues si eso es madurez, ya no la quiero,
si ser maduro es sólo estar sentado

pidiendo que el destino no sea fiero,
prefiero voltear mi nuevo estado,
convertir mi locura en lo primero,
y volver a la infancia del pasado
en la que si estoy vivo no estoy quieto
ni tengo que pensar con parapeto.
Antón Martín Pirulero

UNA EXPERIENCIA PERSONAL

Eso es lo que os quiero contar. Tal vez os sea de utilidad, tal vez no. Yo os la cuento igual. Tampoco sé si a mí me sirvió de mucho, aunque cualquier experiencia es buena y nos ayuda a madurar en cierta medida.

Te dicen que la mili no sirve para nada. Es mentira. O eso creo yo. La hice en Tierra y con un buen enchufe, todo hay que decirlo. Me lo pasé bomba. La mayor parte del tiempo estaba tocándome los perenganillos. Vamos, igual que hago en mi casa y sin que nadie -léase mi madre- me echase la bronca. Me metieron en una oficina y allí lo pasé fenómeno. Nadie me molestaba, nadie me exigía nada. No aprendía mucho, pero me daba igual. Bueno, he dicho al principio que la mili me fue útil. Y, ¿para qué?, me preguntaréis. Hombre, la oficina para poco, aunque no me quejo. Lo que pasa es que hubo un teniente al que le dio por joderme durante unos días. Al tipo no se le ocurrió otra cosa que meterme al curso de conductores, para aprender a llevar camiones y todo eso. No sé para qué coño quería yo conducir camiones, preguntádselo al tipo ese.

Nada, que me tocó ir con otros imbéciles a conducir y hacer exámenes, pero, ¡ca!, como que me iba a quedar yo haciendo el imbécil en el circuito. ¡Una mierda! Moví un poco los enchufes y todo se arregló. Sólo monté un día en un camión y di vuelta y media jodidamente. Me enteré de que hay dos embragues, de que los trastos esos son más difíciles de manejar y poco más. Me devolvieron a la oficina y santas pascuas. Pero no os creáis que perdí el tiempo. Ya que me metieron al curso de conductores, aproveché para agenciarme unos cuantos carnets. Estuvo tirado. Sólo hay que saber mover los hilos, si tienes hilos que mover como yo. Me dieron todos los carnets, hasta el de autocares, tíos.

No pensaba usarlos, pero oye, si los puedes conseguir y sin exámenes ni leches, pues vamos, que vengan ya mismo.

Pues mira, resultó que sí que me sirvieron. Pasó la mili, me licenciaron, seguí tocándome los perenganillos y, de vez en cuando, curré un poquillo para que la vieja no se quejara. Y mira, me encuentro un día con un amigo autobusero y me dice que un compañero se les ha puesto malo de repente y no saben qué hacer. ¡Macho, eso no es problema!, le digo. Mira, yo tengo el carnet y os saco del apuro. Os hago una suplencia y ya está. ¿De verdad tienes el carnet?, me pregunta desconfiado. ¡Hombre que si lo tengo! Mira, nuevecito. Que, si quieres, llevo yo el trasto y ya está. ¡Para qué están los amigos! Pues cojonudo, macho. Eso sí, ¿cuántas pelas? No es mucho. Es un apuro y sirve cualquiera, así que no me hacen ni la prueba. Si lo hago bien, me dice el colega, puede que me llamen para otras cosas. ¡Anda que si te hacen fijo!, me dice. ¡Joder, no me vengas con mierdas! Este tío se cree que me voy a pasar la vida sentado en ese cacharro. Oye, como diversión, está bien, pero como curro, ¡menudo coñazo!

Pues dicho y hecho. Que si me tengo que poner el uniforme. Pues vaya gaita. Azulón nada menos. ¡Vaya cagarro de uniforme! ¿Y no puedo ir en bermudas? No veas qué pasada. Anda que no me molaría a mí ver a un gachó con bermudas, hawaiana, gafas de sol y sandalias. Pero no me dejan. Bueno, pues me pongo el trajecito, qué le vamos a hacer.

¡Hostias! ¡Vaya trasto que me endiñan! Me meto en la cochera y resulta que el bus es uno de esos superlargos con fuelle en el medio. ¡Cojonudo! Me monto y el colega me dice que si el recorrido es tal o cual. Ni le escucho, vamos. Le digo que sí, que está todo muy claro. El mamón me dice los precios de los billetes y yo hago como que me entero muy bien. Si este supiera... ¡Zaca! Me monto y las paso putas para arrancar. ¿Te pasa algo? -el colega-. No hombre no, ¿qué me va a pasar? Es que hace mucho que no llevo uno como este. ¡Toma! Al final lo arranco y salgo de cocheras. ¡Qué pasada! El trasto es más largo que un día sin pan. La gente espera en la primera parada, nada más salir de las cocheras. Un billete para nosedónde, dice el vejete. Sí hombre sí, lo que tú quieras, viejo. Se montan tres o cuatro más. Un chaval con chupa de cuero, greñas y gafas, ¡jo!, cuánto me recuerda a mí mismo hace tres años. Se monta una tía con la niña, mira que son pijas las dos. Y se monta una

pibita macizorra. Tía sube gratis, a ti te hago yo luego un favor. Se ríe la muy puta.

¡Venga, que nos vamos! ¿Cómo leches se cierran las puertas? Mira, les doy a los botones y alguno será: luces, limpiaparabrisas, vaya, ya se han cerrado. ¡Adelaante!, parezco el capitán de un barco. ¡Toma! Salgo a toda hostia. El viejo tiene la cara blanca como la cera. ¿Qué? ¿No mola? Soy el amo de la carretera. Tengo carro para rato. La pija se queja y la niña se pone a llorar. ¿Qué pasa vieja? ¿Qué nunca has montado en el bus? Mira el mamón del mercedes, me quiere adelantar. Venga volantazo. ¡Toma, gilipollas! Ya le he sacado de la carretera. Voy a cien, ¡qué pasote! Alucina tomar las curvas a toda hostia. El culo del bus se va para los lados y el tío de las greñas, que se ha sentado al fondo, está pegando botes y se caga en mis muertos. ¿Dónde te han dado el carnet, gilipollas? Si tú supieras. Pero no me enfado. Esto es cojonudo. Al viejo le va a dar un infarto. La gachí está de los nervios. Ya te tranquilizo yo luego. Pero, ¿dónde coño vamos? Pues no lo sé, la verdad. El colega me lo dijo, pero ya no me acuerdo. ¡Paff! Ya me he llevado por delante otro coche. ¡Hala, gilipollas! Esto para que no te metas con los que somos más grandes. ¡Ostras, ¡que atropello a un ciclista! Volantazo y ya está, me he llevado por delante una valla y dos árboles. ¡Tate! No te salgas de la carretera. ¡Para, cabronazo!, es el grito unánime de mis cinco viajeros. Yo ni caso, a lo mío. El motor hace un ruido raro. ¿Qué quieres? No sé cómo se meten las marchas. Anda que si el cacharro explota. Me acojono un poco, pero no tanto como la gente del bus. Están todos como la leche. La gachí maciza está echando la pota en el pasillo, ¡será guarra! Mucho quejarse, pero nadie se mueve. ¡La hostia! Los tienen puestos en la garganta, por corbata. ¡Hijoputa! Toma corte de mangas, picoleto de la moto. Yo sigo a lo mío. No sé si hay alguna parada. No me las conozco. Ni sé por dónde voy. Pero me lo estoy pasando de puta madre. Ahora el pitufo de marras me sigue con la moto. Habrá llamado a sus colegas y vendrán con sus cochecitos y las sirenas. Me los podía llevar por delante, pero no tengo ganas de historias con la bofia. Corto por lo sano y me salgo de la carretera. Giro y me meto en el carril de sentido contrario. ¡Jo! Anda que no es difícil dar la vuelta a este trasto en mitad de la carretera. Ya voy bien. No se puede decir lo mismo de los colegas que van conmigo. El viejo está de color verde. Este tío la

espicha. Al greñas se le ha descolocado el despeinado, se le han caído las gafas y parece que está bizco. La maciza chilla como una histérica y se le pone cara de mono. La madre tiene un síncope y la chica, tan pija que parecía, se ríe como loca.

Ya me aburro. Parece que comienzo a controlar el cacharro y no me ocurre nada nuevo. Decido que es hora de volver. Pero no sé cómo. ¿Por dónde hemos venido?, le preguntó al viejo. No contesta. No sé si está fiambre o no le sale la voz. ¡Pues vaya mierda! Agarro por donde pillo y sigo a los demás coches. ¿Dónde va Vicente..? Pues eso. Pero va y me sale otro gilipollas de cara. Vale que la calle no es de uno, pero cómo querrá el mamón este del camión que lleves un monstruo como el autobús por tu lado. Ya no puedo seguir por el centro de la calzada. ¡Como que me lo voy a tragar al puto camión! Giro de golpe y me salgo de la carretera otra vez. El bus se tuerce, parece que vamos a volcar. ¡Bumba! Menos mal que había un árbol bien gordo por medio. Nos la damos y volcamos, pero casi es una suerte, porque se me habían ido los pies de los pedales y ya no me acuerdo de cómo se frena este trasto.

Lo siento, señores, hemos tenido un pequeño accidente -le digo a la gente. Me imagino que la empresa les devolverá el dinero del billete. Es lo menos, ¿no? La madre y la niña salen corriendo. No tienen nada. El tío greñas chorrea sangre por la cabeza. ¡Qué espectacular, tronco! Pero no será nada, porque se levanta y se aleja corriendo de dónde está el bus. Yo creo que aunque se le hubieran escapado los sesos de la cabeza, habría salido por patas igual. Para mí que se lo ha hecho en los pantalones. Mira el viejo, ¡y parecía tieso! Se levanta como puede y sale por la ventanilla dejándose el garrote. ¡Qué vivan los abuelos sanotes! Y la maciza sigue chillando como loca tirada por el suelo. La ayudo a salir. ¡Joder, si está maciza la tía! Se lo digo: estás buenísima tía, cañón. La invito a venirse conmigo, pero no se enrolla. Sigue en el suelo chillando. Casi da asco verla. Si no fuera por lo buena que está. Aunque ahora colorada como un tomate, con el pelo revuelto y restos de vómito chorreando por el vestido no es lo mismo. ¡Será guarra! Buena está, pero tampoco es la tía una top model. ¡Anda y que te den!

El autobús está tirado con las ruedas para arriba todavía girando. Anda que si pega un explotón. Me alejo. Me pongo a hacer dedo y nadie me recoge. Echo a caminar y encuentro un teléfono. Llamo a mi

colega y le digo lo del accidente. ¡Cómo se pone el tío! Vienen de la empresa. Se enfadan porque tengo el uniforme hecho unos zorros. ¡Qué más les da! Era una mierda de traje. Anda que cuando vean el cacharro, me digo. Tengo razón, al colega le da un patatús y el jefe echa espuma por la boca cuando ve el bus tirado por el suelo. Me preguntan qué hacía allí con el autobús en vez de seguir la ruta. ¡Y yo qué sé, colega! Le digo que me pague y se me pone borde. Encima eso. Vale que me lo he pasado cojonudamente, pero también quiero cobrar, que para eso me lo he currado. Pero nada, el andoba no suelta prenda. Dice que me va a denunciar. No hace falta, ya llegan los de la policía y nos interrogan, me detienen y me llevan al trullo. Menos mal que con mi viejo no valen esas historias. Eso de tener un papi que te saca de todos los malos rollos está bien. Me vuelvo a casa, el viejo suelta un talón y asunto arreglado. Sí, pero yo sigo sin cobrar. Al menos el viaje no ha estado mal. Lástima la gachí. Para que luego te digan que eso de la mili no sirve para nada.

Bueno, pues corto ya el rollo. Espero que os haya gustado. No tengo más que contar sobre el asunto. Algún día os contaré otra historia. ¡Hala!, que os den.

Sergi Lipodias

MADURO

La oscuridad menguaba o la claridad crecía, no lo sabía exactamente, no lo comprendía realmente. Poco a poco, de forma armoniosa, casi mayestática, el mundo se mostraba ante él. Todo era muy antiguo pero absolutamente nuevo para él, cualquier detalle, el menor gesto, esa mínima variación apenas perceptible, todo le intrigaba y se convertía en objeto de una investigación continua y persistente. No acertaba a comprender, sólo admiraba.

Crecía con el paso del tiempo. Había muchos como él, unos grandes y otros menos; los mayores eran la envidia de todos, diríase que habían alcanzado la perfección. Soñaba con llegar a ser como esos a los que admiraba. También sabía que al llegar a esa etapa, que se había dado en llamar "madurez" desde antaño, se emprendía un largo viaje para no volver jamás. Pero él estaba ansioso por comenzar su viaje, salir a ver mundo, conocer otras tierras y mil cosas más por descubrir. Tan sólo le preocupaba una cosa, ¿cómo sabría cuando ha de partir?. Lo sabré

cuando alcance la "madurez", se repetía una y otra vez, autoconvenciéndose.

Sentía sus miradas, era la envidia de muchos, tal vez de todos. Había dejado de crecer, había "madurado" y se regocijaba en su propia perfección. Dentro de poco emprendería el gran viaje, lo sabía, podía sentirlo dentro del él, agazapado esperando el momento adecuado para salir.

La mañana era sombría y triste, pero él estaba eufórico, intuía que hoy emprendería el viaje. Y mientras esto pensaba oyó un leve crujido y se sintió en el aire, ¡levitaba!. Una sensación de velocidad se adueñó de su mente y él se sentía feliz: era el inicio del gran viaje. Al poco se percató de que realmente no levitaba, simplemente caía, y el temor invadió su ser cuando sintió un fuerte golpe. Ahora estaba inmóvil, tirado en el suelo, alrededor suyo había decenas, cientos, miles como él, igualmente quietos y silenciosos. Pero no todos eran iguales, la mayoría estaban decrépitos o podridos ... y por fin comprendió.

La "madurez", la anhelada "madurez", no era más que el paso previo a la podredumbre mental, espiritual y física. No existe ningún gran viaje y su supuesta perfección había sido tan efímera que ya asomaban arrugas en todo su cuerpo.

Eso era él, un *fruto* maduro que se pudría lentamente al sol.

Javi G. Castro

LA CONSTRUCCIÓN DEL BESO

En un principio los hombres y las mujeres no demostraban su afecto mediante lo que hoy conocemos como beso, es más ninguno de sus actos amatorios estaba relacionado con la boca. Era la creencia de aquellos hombres, que la boca sólo debía usarse para dos cosas: para comer o para hablar. En aquellos tiempos las hadas y los elfos correteaban por los bosques sin pudor alguno y los hombres y mujeres se divertían con ellos de forma natural. Y digo natural porque a pesar de lo que se cree hoy en día, las hadas y duendes del bosque son seres más naturales que los hombres, pues el hombre no es más que un hada que perdió sus alas y con ellas toda su magia. Antes de continuar debo advertir que en este espontáneo y mágico mundo sólo había una regla inviolable:

Un hombre y un hada jamás debían de amarse, pues según lo que cuentan los sabios la consumación física de este amor volvería tonto al hombre y haría perder su magia al hada. A priori esta regla puede parecer muy difícil de cumplir, teniendo en cuenta la belleza extrema de algunas hadas y la fealdad patente de casi todos los elfos, a los que las hadas sí podían amar sin peligro.

Sin embargo esto no era así, pues el hombre en su enorme precaución hacia lo que no entiende, se mostraba reacio a este tipo de relaciones y veía a las hadas como a sus propios sueños a los que por desgracia no hace caso al despertar.

Existía en aquel bosque un hada bellísima llamada Selina, su belleza era tal que su sola contemplación suponía la humillación total para la mujer más bella y el llanto más sincero para el hombre más atrevido. En estos momentos me disponía a describirla pero creo que mi mejor descripción sólo supondría una caricatura de como en realidad era ella. Todos los hombres se sentían incómodos frente a aquella criatura y sus prejuicios les llevaban a comentarios tales como ¡que hada más bonita!, llamar bonito a aquel ser era como decir que el sol quema un poco.

Pero esta historia no existiría si la vulgaridad fuera el único habitante del alma humana y como bien estáis pensando, había un joven que sí estaba perdidamente enamorado de ella. Él jamás había reunido el suficiente valor para decírselo y sufría profundamente la amistad que a los dos les unía. Daban largos paseos por el bosque, se bañaban juntos en el lago y danzaban por la noche alrededor de la hoguera. Por si no lo habíais deducido ya, en este punto debo decir que en el mágico corazón del hada yacía adormecido el amor más sincero hacia el muchacho, esta es la historia del día que ese amor despertó.

Aquella noche hombres y hadas bailaban a la luz de mil estrellas y una sola luna, cuando de repente llegó una mujer sollozando: ¡las hadas se han llevado a mi niño!, a la vez que blandía la mantita de la cuna impregnada de polvo de hada. Ese fue el final de la fiesta y el comienzo de una desconfianza latente a la que le faltaban pruebas...hasta ahora.

Desaparecieron más niños probablemente por el lobo o por algún troll desaprensivo y envidioso de la reinante armonía. El clima se enrareció hasta tal punto que los hombres hicieron algo de lo que aún

hoy yo como hombre me avergüenzo, salieron a la caza de las hadas y estas tomaron un decisión que todavía no han revocado: hacerse invisibles para el ojo humano. Todas se hicieron invisibles menos Selina, que seguía viendo a aquel joven. Aquel día que se vieron era aún muy temprano, ella esperaba bajo el árbol de los duendes como siempre. Ese día el joven se retrasaba y el hada ya empezaba a pensar que quizás él también se había puesto en contra suya. Todas sus preocupaciones se desvanecieron cuando le vio llegar corriendo y fue en ese justo instante cuando comprendió que amaba a aquel muchacho, en el corazón del hada un niño que había estado durmiendo...despertó.

Cuando el joven llegó el hada le tapó la boca y le dijo:

-Calla no digas nada, que no puedo oír otra cosa que mi corazón palpitando hacia ti, calla no sea que me digas que me quieres y yo no pueda oírlo...

El muchacho se echó a llorar en los brazos del hada, diciéndola sin parar que la quería y el hada le abrazó como nunca ella había abrazado, y sintió como nunca había sentido. El muchacho no paraba de decirla que la quería, que nunca la dejaría, temiendo el hada que escuchase alguien al muchacho y los descubriese intentó taparle la boca con su mano, pero sus brazos no le respondían pues yacían aprisionados en una ola de amor en torno del cuerpo del joven, así que no tuvo más remedio que taparle la boca con un beso. Cuando separó sus labios de los del muchacho se encontró la sorprendida cara del joven y le dijo:

-Cállate, o es que quizás he de sellar tus labios con los míos para que lo hagas.

El muchacho sonriendo respondió:

-Así es.

El hada sonrió y le dio el primer beso de la historia del hombre. Tal vez pienses que ese probablemente haya sido ya superado en romanticismo, en pasión, o en deseo, pero a pesar de ser el primero aún sigue siendo el único que no ha sido superado absolutamente en nada...

El muchacho y el hada se siguieron viendo en secreto hasta el final de sus días y nunca jamás volvieron a pronunciar las palabras "te quiero" y todas y cada una de las veces en las que desearon decirlo lo sustituyeron por el único sinónimo físico que ellos y después nosotros conocimos...el beso.

Juan Carlos Jiménez Moreno

COMO LAS OLAS

¡Ay, corazón!, hoy me siento vendido.
Me he enamorado de ti sin pensar
cuál va a ser mi destino,
sin ti.
Si no sé madurar,
¿qué pecado es el mío?
No sé.
Como las olas que vienen y van
así juegas conmigo,
así juegas conmigo.
¡Ay, corazón!, ¿qué voy a hacer contigo?
Puedo dejarme atrapar en tu red
como el pájaro herido
que soy.
Me vas a perder,
si es que aún no me he perdido
por ti.
Como las olas que vienen y van
así juegas conmigo,
así juegas conmigo.

Juan Luis Monedero Rodrigo

ACERCA DE LA FORTUNA Y SUS DERIVADOS

Es cierto que no se nos avisó con el suficiente tiempo acerca del tema de esta revista. No nos importa en absoluto, pues el asunto que nos ha ocupado durante los últimos meses, basado en un viejo trabajo del ilustre G. Grogrenko, nos viene calzado para este número. Si muchos culpan a la fortuna de su malaventura, ¿qué mejor que plantear un diseño científico que permitirá demostrar la posible existencia e influencia de eso que se llama buena suerte en este nuestro mundo material, tan lleno de incultura y acientifismo que favorecen la proliferación de las más peregrinas supersticiones?

Este tema es de capital importancia para la cuestión a que ustedes aluden de la madurez, pues son muchos los que achacan los fracasos o sinsabores de su vida, a la vez que algunos éxitos, a las veleidades de la buena o mala suerte que, según ellos, los acompaña en cada momento, lo cual no deja de ser una forma de escabullirse de las responsabilidades que implican la adultez e individualidad junto con la toma de decisiones responsables o, en la mayoría de los casos, imbuidas de la más patente irresponsabilidad.

Como científicos, no podíamos dejar pasar esta oportunidad de arrojar nueva luz sobre tan trascendente cuestión. Por tanto, sin más dilaciones, procedemos a describir el método con el que pretendemos demostrar empíricamente la veracidad o falsedad del tradicional concepto de buena suerte.

Nuestra idea es, a priori, simple. Por eso, probablemente, sólo pudo ser fruto de un cerebro tan privilegiado como el del señor Grogrenko, eterna luminaria de los oscuros caminos de la ignorancia, sin restar importancia, por supuesto, a las geniales aportaciones del señor N. de Lego. Gracias a nuestro estudio, muchas personas podrán valorar hasta qué punto es cabal o no tomar a la buena fortuna como su protectriz en sus asuntos mundanos.

La idea, esbozada en sus más sencillos términos, tiene su fundamento en conocidos lugares comunes donde nuestras gentes han radicado, generalmente, fuentes de buena fortuna. Es bien sabido que para muchas personas del mundo occidental hay símbolos adscritos a la buena o mala suerte como pueden ser los gatos negros o las jorobas de nuestros desgraciados cuasimodos notredamescos, por poner un ejemplo en cada sentido. Muchas veces es la original experiencia personal o individual la que dicta nuestras propias supersticiones. Para comentar un caso próximo a los autores de este ensayo, señalaremos que la afición del señor Gazpachito Grogrenko por los bocadillos de chorizo tuvo su origen en una tradición supersticiosa de su señora madre, doña Eutanasia Nicolasa de la Olla y Redondo de Ternera, según la cual el sabroso embutido unía a sus cualidades gastronómicas la nada despreciable propiedad de atraer la buena ventura a sus consumidores.

Centrándonos en el objeto fundamental de nuestro artículo, señalaremos una superstición, bastante extendida y aceptada, según la

cual los números capicúas, es decir, aquellos que representan el mismo valor leídos de izquierda a derecha que de derecha a izquierda atraen la buena suerte. (Aconsejamos a los lectores que, para recabar información numerológica y de toda índole acerca de las propiedades de las cifras, se acerquen a la obra en tres volúmenes de G. Grogrenko titulada "Números pares, primos y demás jerarquías y parentelas" donde, entre otras joyas de la ciencia, se introduce, en un delicioso ensayo de sesenta y ocho páginas, el concepto teórico de números volteables: aquellos que se leen igual de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, vistos desde arriba o vistos cabeza abajo). Estos números capicúas sugirieron al ilustre, y entonces aún imberbe, Grogrenko su primer estudio científico de cierta índole. Estudio que resucitamos ahora, completándolo con nueva información, para que, como ave fénix, su fuego intelectual ilumine el patético oscurantismo que inunda las letras y cifras patrias y foráneas.

En aquellos años mozos tuvo el señor Grogrenko la idea de asociar los números capicúas a objetos para comprobar si de veras atraían sobre sus portadores la buena suerte. Pues, ¿qué mejores objetos que los automóviles para comprobar su teoría? Porque, todos lo sabemos, de cada cien automóviles que surgen de cada factoría, uno de ellos recibe, en nuestro país, una matrícula con número capicúa de cuatro cifras, aceptado símbolo de buena suerte. A ambos lados del número aparecen diferentes letras según la procedencia y orden de fabricación, pero los caracteres alfabéticos, por no tener tan reconocidas propiedades cibelescas, no parecen influir en la simetría a la que nos referimos.

La idea clave de nuestro planteamiento era la siguiente: si uno de cada cien vehículos recibe una matrícula capicúa, esa sería la proporción que habría que encontrar entre los automóviles de nuestras ciudades con el paso de los años si la capicuidad de las cifras fuere indiferente a la buena o mala suerte de los vehículos portadores, por ser esa la esperanza estadística del fenómeno. Por contra, si la matrícula capicúa es un seguro de buena fortuna para los automóviles, los vehículos con matrícula capicúa deberían verse favorecidos en su perdurabilidad tras el paso inclemente del tiempo, los accidentes, averías y vándalos que se dedican a desvalijar, rayar o robar el medio de

transporte individual de personas honradas como el general de los ciudadanos. (En este sentido, el señor Narciso de Lego aprovecha la tesitura para hacer partícipes a los señores lectores de la desagradable noticia de que su Rolls Royce negro de 1948 con matrícula de Cracovia fue sustraído hace dos semanas de su mansión en Montecarlo y que, si alguien puede aportar información para su recuperación, será ampliamente recompensado con un ejemplar de su obra poética "Elegías en lengua etrusca a la muerte de mi gato Rififuá"; damos las gracias anticipadas por su colaboración a los señores lectores). De resultas de esta influencia positiva de sus números capicúa, cabría esperar que, con el paso de los años y otras contingencias, la frecuencia de vehículos portadores de matrícula capicúa se vería incrementada por encima de ese original uno por ciento.

Con esta premisa, la demostración de la existencia de la buena fortuna -reflejada en uno de sus símbolos más característicos: los números capicúa- se convierte en un experimento tan sencillo como el de contar el número de matrículas capicúa entre el total de vehículos existentes en nuestras calles, para establecer con fiabilidad una estima de la frecuencia de matrículas capicúa en el total. Si la cifra obtenida fuera de un uno por ciento concluiríamos que la buena suerte no es más que una falacia, en caso contrario -ya fuera la frecuencia mayor del uno por ciento o inesperadamente menor, en cuyo caso tendríamos un fenómeno de mala suerte adscrito a las matrículas de numeración capicúa- habríamos de concluir que la fortuna no es un simple azar sino que obedece a las desconocidas leyes de una empatía superior basada en las tradicionalmente aceptadas como supersticiosas afinidades selectivas de la fortuna.

En el momento en que el ilustre Grogrenko planteó tan impecable experimento, no tuvo ocasión de llevarlo a buen término, imposibilitado por sus numerosas obligaciones y el desarrollo de otros fecundos estudios entre los que cabe destacar su aportación a la ciencia de la logopedia en su volumen en cuatrocientas páginas "Comunicación axilar: De cómo suplir las deficiencias de la comunicación oral a través de un lenguaje basado en movimientos codificados con ambas axilas o sobacos". Desde entonces, su imparable carrera científica y erudita no le ha permitido detenerse a llevar a la práctica su sencillo experimento,

en la confianza de que algún individuo voluntarioso terminaría aquella trivial tarea comprobatoria.

Sin embargo, ya que nadie anteriormente se dignó llevar a término tan importante comprobación, somos nosotros quienes, recientemente, hemos encontrado un espacio en nuestra apretada agenda para realizar un somero conteo de vehículos. En un breve paseo de catorce minutos y medio, sólo pudimos contabilizar doscientos automóviles de los que tres tuvieron matrícula capicúa (entre ellos un hermoso deportivo color amarillo diente de licántropo que bien merecería la fortuna de perdurar durante incontables años). Comprendemos que estas cifras no son suficientes como para establecer una estadística fiable, si bien pueden servir como valor indicativo hasta que se posean más datos, por lo que animamos a nuestros lectores a que realicen conteos independientes por su cuenta, con los que podremos obtener una estima mucho más fiable de la frecuencia de coches capicúas, con la que aceptar o rechazar a la indolente fortuna.

Pueden enviar su información acerca de las matrículas o el vehículo sustraído a N. de Lego a la redacción de esta revista.

Gazpachito Grogrenko y Narciso de Lego,
miembros fundadores del CIP
(Centro de Investigaciones Periféricas).

EL SUEÑO

Aparece el sueño, equivocado pensamiento
o doloroso aburrimiento. Nos envuelve en sus
embaucadores pliegues, abrumándonos
o distorsionando nuestra alma.
Aparece el sueño, suave caída hacia arriba,
el estado de media conciencia para media vida.
Los fuertes sacan su espada,
los débiles sacan su sonrisa.
Aparece el sueño, echando por tierra la realidad,
la madurez, los sufrimientos, el dolor y al final
el despertar... David se convierte en Goliath

y Goliath es un pigmeo un amanecer más.

Juan Carlos Jiménez Moreno

LLUVIA

Tuve un sueño: Imaginé bellísimas florestas, bosques encantados, delicia de los corazones silenciosos. Un brillo de sol cercenaba lo oscuro de lo claro. Corría. Huía sin parar. Huía de las gentes de mi ciudad sin destino, sólo por huir. Corría en busca de refugio hacia el frondoso corazón del bosque. Llovía, y la lluvia se escapaba de mis manos. Lloraba, pero mis lágrimas eran como gotas de lluvia, iguales. Me temblaban las piernas, pero era como si temblaran de frío. Se me helaba el corazón y era como estar lejos de casa. Aspiré la deliciosa fragancia que la tormenta deja a su paso. Respiré profundamente. Y todo fue como si lo hubiera soñado.

Narciso Tuera

EL PODER DE LA IGNORANCIA

Me invade el miedo a la hora de comenzar este ensayo. No es un miedo inmaterial como en otras ocasiones en que hablo del espíritu y lo desconocido. Es un miedo tan tangible como los fluidos que corren por mis venas arrastrándolo hasta mi cerebro.

¡Mira que si algún energúmeno lee esto y decide que soy un "indeseable"! Me digo que no hay peligro. ¿Cómo iba a pararse alguno de Esos a leer esta revistilla de tres al cuarto, más llena de pretensiones que de resultados? Pero sé cabalmente que son capaces de leer; lo malo es que no estoy tan seguro de que sean capaces de pensar.

Tanto misterio es inútil y ridículo. Con mis miedos me voy desviando del camino que me había trazado -¿no es lo que solemos hacer todos cuando nos los encontramos por medio?-, así que hora es ya de poner los puntos sobre las ies.

No me atrevo a llamarlo psicosis porque no quiero pensar que llegan a ser tan importantes, pero sí diré que son unos elementos lo bastante perturbadores -y lo que es peor, en pleno auge-, como para que uno se preocupe. Vivimos en esta época la proliferación de violentos estúpidos cuya estupidez y su ignorancia recuerdan a la de otros, igual

de peligrosos y mucho más numerosos, que campaban por sus respetos hace poco más de cincuenta años. ¿Tan poco nos ha enseñado la historia? No, no es que la historia enseñe poco, es que la ignorancia puede volverse sumamente poderosa.

Tomemos una idea -tal vez es la única que cabe en determinado tipo de cabezotas-, aprovechemos la coyuntura socioeconómica -mira que tenía ganas de soltar en algún ensayo este palabro- y creemos una fuerza a nuestro servicio. No digo que necesariamente haya un cerebro -da risa pensar en un cerebro de tan reducidas dimensiones incluido en una cabeza humana- detrás de estos movimientos, yo, personalmente, lo veo como algo tan sencillo como que la ignorancia -si quieres personalizarlo di los ignorantes- se autoalimenta -o dicho de otro modo: Dios los cría y ellos se juntan-. No pretendo ser cáustico, como no pretendo dar una solución al problema desde estas pobres líneas. Sólo quisiera demostrar una cierta comprensión y conceder el beneficio -dudoso- de la estupidez a estos energúmenos.

Se coge una idea -digo-, por ejemplo la de patria. Vaya, ya tenemos un buen comienzo. Se toman cuatro garrulos y se les mete en la cabeza la idea de que son importantes por pertenecer a esa patria -hombre, pues digo yo que como cada hijo de vecino-, se toman unos cuantos prejuicios, se agita todo en una coctelera y a lo que sale le ponemos un nombre bonito -digamos, por poner un ejemplo, movimiento "skin head"-, y lo adornamos con una parafernalia -de esa que tanto nos impresiona y engaña en cualquier tipo de ceremonia- para que parezca algo muy serio, muy profundo y muy importante. Lo de menos es lo de las ideas. No se va a poner uno ahora a rebatir, como si sirviera de algo, estupideces egoístas como el racismo, el antisemitismo, la xenofobia, la intolerancia o los patriotismos heroicos. No, no es en eso en lo que quiero detenerme sino en los imprescindibles garrulos que, no en vano -y aunque cueste trabajo admitirlo- son a fin de cuentas seres humanos.

Son seres humanos, sí, o, al menos, algún día lo fueron. Tal vez es esa humanidad lo que hace tan difícil creer que pueda llegarse a tale s extremos de estupidez y violencia -¡ay!, ¿por qué razón nos cuesta siempre tanto admitir que el ser humano es más animal que lo que indica su condición?-. No es cuestión de sorprenderse. La gente es como es, o

como la hacen, y de nada sirve preguntarse los porqués. Aunque es inevitable preguntar por qué y cómo, al menos de vez en cuando.

Y si me preguntó por qué y cómo esa panda de animales ha llegado a proliferar de este modo, me estremezco al concluir que todo se debe a que los hemos dejado proliferar. No me refiero a que los hayamos fomentado ni al hecho de que no nos hayamos opuesto, muchas veces, a sus salvajadas. Nuestra culpa, pues yo creo que la culpa existe, me parece que hay que buscarla más en la indolencia que en la falta de actividad.

Me explico:

La mayoría de esos burros son adolescentes. Muchos de ellos son ignorantes e inmaduros, además de violentos. Y ahora surge la pregunta: ¿Quién los ha hecho así? Esa burricia no puede ser innata. Ahí está nuestra culpa. En la falta de formación, en la falta de interés por ellos. Hemos dejado su educación en manos de otros cafres y pandilleros que los han introducido en su mundo de superior ignorancia. Es fácil meter en la cabeza de unos críos todo tipo de ideas heroicas y estúpidas adornadas con los colores del aborregamiento patriotero. Da igual que se trate de unas ideas u otras. Da igual que no se las pueda llamar ideas. El problema es que no nos hemos preocupado de enseñar a pensar a unos chavales que, ignorantes o no, posiblemente podrían haber llegado a ser buenos chicos y se han convertido en unos monstruos irracionales.

Ahora es, posiblemente, demasiado tarde para recuperar a la mayoría de ellos. Muchos acabarán sus vidas pronto y mal, estrellándose contra cualquier escollo después de haber arrasado todo a su paso. Puedo imaginar, tal vez, a alguno de ellos que, inesperadamente, descubre en su cabeza la capacidad de pensar, que alcanza algún grado de madurez y se ve, al cabo de los años, observando atormentado una vida vacía y horrible que no debía haber vivido. Pero no creo que muchos tengan la oportunidad de llegar a reflexionar sobre sí mismos. Esos, decía, no creo que tengan futuro ni solución -tal vez tampoco los tengamos nosotros si dejamos que sigan proliferando-. Pero sí pueden tener todavía solución todos esos chavales que están en una situación parecida a la de sus mayores. Tal vez algunos de ellos ya se sienten atraídos por la mascarada de cualquier ultraísmo. Y a esos, si les prestamos un poco de atención y ayuda, si les enseñamos a abrir los ojos

ante el mundo, a pensar, quizá todavía estemos a tiempo de salvarlos. Si no hacemos nada por evitarlo, no serán los violentos los únicos estúpidos de esta historia.

Juan Luis Monedero Rodrigo

EN EL BOSQUE ENCONTRÉ UNA PERLA

Caminaba atolondrado por senderos de escasa importancia, era un día de otoño y apenas lo parecía porque mi estado de ánimo era de esperanza y como todo el mundo sabe ese es un sentimiento propio de la primavera. El sendero por el que iba en ese preciso instante era ancho y espacioso. Si se miraba al frente era difícil pensar en encontrar algo interesante, puesto que todo el misterio se desvanecía en un ancho y aburrido horizonte. A cada paso que daba mi esperanza menguaba, así que decidí pararme. Cual no sería mi sorpresa al descubrir que incluso parado mi esperanza seguía menguando. El terror se apoderó de mí, agarré con fuerza el escaso montoncito de esperanza que me quedaba y tomé un sendero angosto y sinuoso que se adentraba en el bosque. Después de andar un rato por aquella siniestra vía, comprobé con regocijo que mi esperanza ya no sólo no menguaba, es más, aumentaba. En este sendero nada se sabía ni se veía hasta llegar al siguiente giro detrás de algún árbol o helecho. Estaba flanqueado por árboles a modo de centinelas de un anárquico de vegetales milicias, a medida que recorría el camino, éste se hacía más tortuoso y a la luz le resultaba más difícil llegar hasta mí a través de la enramada cubierta. Aún así miré a mi montoncito de esperanza y seguía sin menguar.

Súbitamente y sin previo aviso llegué a una encrucijada y en el suelo sobre la arena un papel, lo cogí y en él se podía leer lo siguiente "EL DESPERTAR DE LOS MUERTOS". Aquella lectura me heló la sangre. Por si fuera poco, uno de los caminos de la encrucijada desapareció. Así que fui por el que no me quedaba más remedio que ir ....

Juan Carlos Jiménez Moreno

SONETO DEL DESAMOR

Nada hay más lejano, más distante,
inaccesible, que tu alma confusa
cuando tus ojos idean otra excusa;

evitas los suyos: paso adelante.
Más sólo observas su odioso talante,
dorada la cabellera profusa;
tras el placer, la existencia difusa:
toda pasión se apaga ese instante.
Ya se desvanece esa sed imprecisa,
ya quiebras esa escultural pose.
"No la quieres, todo tu pensamiento".
Ella te mira aturdida, indecisa.
¿Dónde fue a parar? "¿El amor? No sé..."
"Pregúntale a ella..." "Se lo llevó el viento".

Narciso Tuera

SITUADO EN ESTE CRUCE DE CAMINOS

Estoy aquí, en el medio de ninguna parte, en el centro de todo lo que pude haber sido y podré llegar a ser. Es un punto como cualquier otro de mi existencia. Tengo un pasado, ya casi irreal. Ante mí, tengo un futuro todavía por construir. Está delante y es borroso. Estoy aquí plantado en un cruce de caminos y, aunque creo saber de dónde vengo, todavía no sé por dónde debo proseguir.

Es mi vida. Lo ha sido y tal vez lo será. Es una encrucijada que a ratos se me hace un camino despejado y a ratos una senda tenebrosa o un auténtico laberinto. Aun así no la cambiaría por ninguna otra. Está formada por los senderos que yo mismo he ido labrando. A veces, sí, me gustaría haber arado otros caminos que me hubieran llevado a una encrucijada distinta, pero ya no tiene sentido lamentarse. Pude escoger otro camino en su día, pero no lo hice. Soy lo que soy. Soy como soy y estoy aquí, no en otro lugar.

Nací y fui inconsciente. Fui inconsciente y, ya entonces, empecé a caminar por mi sendero, avanzando despreocupadamente sin saber que cada paso significaba una elección, una apuesta de futuro. Podría haber creado muchos caminos diferentes. Pero creé este. Un sendero tortuoso que me llevó desde mi más tierna infancia hasta este preciso momento que ya se convierte en pasado. Poco a poco fui consciente. Mis decisiones se me hicieron presentes, igual que aquellas que otros tomaban por mí. Con buena o mala voluntad, siempre había a mi

alrededor quién decidía por mí. Mis padres, mis profesores, mis compañeros y amigos, otros que no lo eran, algún inesperado enemigo. Todos, moldeando mi propia voluntad, me empujaban ora a un lado ora a otro por el sendero siempre incompleto. Con la consciencia llegaron las dudas y la responsabilidad. Mis decisiones tenían consecuencias. Mis decisiones abrían y cerraban alternativas, senderos de cada nueva encrucijada. Los caminos que pudieron ser, se borraban en el pasado y sólo quedaban, a veces también difuminados en el recuerdo, los senderos por los que efectivamente me decidía a transitar.

Y aquí estoy ahora. Situado en esta encrucijada de caminos, me dispongo a afrontar el incierto futuro. Nuevamente tendré que escoger entre las alternativas que se me presenten, abriéndome nuevas posibilidades y cerrando, sin saberlo, otras que tal vez podrían ser más deseables. No estoy ciego, simplemente soy incapaz de atisbar todos estos futuros. Debo escoger del mejor modo posible, apelando a mi entendimiento y a mi voluntad, también a mis vísceras y deseos ocultos.

¿Qué me decidirá a tomar una u otra decisión? ¿Quién aparecerá ante mí para cambiar mi perspectiva, mi visión del mundo que me rodea y por el que debo moverme? La fortuna que yo mismo forje decidirá esos caminos y encuentros. No soy libre en mis elecciones. Mis elecciones no son infinitas ni serán, seguramente, las mejores. Pero estoy decidido a proseguir sin perderme por el camino. Y si me extravío confío en poder encontrarme de nuevo. Para eso sirve el pasado, para poder inventar a cada momento la imagen que uno tiene de sí mismo. Sé racionalmente que mi futuro no será ideal ni un camino de rosas. Entre las múltiples bifurcaciones de este sendero tomaré en alguna ocasión aquella más oscura y limitada. Pero estoy decidido a que mi futuro sea mejor que ese pasado que ya no puedo cambiar. Si el pasado que otros recuerdan es el que han creado a mi costa, el futuro será obra mía, me haré responsable de él. Me equivocaré en la elección, no lo dudo, pero, si debo moverme por este **jardín de senderos que se bifurcan**, quiero que mis pies me lleven allá donde yo decida. Será mi futuro. El mejor de los futuros posibles, porque será el único real, el único mío. Me espantaría llegar al final del camino y darme cuenta de que me hallo en el mismo lugar en el que comencé. Espero que no ocurra eso. Y espero que, cuando

llegue al final, pueda complacerme en observar a mis espaldas las huellas de mi paso.

Juan Luis Monedero Rodrigo

Ascendí a los cielos soñando
para así, poder desde arriba,
contemplar el mundo terreno.
De otro modo lo imaginaba,
bien distinto a lo que veía.
Este mundo en que vivimos
es un tablero de ajedrez,
cada uno tiene un puesto,
un objetivo,
somos piezas dentro de él.
Delimitado tenemos un entorno
por el que podernos mover.
Veo en un despacho sentado
como en su trono el rey,
allí se encuentra el gran jefe,
el respetable,
al que habrá que obedecer.
Él garantiza la vida,
simbiosis clara y cruel
pues lo veo de otro modo
nosotros somos quienes,
se la garantizamos a él.
Torres, alfiles, caballos,
pasajeros de un mismo tren,
sus caminos,
afluentes de un mismo río,
el que conduce
al objetivo a defender.
Torres en paralelo
a algún lado de nuestro tablero.
Cumplen obligaciones

sin mayores pretensiones,
siempre a la defensiva
participan en la partida.
También veo a los alfiles
que se mojan de boquilla,
aportando su granito
aunque sin clara conformidad
a las nuevas expectativas.
Por ahí avanza el caballo,
y ya le pierdo de vista,
es un buen luchador, un valiente,
el mayor inconformista.
Sorteando obstáculos se ha propuesto
ser alguien algún día,
algunos le llaman loco,
quizá por ser la L su guía.
Por último, los peones,
al jefe incondicionales son.
Con modestia y lentamente
también realizan su obligación,
tan valiosa como pocas veces reconocida,
aguantando opresiones, aún así,
sobreviven en la partida.
No es que me haya olvidado
o estuviera distraída,
sé que me falta la reina,
ella es la diosa,
ella es la diva,
principal razón de existir,
lo más grande,
ella es LA VIDA.
Avanzó demasiado rápido,
como un bólido recorrió el tablero
que la sacó de la pista.
No supo frenar a tiempo,
necesitaba algún compañero

que la ayudara a dar jaque
al que ahora sonríe complacido,
al que ahora satisfecho contempla
desde el hombro, por encima.
Se disfrazó de adversario,
no era otra que la muerte
acechando desde su casilla.
Epitafio: ARRIESGARON TODOS MUCHO.
Y a ustedes queridos jugadores
el tiempo se les termina,
paren ya sus relojes
y les emplazo hasta la próxima,
hasta tal vez,
LA ÚLTIMA PARTIDA.

Almudena González Benito

ESA LUZ DE TU MIRADA

Es esa luz de tu mirada, la que me ilumina
en las noches de soledad que me aguardan.
Es ese imposible optimismo, el que baña mis dudas
en un mar de la ingenua tranquilidad.
Es esa ardiente pasión, la que deshiela mi frío corazón, atrapado por los fríos vientos del tiempo.
Es ese saber que no existes realmente
lo que me sabe más real que mi propia muerte.
Es esa luz, es ese optimismo, es esa pasión,
ese no existir..., ese no saber, ese creer.
La esperanza de mi vida, la añoranza del futuro,
el despertar de la vigilia...
es esa luz que nunca encendí y que ahora se apaga.

Juan Carlos Jiménez Moreno

MI EVOLUCIÓN

No es gran cosa mi evolución. Recuerdo perfectamente el proceso que me ha llevado a ser lo que soy, pero no puedo explicármelo.

Al principio era la nada. Imagino que antes de ese principio ni siquiera era yo. La nada y mi conciencia en aquel vacío son mi primer recuerdo. Mi conciencia también estaba hueca. Yo era una entidad sin identidad, el rudimentario yo soy.

Después tuve suerte, porque cuando fueron repartidos los ojos a mi me tocó uno, así que, aunque tuerto, bien que mal, pude ver por primera vez el mundo. Ahora yo era un ojo con consciencia. No sólo un yo soy, también un yo veo. Y veía algunos otros ojos, varios cerebros y una luz. Todos flotábamos. Algunos ojos iban por libre y varios cerebros tuvieron la desgracia de no ser correspondidos con la visión, así que seguían aislados.

Más tarde fue cuando me di cuenta de que había un suelo. Era oscuro como todo el espacio que me rodeaba, pero la presencia de diversas manos reptando sobre su superficie me hizo consciente de su existencia. Inútiles y preciadas manos, todavía no era su momento de madurez.

Nos mantuvimos flotando un tiempo más -creo que este concepto también tenía algún sentido en aquella situación-. El intervalo que separó la aparición de las manos del momento de la caída no estuvo del todo vacío, puesto que mi cerebro se fue llenando. Me hice curioso y me pregunté por mí mismo. Quise comunicarme y preguntar a los otros, pero no podía. Entonces caí. Caímos todos. Sentimos el peso, sentimos la presencia de un cuerpo acompañando a los más afortunados de nosotros -yo incluido- y caímos al suelo. Algunas manos fueron aplastadas, pero otras reptaron sobre nosotros. Yo era uno de los más afortunados: tenía un cerebro, un ojo y un cuerpo con corazón y pulmones. Además tuve la fortuna de caer de lado y poder observar la evolución de mis compañeros, que no supongo muy distinta de la mía. Sus cuerpos se iban completando milagrosamente. No sé si los órganos fueron repartidos como otras veces o se formaron a partir de nuestros nuevos troncos. Al cabo de mucho tiempo la mayoría de nosotros presentaba cuerpos completos con piel, músculos y huesos. Eran bonitos los cuerpos. Lástima que sobre el cuello se apoyara un cerebro desnudo con uno o dos ojos en el mejor de los casos.

Fue entonces cuando llovieron los miembros. La primera idea que tengo de la lluvia no es la de agua cayendo, sino la de miembros

cayendo. La suerte hizo que me correspondieran una pierna y un brazo. Ahora no sabría decir si eran derechos o izquierdos. Ese concepto aún no lo tenía claro. Ya me podía mover trabajosamente. Ya no sólo era que pudiera ensanchar mi tórax, ahora braceaba y pataleaba, aunque no me sentía capaz de reptar como hacían las preciosas manos. Tuve la inmensa fortuna de atrapar otro brazo. Hubo algunos desafortunados que se quedaron sin sus miembros, igual que otros habían quedado sin ojos o sin cuerpos -¿quedaría alguna conciencia sin cerebro?, me he preguntado en más de una ocasión-. No tuve oportunidad de comprobarlo. A partir de ese momento mi evolución se precipitó hacia mi finalización, que fue el principio de mi vida plena. Fue entonces cuando recibí mis manos. No una sino las dos. Aquellos curiosos seres reptantes, que me parecían tan diferentes de mí, alcanzaron su momento de madurez -o tal vez lo habíamos alcanzado nosotros-. Todas aquellas preciosas manos se dirigieron a ocupar el sitio que tenían reservado al final de los brazos y los pies ocuparon su sitio al término de las piernas. Digo que recibí dos manos, pero no es menos cierto que recibí sólo un pie, pues era sólo una pierna lo que tenía. Pero las manos eran un don maravilloso. Con ellas pude tomar del suelo una pierna huérfana, ya con su pie, y quedé casi completo. Después tomé lo poco que me faltaba: un ojo, orejas, nariz, boca y cara. Ya estaba casi completo y así me sentía. A mi alrededor había otros seres recién formados junto con muchos fragmentos incompletos. Sentí, por primera vez en mi corta vida, lo que significaba piedad y ayudé a alguno de aquellos pedazos a completarse y formar un individuo completo.

Poco tiempo después ya estuvimos todos los que podíamos ser. Entonces aparecieron el mundo y las demás cosas. Y, no es que entonces dejase de evolucionar, aunque en un sentido físico fue así, pero creo que este puede considerarse el final de lo que he llamado mi evolución personal.

Unoqueloés

ODA A MIGUELITO

No creas que te hemos olvidado. Por más que no hablemos de ti; por más que creas vivir aislado en tu soledad mortecina, por más que ya no te dé clases de inglés.

A veces se cuela tu nombre en la conversación y todos sentimos como un vago recuerdo de una dicha pasada. ¡Porque hace ya tres años, Miguelito! Tres años desde que te dejaras la vida en la carretera de Galapagar a Guadarrama...

Por eso no me avergüenzo, Miguelito, de decir que te lloré, como te lloraron todos los que te querían. Por eso te dedicó, donde quiera que estés, unas palabras que sólo tú podrías entender:

"ANGAR, MIGUELITO, ANGAR"

Narciso Tuera

¿por qué me has matado? (Cyrano)

Qué te hice para que tú me pagaras con muerte, yo que te sacaba de la realidad cuando no merecía la pena. Yo que era la única que te permitía mirar al futuro con simiente de dulce revancha hacia lo que tú considerabas injusto y tú me has abandonado en el pozo de la pragma, atravesando mi corazón con el puñal del ismo. Acaso ya no recuerdas que fui yo, la que te abrió los ojos al amor desprovisto de hipotecas, al amor de los caballos blancos de azules fui y dulces princesas, al amor que no cesa, al amor que no piensa, que no planifica, que no se aburre, que está contra todos menos contra ella. Es que no ves insensato como lloran Romeo y Julieta, es que no percibes la desesperación de Lanzarote y Ginebra, ya ni siquiera ves más allá de la nariz de Cyrano ¡tú!, que te has convertido en el tercer motivo de su inédito llanto.

Mírate a ti mismo hombre insignificante porque todo lo que tenías de deidad se fue conmigo, lo arrojaste a mi tumba y lo tapaste con "hay que ganarse la vida" ,"sentar la cabeza", "quitarse los pájaros de la cabeza", y ahí tienes el resultado: el hombre verdura, que sólo lucha por crecer, por que le rieguen para que al final, un día, lo arranquen ...Y para qué habrá servido tu vida entonces, para crear belleza, no, para demostrar que sólo es razonable la utopía, no, para que alguien piense que no es rentable ser verdura, no, para ser tú mismo, no porque tú verdadera pasión yace aquí conmigo.

Ya no te acuerdas de las causas de tu llanto de lo que exprimía tu alma contra las paredes de tu corazón para hacerte derramar una lágrima. Mira lo que has cambiado:

-Has cambiado el desgarro sereno de un atardecer por no poder llegar a fin de mes

-Has elevado no poder encontrar trabajo al grado de amor indecible y lo has comparado con la locura de una pasión incompleta

-Has comparado, en fin, lo construido con lo innato, lo divino con lo mundano y has elegido pobre de ti...mi muerte.

Tal vez pensaste que nunca me echarás de menos. Lo harás, porque todo pasa menos yo y al final nada es cierto menos yo. Cuando la vejez y la decrepitud vengan a preguntarte por tu paracaídas de gloria tú les contestarás que lo olvidaste en el avión. Y entonces qué tendrás... una casa para tus nietos, una pensión para tu ahíto cuerpo, un sueño sin intentar. Acaso le habría dado igual al mundo que naciese o no, otro hombre verdura, con lo que abundan, otro hombre que no contribuyó a un gramo de belleza, a una píldora de esperanza, a un pellizco de ilusión para que la gente dijese: ¡qué loco desperdicia su vida por un sueño! Y me puede decir alguien cómo se aprovecha la vida si no es con un...sueño.

Juan Carlos Jiménez Moreno

LA GENERACIÓN COJONUDA

Os hablo a vosotros que fuisteis exaltados soñadores de otros tiempos, matadores de mis sueños -me atreveré a llamarlos nuestros incluyendo en mi utopía a los que hoy son semejantes a mí- en nuestro días.

Sois vosotros la generación cojonuda que había de cambiar el mundo. Ha habido muchas otras generaciones que quisieron implantar su propio paraíso, seguramente tan hermoso como el que vosotros imaginasteis. Pero ninguna tan maravillosa como la vuestra, según os parece.

¡Qué lástima me dais hoy! Convertidos en todo lo que un día odiasteis. Peores que los antiguos amos, puesto que vosotros ibais a cambiar el orden del mundo. Quizá fue sólo por despecho por lo que convertisteis vuestro fracaso en el fracaso universal y ahora, desde vuestras cómodas sillas, os preocupáis de que nadie se mueva de su

puesto, convenciendo a todos de que, puesto que vuestros sueños fracasaron, cualquier sueño ha de ser inútil y, por tanto, eliminado de raíz.

¿Cuántos años tenéis ahora? Estáis en la cincuentena, más o menos. ¡Qué tiempos aquellos!, ¿verdad? Años 60, primeros 70, mayo del 68, paz, amor, la imaginación al poder. ¿Dónde quedó tanto descerebrado lema? Y, ¿qué más da si eran o no descerebrados? Quizá vuestros sueños no eran más viables que los de cualquier visionario, pero estaban llenos de ilusión. ¿Qué os queda ahora? Nuevos eslóganes, igual de descerebrados y mucho más vacíos e inútiles. ¡Ah, pero qué cómodo se siente uno sentado en la cima del mundo!

¿Qué queda ahora de vuestros hermosos sueños? ¿Qué nos habéis legado? Solamente vuestras migajas, vuestras ideas más huecas y productivas. Unos sueños viejos y ridículos empaquetados en bonitos envases y con todas las bendiciones del mejor marketing. ¿Acaso os da miedo que también nosotros podamos soñar? Yo os comprendo. Sé que queréis ahorrarnos sufrimientos. Queréis darnos todo aquello que podemos desear. Todo aquello que sabéis por vuestra experiencia que debemos desear. Nos envolvéis en una patética seguridad que no hace más que enmascarar el cruel vacío que vosotros, que en otro tiempo quisisteis eliminarlo, ahora os limitáis a alimentar.

Yo lo sé. Erais pobres locos inventando hermosos futuros, imposibles futuros. Pero ahora habéis madurado, habéis aprendido de vuestros errores y sabéis qué es aquello que merece la pena, aquello que es bueno y deseable para nosotros. Y nos lo dais. ¿De qué me puedo -no sé si atreverme a utilizar nuevamente el plural con un consolador "nos podemos"- entonces quejar?

Claro que vosotros también me comprendéis. ¿No vivisteis también algo parecido? Locuras de juventud, fantasías de visionario. Ya sentaré la cabeza. Ya sentaré el trasero como vosotros. Ya dormiré mi conciencia y mis sueños. Seguro que sí. No digo que no vaya a suceder así. Pero será otro día y, eso sí, espero que mi madurez no suponga, como la vuestra, la tiranía sobre las conciencias de las siguientes generaciones.

¿De qué me quejo? No sé si me comprenderéis. No sé si me comprenderán aquellos de mi generación a los que, antes que a vosotros,

quisiera hacer llegar mi mensaje. Porque vosotros sois la generación cojonuda y estáis más allá de cualquier pretendida novedad. Ya lo vivisteis todo, lo experimentasteis todo y es por eso por lo que ahora podéis sentaros satisfechos a ocupar vuestros sillones.

Vosotros vivisteis el nacimiento de la libertad. Vosotros descubristeis el sexo y lo inventasteis libre. Vosotros descubristeis las drogas blandas y duras, liberadoras y comunales. Inventasteis mil utopías y las intentasteis realizar o, al menos, soñasteis con el éxito de las que planteaban vuestros vecinos. Soñasteis con la igualdad y la felicidad. Un mundo justo y en paz. Inventasteis la cultura pop, la música rock. Inventasteis todo lo nuevo. ¿Y qué os queda ahora de todos vuestros maravillosos castillos de arena? Unos no menos maravillosos recuerdos -tan adornados que os hacen pensar en vuestra década prodigiosa como el paraíso perdido- y una buena porción de residuos de vuestros sueños rotos que son lo único que nos habéis dejado en herencia.

Ahora proclamáis a voces la victoria del librecambio. La estabilidad, la tranquilidad, el estado del bienestar -qué ridículo juego de palabras acerca del estado de las cosas-. El comunismo ha muerto. La cultura del pelotazo. Son hermosos vuestros nuevos lemas, los que nos dejáis en herencia.

Nos habéis robado los sueños que podíamos haber tenido. Nos habéis imbuido la cabeza con el más puro vacío a través de vuestro pretendido bienestar plasmado en manifestaciones culturales tan revolucionarias como la publicidad o el rock rancio que todavía escuchamos. Nos seguís vendiendo vuestros ídolos: vuestros actores de cincuenta años, vuestros rockeros que nunca mueren -¿dónde estará nuestra música si todavía escuchamos la vuestra y nos parece lo último?-, vuestros reyes del dólar. Maravillosos ídolos los nuestros. Y nos habéis dejado en herencia una sociedad no menos injusta que la que os encontrasteis, un planeta sucio y corrompido, millones de vecinos hambrientos y oprimidos, violencia, paro, guerras, insolidaridad, la competencia como principio deseable, nuevos nacionalismos y viejas ideas. Es un mundo maravilloso el que nos habéis dejado, ¿verdad? Pero así debía de ser, pues sois la generación cojonuda que iba a llenar el mundo con sus utopías.

Tarde o temprano, cuando vosotros os dignéis desocupar vuestros sillones tan trabajosamente obtenidos y tan largamente ocupados, será mi generación la que os sustituya. Es una generación que ya ha nacido sin sueños y que no ha querido inventarlos -de nada servirá decir que yo sí quise inventarlos o que tú lo quisiste hacer-. No espero demasiado de ella, aunque me gustaría que los problemas se solucionaran. Al menos espero que, ya que la mía no es una generación cojonuda, no dejaremos a nuestros descendientes un mundo tan cojonudamente cambiado y maravilloso como el que me -ahora no tengo otro remedio que recurrir al imprescindible "nos" que incluye a todos- habéis dejado en herencia.

Juan Luis Monedero Rodrigo

EL HALO MEDITERRÁNEO

A mi hija

Hay sensaciones, cogniciones que a nadie se las puedes contar: a las olas, no, que las rompe en el acantilado; al alba, no, que los destellos disipan su acogimiento; al viento, no, te las robará y se perderán en la inmensidad; al fuego, no, que henchidas en su fulgor, se desvanecerán en nada; al amigo, no, pues aún cruzando el puente, él está en la otra orilla; a tu amor, no, pues aún vividas las mismas acciones, efusiones, es su metaperspectiva del yo, es el yo y no el yo que yo siento; a mi hija, sí, sí a mi hija.

No sé cuantas noches, el diálogo atento del monólogo callado, ha servido para que ella se quedara dormida, bien por el balanceo de mi tosco pendular andante, o bien por el susurrar gesticulado de mi voz callada. La ternura de un gesto distendido, con sus henchidos labios sonrosados, por el descomunal esfuerzo de su última toma, sus marcadas mejillas, sus grandes ojos verdes, en su claro mar, que no querían tapar sus dialogantes pestañas negras, su mirada reposada en el aplomo de su cuerpo menudo en mis brazos; dibujaba en su rostro la atención expectante a mis gestos, a mis movimientos cadenciales. El aroma y la fresca brisa que desprende un cuerpo lactante, embriagaba mi mente noctámbula y en ausencia de olas, viento, fuego, amigo, amor; me desinhibía para relatar mis sensaciones, intuiciones a la vida.

Yo nací al Mediterráneo. Los sentidos los tenía enjaulados en la burbuja del "conduere" educacional de los tiempos, pues el sentir de la vida e incluso las vidas posadas eran pétreas losas que impedían mi sentir.

El sentir de un reflejo de un cuadro de Sorolla que colgaba de una de las estancias en donde trabajo, me hizo zozobrar: Era un niño jugando en la playa, unas jóvenes sujetaban el sombrero con los vestidos al viento, era el agua que humedecía mis pies, era el sentir a la vida.

Como no podía ser de otro modo sucedió que un día la llamada de la vida, del amor de la química temporal de los cuerpos jóvenes, me llevó hasta el Mediterráneo.

Allí, libre de las burbujas educacionales, de pétreas estancias, de espacios áridos de la misma faz, de la monótona existencia del devenir de las estaciones, marcadas solamente por el frío cambio de las hojas del almanaque, de la contemplación de la luz a través de los reflejos de las ventanas de los grandes edificios de la ciudad, del comportamiento aséptico que marca la convivencia reglada de colectivos estratificados de una civilización rígida. Encontré el amor.

A la persona que amo, que convive conmigo, que mece sus sueños en el recuerdo presente, que me ha dado vida, que ha dado vida a nuestros hijos, que da vida a la vida por vivir.

Tal vez la sublimación del conocimiento afectivo emocional, ha servido en su primer momento para enaltecer el conocimiento del Mediterráneo, pero no, no ha sido así; pues la justa inquietud por conocer, me ha llevado al conocimiento objetivo, de lo que es, ha sido y será el Mediterráneo. Tapete del devenir del mosaico de las civilizaciones a través de los tiempos, con marcadas tendencias que han sido las pautas del vivir armónico y distendido de sus gentes.

Seguro que si sigo con mi monólogo callado, meciendo el sueño de quien tengo en mis brazos, de una acumulación analítica y exhaustiva de datos, fechas, hechos y personas relevantes que infirieron al Mediterráneo su razón de ser, se incomodaría y rompería su quietud.

De ahí, que su sueño sea mecido con mi nana del recuerdo, la nana del amor, la nana de la vida, mi nana de noche adulta, la nana de nuestras vidas, arropadas por el halo mediterráneo de por vida.

Quién, habiendo estado, habiendo vivido en o al Mediterráneo, no conlleva ese halo perceptible de estímulos sensoriales que infunden sus gentes, su historia, en sus construcciones, en su luz, en su suave humedad hidratante del sentir de la piel, o en su música que da ritmo a la vida, o incluso al ruido atronador que desentumece las entrañas, cual grito colectivo, de unas gentes que se sienten con vida, al tiempo que rompen al cielo con sus múltiples colores destellantes como prueba del fulgor y reconocimiento lanzado al aire, las inquietudes de un pueblo con ansias de vivir que trabaja, tejiendo en su dedicación cotidiana progreso de su tierra, que cada día es más productiva, pese a las devastadoras amenazas de las sequías actuales, y el poco respeto de los no moradores por el equilibrio del ecosistema hasta ahora reinante.

Es impresionante el tributo generoso colectivo que en el sentir religioso muestran sus gentes día a día incluso en los más recónditos lugares o en las ciudades más populosas, buena prueba de ello es la imaginería tan expresiva, que guarda en sus iglesias, esculpidas por manos dúctiles para plasmar tanta belleza y hondo sentir en sus rostros.

La evolución de las religiones en los pueblos ha sido, y es hoy en día, detonante de convulsiones sociales; sin embargo, para ellos es vínculo de unión del modernismo reinante en el desasosiego de la vida moderna para acercarse con sus celebraciones a la misma entidad de un ser trascendental, en el que dejarán huella cuantas civilizaciones tomaron asentamiento en sus tierras, rindiendo homenaje de continuidad a esos valores que generación tras generación los han considerado, y consideran, intrínsecos en la existencia del hombre. Portadores del relevo generacional de la evolución del hombre hacia su humanización.

Hay algo que llama la atención, y que yo con mis palabras in mente, quiero plasmar, transmitir a todos y sobre todo a mis más cercanos, por relación, trabajo o consanguinidad. Es la evolución integrada de la personalidad de sus gentes, en sus círculos familiares, laborales, sociales y personales. La aceptación social de las diferencias personales cualesquiera que sean éstas, pues son elemento integrador del comportamiento de toda persona. De ahí que la estética del canon de belleza, que son dictadas por la sociedad reinante, aún no cumplido, no es trauma para un perfecto desarrollo emocional y social; modelos han

sido y son a los escultores clásicos, dando el equilibrio mental de la vida aportando mayor importancia, la que tiene, a la relación de los hombres con el entorno, y siendo consciente con todos los bagajes culturales y generacionales de la proyección de la vida armoniosa para sí y sus gentes influenciadas, tal vez, por la cercanía de la naturaleza frondosa con el germinar cambiante del tiempo, que, acompasadamente, ve cambiar su entorno día a día por los madrugadores rayos del sol cotidiano, o por la humedad de la brisa del mar, o por el solano viento. Lo cierto es que, viendo a su gente en la calle, entregada a sus trajines, da la impresión de que vive, se realiza, se mueve con desparpajo vividor, saboreando segundo a segundo su entorno, su vida, y su personalidad.

Murmullando en mi mente, recuerdo los primeros asentamientos poblacionales que se constituían a las riberas de los ríos, en los estuarios sobre todo, y así es, pues las ciudades más antiguas están al lado de grandes ríos; sin embargo cuál será mi sorpresa cuando leo en los periódicos que la población mundial del próximo milenio va dejando su transhumancia continental para establecerse en grandes núcleos de población junto a las costas, es algo, según dicen, existencial, sociológica, cultural; yo diría que van hacia la vida.

Pero volviendo a nuestro mar, a nuestro tapete cultural, también es así.

Nadie de población autóctona se ha marchado del Mediterráneo. Otros se han venido incorporando a su medio integrándose en su trabajo y en sus costumbres.

Y quién no, de los de tierra adentro, después de una aportación laboral a la sociedad a veces en condiciones difíciles de desarraigo social fuera de donde nació y con el bagaje incompleto de su integración tanto en sus relaciones sociolaborales, como en su participación en su vida personal, no quiere venir al Mediterráneo.

Lo primero, no deja su ser, para ser quien es, aportando todo un ser a un nuevo mundo que es el que él ha querido o el destino social le ha demandado, convencido, eso sí, que es por un mejor ambiente social.

Segundo: un tanto truncada su vida personal, pero aún teniendo estabilidad emocional, familiar, económica, relacional, y de estatus e incluso comprobando que sus hijos son mucho más altos que él, que siempre halla la despensa llena, que hay aparatos en casa que ya no

sabes como funcionan, que su mujer le parece atractiva cuando salen a cenar.

No se siente feliz. No es timonero de su propia vida. No es rol de sus propios hijos, más bien descubre cuando se va al lecho y velan sus sueños, arropando sus cuerpos, que según sus palabras, las pocas palabras no son sus sueños, claro está, los roles sociales no tienen cabida hoy en el seno familiar, sino en el seno de la mal llamada sociedad.

Sí, quién no, después de ver pasar la vida, esa vida, cumplidos los compromisos laborales, no va a vivir su vida, la vida que quisiera vivir por no haber vivido a orillas del Mediterráneo.

Así dicho, en bosquejo sentimental-afectivo, parece ser una realidad comprobada; ya que las zonas costeras del Mediterráneo están ocupadas ya hoy en día por gran parte de las personas que han venido de tierra adentro, para vivir la vida hacia el final de sus días, incluso de toda Europa.

Vienen a vivir, a hacer de su vida un capacho, a convivir lo no convivido con las gentes pobladoras de hecho, buscando la aureola del vivir. Al ser despertados cada mañana por el rayo del sol traidor, que se cuela por la ventana y rompe la penumbra de la habitación, haciendo desentumecer los músculos, llamando para salir, esas tierras, esas gentes que ya están con su trajín diario y que nos hacen participar.

Vienen a ser ellos mismos, despojados de los zapatos relucientes, del mono con el emblema, de la agenda de la fortuna, de la categoría laboral, del vecino del octavo, del que gestiona, del que... Vienen a hablar, a contarse como son, que es lo importante de la vida, a conocerse, a arrullarse en un sofá, a acariciarse, a decirse todas esas palabras en sentimientos que antes no han tenido tiempo, a recordar como se apellida la mujer de un hijo, que ya hace dos meses que no llama, y a quejarse de para qué sirve el dinero.

El compromiso de un padre es grande. Se puede ser educador, alimentador, "padreador", solucionador, guiador, incluso acunador; pero si ante este mundo que han de vivir no les infundimos el respeto por la vida en todas sus manifestaciones, el verdadero compromiso social de interrelación armoniosa consigo mismo y con lo que le rodea, el ahínco y el afán del trabajo tras las bases culturales de generaciones que les han

precedido en mejorar con su gran esfuerzo el mundo que se han encontrado, que la verdadera aureola del hombre ante un mundo dilapidado de mitos comerciales es un trabajo eficaz como aportación a los demás, nuestro compromiso social y personal será nulo.

Ya parece que mi monólogo callado la ha dormido; pero antes de dejarte en la cama, quisiera seguir susurrándote calladamente todo, todo aquello que de mayor no te diré.

Vive la vida con esplendor, con el esplendor que das a tu propia existencia; eres el reflejo y la visión de vidas pasadas, no las traiciones; lo más importante es el hombre, piensa en ello, en su proyección y en su compromiso. Lánzate al mundo del trabajo sin miedo, y con la generosidad, buscando las raíces de tu existencia en tus propias raíces. Que el egoísmo con el que te vas a encontrar no te desanime, que pese a la tecnología burócrata del trabajo en el que participarás, con arrigo y tesón, no subyuguen por sus aportaciones la vida de relación personal, teniendo en cuenta que lo más importante es el ser hombre, es decir, persona, capaz de convivir, amar, sentir, sufrir; que todo ello lo conjugues de manera que tu vida sea una aportación continua en el vivir, para hacer vivir en armonía y amistad a todos los que te rodean.

Ya en la cama quisiera arroparte con el Halo Mediterráneo, ese halo que desprenden sus gentes, sus tierras, sus costumbres, su vivir.

Desearía que cuando fueras mayor, aún no estando en el Mediterráneo, vivieras su cultura, su arte, su luz, su armonía, y, sobre todo, que vivieras la vida como la viven las gentes del Mediterráneo.

El Guadamejud

LA DEDICATORIA

Año de Nuestro Señor de 1995.

7 de noviembre por la gracia de su señoría:

Me veo en la obligación de comunicarle que, habiendo comprobado que es usted un hipócrita incorregible, creo que es mi deber decirle que su vida es sólo una caricatura de la de un hombre. Puesto que así pienso he decidido y realizado lo que a continuación muestro:

-he destrozado su BMW, con un destornillador

-he invitado a su casa a buena parte de sus enemigos para que hiciesen de ella lo que les viniera en gana

-he abierto su fábrica, la he puesto en funcionamiento y he vendido todas las acciones a sus trabajadores, los cuales no han hecho otra cosa que especular con ellas habiéndose arruinado el negocio aunque no ellos

-he vaciado todas las botellas de Viña Tondonia por el retrete

-he regalado sus cinco rolex de oro a un magrebí

-he invitado a su mujer a salir y se ha enamorado de mí, a pesar de que ahora soy hippie

-he sacado todo su dinero del banco y lo he dado todo a la asociación "salvad al ornitorrinco"

Afectuosamente, se despide de usted el único amigo que le queda:

Usted

"La verdad sólo me llega
cuando estoy sola"
Clarice Lispector

LA ESTRELLA DESNUDA

Cuando despertó tenía sus cabellos surcándole los hombros. Estaba deliciosamente dormida y su bella placidez le llenaba de sentimientos pseudo-cariñosos y cuasi-románticos. "Duerme como una linda colegiala", se dijo mientras la observaba sin despegar la oreja de la almohada. No sabía quien era pero iera tan delicioso verla dormir!...

Extasiado por la belleza con que había comenzado el día decidió que lo mejor sería marcharse antes de que ella despertara para evitar así el trance de tener que saludarla:

"¡Hola! Perdona...¿Cómo te llamas, que ahora no recuerdo?"

Se vistió apresuradamente sin darse cuenta de que su ropa interior aún colgaba de la silla. Y mientras se vestía no dejó por un segundo sus hermosas mejillas carmesíes que tanto refulgían en aquel cuerpecito pálido y desvaído.

"Es bonita...¡realmente bonita!"

Y como tantas otras veces se preguntó qué misterioso trance le había conducido a aquella oscura habitación junto a la bella adormecida que ahora movía lentamente dos trémulas, silentes manos.

"Es mi alter-ego", se decía, al tiempo que echaba un último vistazo a ese sujeto portador de tan magnífico interrogante.

Una vez vestido a medias, salió de la habitación y, atravesando el pasillo, llegó al salón de hermoso artesonado. La decoración de aquella estancia, horrorosa en su grandeza, tampoco desvelaba nada acerca de la personalidad y sentimientos de aquella mujer. En la estantería de caoba presidía un retrato de hombre joven desconocido. Nada, absolutamente nada le resultaba familiar. Entonces se colocó su pañuelo negro al cuello y se miró en el espejo del recibidor:

"Este sí vuelvo a ser yo".

.....

La vida es a menudo difícil para quien no se ha encontrado a sí mismo. El cielo y el infierno arden en uno con similar bravura y a veces es complicado saber qué es lo bueno y qué es lo malo. El camino no se escribe solo. El camino llega del esfuerzo de la reflexión.

"Yo no actúo a sabiendas de nada. No soy consciente de mis actos. Simplemente me sumerjo en la circunstancia y me dejo arrastrar como por un enorme y caudaloso río. Luego despierto y me veo atrapado en mi singular circunstancia, víctima del engaño y de la confusión".

Pasear por las calles de Madrid no es sólo un ejercicio físico, sino también filosófico. No sólo se respira el humo de los coches. A nuestro paso vamos aspirando cientos de reflexiones, ideas y sentimientos, a menudo estúpidos vaniloquios, pero entre cientos de pensamientos puedes encontrar uno único, maravilloso. Una señora elegante y vanidosa ha pasado por su lado y él ha podido sentir claras esas palabras sordas y al mismo tiempo tan profundamente contundentes: "Me estoy haciendo vieja", ha pensado al ver su rostro reflejado en el oscuro escaparate de una peluquería. Es bello y a la vez triste pensar que nuestros más hermosos y lúcidos pensamientos sólo se reflejan de puertas a dentro. El ser que proyectamos nada tiene que ver con el que en verdad somos y así la vida se convierte en una gigantesca farsa donde nada, absolutamente nada, es lo que parece...

Todo esto iba pensando aquel frío día de invierno mientras paseaba nostálgico como no lo había estado desde hacía mucho tiempo. Y entonces sintió un extraño escalofrío al pensar en la joven de encarnadas mejillas que había dejado durmiendo aquella misma mañana.

Hubieron de pasar algunos días para que su vida volviera a recuperar el ritmo habitual de la monotonía. A la vuelta del trabajo, cansado y abatido, observó en el espejo la nieve ineludible con que el paso del tiempo iba tiñendo sus cabellos. Como tantas otras veces pensó en la insatisfacción que le provocaba todo aquello que siempre había deseado.

"Deseamos lo que no tenemos".

En la soledad del hogar sólo se podía escuchar el crepitar de los leños en la chimenea. El silencio, el insoportable silencio que todo lo envolvía y que sólo Chopin desenredaba de vez en cuando. Pero, ¿no era esto lo que siempre había deseado?; ¿no era desde su lejana adolescencia el objetivo hacia el que había dirigido toda su actividad? La independencia, esa incuestionable independencia, se había convertido en algo verdaderamente molesto y aburrido. La sinceridad es el diálogo interior:

"Por eso ser sincero es ser potente
de desnuda que está, brilla la estrella..."

.....

Fue al cabo de tres semanas que en uno de sus rutinarios paseos por la capital un extraordinario hallazgo vino a romper el círculo vicioso monotonía-aburrimiento en que se había convertido su vida desde hacía ya muchísimo tiempo. Bajo los soportales de la Plaza Mayor encontró a uno de esos retratistas ocasionales que instalan allí sus atriles ensayando juegos cromáticos impregnados de sueños de éxito, de fama. Colores azules donde el cielo es gris porque, forzosamente, todo ha de ser optimismo para quien empieza. Revisando su repertorio sus ojos fueron a pararse en una preciosa lámina al óleo que le tuvo cautivado durante un largo rato. En el dibujo aparecía, al abrigo de los rayos de sol que penetraban por las rendijas de la ventana, una joven pálida de mejillas rojizas que parecía despertar de un largo y profundo sueño. En la esquina superior derecha una mano de hombre abandonaba la escena apresuradamente...

¡Era increíble! Aquella misma escena estaba grabada en su memoria como si la acabase de vivir.

"Es como si acabara de salir del cuadro".

Y sin embargo, aquella mano, aquella absurda y solitaria mano, permanecía allí, inmóvil para toda la eternidad, como si existiera algo que le atara a aquel preciso instante, como si toda su vida se concentrase en ese único momento, ejemplo y paradigma de toda una vida desordenada.

.....

Soledad y libertad vienen a ser lo mismo. Para ser verdaderamente libre hay que estar completamente solo. Todo vínculo con otra persona es una especie de yugo que se va ciñendo poco a poco a tu cuello, hasta que llega un momento en que nos es imposible liberarnos de él. A menudo creemos necesitar ser libres cuando lo que en verdad necesitamos es estar solos. Soledad elevada a la máxima potencia: días enteros sin oír ninguna voz conocida; pasear a tu antojo sin encontrarte con nadie; poder gritar al amanecer de un nuevo día sin que nadie te pregunte si te pasa algo; hacer comida y que sobre para el día siguiente...

"De todas formas, para las cosas realmente importantes en esta vida estamos siempre solos".

Fue un impulso emocional lo que le llevó a comprar aquel cuadro. Era un gasto frívolo para quien no tenía apenas para comer pero en la vida hay ocasiones en que nuestro espíritu requiere un alimento especial: el alimento de la paz, de la belleza. La elevación de lo espiritual por encima de lo humano.

"El canto gregoriano es horrible.

Lo bello está en tu interior".

Así fue a parar a la habitación más oscura de la casa, la que hacía las veces de biblioteca, una biblioteca destartalada, ruinosa, exigua... pero biblioteca al fin y al cabo. Se tumbó en el viejo tresillo, desgajado por el abusivo paso del tiempo, contemplando placenteramente aquella lúdica adquisición. La absurda escena se había convertido en una auténtica obsesión. Durante días enteros permanecía allí, inmóvil, los ojos fijos en el cuadro, sin apenas levantarse más que para comer o para satisfacer sus necesidades más inmediatas.

"Debe haber un porqué. Todo en la vida tiene un porqué. Todo tiene algún sentido".

Pero no se daba cuenta de que preguntar el porqué de las cosas exige la más ambigua de las respuestas: "Porque sí". Que en la vida todo no tenía un porqué, sino un "porque sí". Así que durante aquellos días se dedicó a la reflexión filosófica sobre un cuadro que, de alguna manera, él pensaba que resolvía el crucigrama que era su vida. Y decidió que la respuesta no estaba en él mismo, sino en aquella joven de mejillas encarnadas que en su despertar le miraba con aquellos ojos tan profundamente inquietantes...

"Tengo la cabeza llena de pájaros,
pero a lo menos son alondras"

Y la buscó. La buscó día y noche, incansablemente, como si el destino por sí solo no fuera garantía suficiente. Y como ocurre siempre que buscamos algo con ahínco su esfuerzo fue infructuoso. En vano vagó por los mismos lugares que había recorrido la noche que la había conocido. Metódicamente fue visitando uno a uno los bares y tugurios en el estricto orden en que creía haberlos recorrido aquella otra noche. Pero la vida es azar, y el azar no se somete a repetición. En el transcurso de la noche creyó encontrar en diversas ocasiones a aquella mujer pero, unas veces el pelo, otras un hoyuelo en la barbilla le hacían cambiar rápidamente de opinión. Y pensó en la cantidad de mujeres de faz enrojecida que estaba viendo aquella noche interminable, sin ser aquella que buscaba.

La noche se dormía. La gente, entre efluvios de cerveza y de whisky vagaba ya errante por las calles con destinos desconocidos. El silencio entonces empezaba a extenderse por toda la ciudad al tiempo que sucumbía la oscuridad. A esas horas tan próximas al amanecer todavía vagabundeaban los mercaderes de la muerte y las vendedoras de sexo a granel. A decir bien nadie realmente decente podía pasear por las calles a esas horas. Todos parecían tener un motivo sucio y pecaminoso.

Decidió volver a casa. Mientras subía por la Carrera de San Jerónimo se preguntó cuánto tiempo llevaba sin hablar con nadie. Sin duda días. Meses sin sostener una conversación. Su trabajo frente al ordenador tampoco exigía una comunicación fluida con otras personas.

"Mañana aprovecharé la primera ocasión que tenga para hablar con alguien", se dijo en voz alta, quizá para no olvidar el sonido de su propia voz.

Por fin llegó al ansiado hogar, exhausto y desmotivado como un ejército en retirada. Se desvistió apresuradamente deseando vehementemente el reencuentro con el sueño.

"El sueño es el olvido".

Pero antes cumplió con ese simulacro de rito que era echar un último vistazo al cuadro. La tenue luz que venía del pasillo apenas dejaba ver nada. Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado pudo distinguirse a sí mismo despertando de un largo y profundo sueño mientras una blanquecina y etérea mano de mujer abandonaba apresuradamente la escena del cuadro...

"La verdad a veces nos llega demasiado tarde".

Pues sí.

Narciso Tuera

MI EQUIPAJE

Estoy haciendo inventario
de todo lo que tengo,
no sólo de lo que vale,
también de lo que aprecio.
Y tengo muchas cosas, seguro,
quizá no todas las que quiero.
Algunas valen mucho,
y no hablo de dinero, por supuesto.
Si tengo propiedades,
si tengo oros y bienes que no quiero,
mejor los dejo fuera de inventario,
que este inventario es algo serio.
Miraré, antes que nada,
todo aquello que es mío y nunca pierdo,
aquello perdurable,
como es perdurable una existencia finita
haciendo frente al tiempo.
Pues tengo una consciencia y unos ojos,

pues tengo una sonrisa, pies y dedos,
y también tengo pelos en la barba
y pecas, y lunares en el cuello,
y tengo tantas cosas,
que no sé qué prefiero.
Así que, ya que viene todo junto,
me quedo con mí mismo todo entero.
Hay cosas, eso sí, menos precisas
que tampoco quisiera andar perdiendo.
Pues tengo simpatía y mala leche
y tengo una porción de sentimientos.
Y quizá me acompaña cuando hablo,
¡quién pudiera saberlo!,
un alma inmortal, que es mi equipaje,
y, ¡ay!, ojalá el quizá resulte cierto.

Juan Luis Monedero Rodrigo

TOTALMENTE CUPIDO

No sé cómo se llama ni tampoco importa. Pero sí te voy a contar la historia. Ocurrió hace unos meses. Puede que esté volviendo a ocurrir si es que todavía va por ahí. Se cree Cupido y así le voy a llamar. No hace falta que lo preguntes: está loco o, por lo menos, no demasiado cuerdo. Qué quieres que te diga de él. Parece un tipo normal. O quizá sea que todos los tipos normales tienen en el fondo un algo de loco.

No quiero presumir aquí de cordura ni hacer un estudio de psiquiatría. Sólo quería relataros unos hechos. A mí me parecieron divertidos; la historia bonita y feliz. Ya sé que no hay muchas historias felices que contar en nuestros días. Pues esta es una de ellas. Como trata de la felicidad de sentirse amado, creo que es una historia de verdadera Felicidad, así con mayúsculas. Que te hable de un pobre desgraciado como nuestro Cupido no es un mero accidente. Él es el principal artífice de la historia. Pero empecemos de una buena vez, que no quiero aburrirte con sermones.

Sus vecinos dicen que está como una cabra pero no molesta a nadie. Por la mañana trabaja de repartidor. No es que sea muy listo,

pero estar loco no significa ser imbécil. Así que Cupido, a pesar de su locura, comprende que necesita comer. Y no hacen falta muchas luces para hacer de chico de los recados. Él no molesta a nadie, cumple bien los encargos y nadie lo molesta a él. Por las tardes no trabaja. No oficialmente. Por la tarde se dedica a realizar su vocación, a ejercer de Cupido.

Todas las tardes, a eso de las seis, se va a la Casa de Campo con el uniforme de Cupido: túnica blanca, alitas de cartón, coronita de laurel -de plástico para que no se seque- y un arco de madera de cerezo con flechas de palo que se hace él mismo. Cualquiera diría que es un Robín de los Bosques, con blanco uniforme de gala, dispuesto a recorrer sus forestales dominios. Y sus dominios sí los recorre, pero no es un ladrón de bolsas sino -según cree él- de corazones.

"¡Qué pedazo de cafre!", seguro que estás pensando. Pues hombre, sí, un poco bruto sí es el chico, pero no tiene mala intención. Ahora me toca a mí hacer aquí de abogado defensor culpando a las circunstancias de los crímenes de su defendido: no es culpa suya; está loco. Sus razones tendrá para estar loco, digo yo. Quizá la vena del Cupido le dio por algún amor desgraciado o vaya usted a saber por qué. Si me apuras, tal vez no tenga ninguna razón aparente para estar loco. El caso es que lo está. Si está loco y encima es culpa suya, pues mira, que le vaya bien. Yo no soy aquí su conciencia ni un Pepito Grillo cualquiera que te sepa contar de dónde le viene la locura a Cupido. Yo sólo sé lo que hace y lo que pasó aquella vez. Pues eso es lo que te quiero contar, mira que me pongo pesado con los rodeos.

Cupido salió aquella tarde a realizar su ronda habitual. Había poca gente paseando a aquellas horas. Era lo corriente en aquellas fechas, pleno invierno de días fríos y cortos. Muchos de los vagabundos eran, sin duda, mala gente, más peligrosos que nuestro pobre Cupido. Pero a él no le importaba. Como Dios del Amor pensaba que no sólo había de ocuparse de los humanos. Su reino abarcaba también a los pajarillos, insectos y todos los animales de sus dominios. Agazapado detrás de unos majuelos, Cupido oteaba entre los árboles, atisbaba los caminos y husmeaba el suelo y el aire buscando sus presas, por parejas, como el cazador de corazones que se pensaba. Cuando Cupido veía una pareja que le gustaba se afanaba en tensar su arco de cerezo, en colocar la

flecha de palo, apuntaba, disparaba y casi siempre fallaba. Anteriormente sólo una vez le dio a un perro que se fue aullando -quizá enamorado de la perrita asignada por el divino artífice- y otra le acertó a un paseante que perseguía mariposas sin ver a aquella chica de preciosos ojos pardos leyendo bajo la sombra de un roble. El zoófilo amante de los lepidópteros perseguía a una mariposa amarillenta con una manga de tul cuando fue cazado, a su vez, por Cupido en todo el cogote. Como debía de tener la cabeza bien dura, el chico sólo emitió un breve quejido, se volvió y vio moverse a Cupido tras los arbustos. Recogió entonces unas cuantas piedras del suelo y se las tiró con tan mala idea que le acertó en toda la frente. Después siguió con sus mariposas ignorando a la chica tanto como ella a él.

Aquel día, sin embargo, obtuvo su tercer trofeo. Bajo un roble, que quizá era el mismo de aquella otra ocasión, leía la chica de marras, la de preciosos ojos pardos, aprovechando las últimas luces del atardecer. En el camino apareció la figura de un joven paseante, caminando lentamente con la vista aparentemente centrada en sus propios pensamientos. Como quien dice, iba con la cabeza en las nubes. Bajo el brazo llevaba un periódico y una novela. Llevaba el abrigo gris de lana abrochado hasta el cuello y respiraba con intensidad, saboreando los aromas a su alrededor, para luego exhalar el aire en grandes vaharadas blancas por la boca. Cupido no lo sabía, pero el muchacho estaba constipado y tenía dolor de cabeza, lo cual le proporcionaba aquel aire ausente y le había animado a buscar el reparador aire frío de la calle. A Cupido le pareció que los dos formaban una pareja perfecta: el chico con su aire romántico y la chica ensimismada en su mundo de ficciones en vez de cautivar al mundo verdadero con una mirada de sus ojos.

Cupido sonrió, tensó su arco y apuntó hacia la chica. Debía acertarle en pleno corazón, para introducir en él los bellos sentimientos que había de inspirarle el amante que le había asignado. ¡Qué hermosa imagen! No podía fallar. ¡Chas! El arco emitió un sonido vibrante y el asta de palo fue a golpear contra el tronco del árbol, justo encima del hombro derecho de la chica. Este Cupido inhábil o miope no era capaz de acertarle a un blanco a más de diez centímetros de sus narices. La chica dio un respingo. Alzó la vista con gesto sorprendido y ligeramente asustado. Intuyó moverse algo tras unos arbustos. Miró alrededor y vio

al caminante de aire soñador a pocos metros de donde estaba ella. Quiso avisarle, preguntarle, descubrirle el accidente. Pero fue demasiado tarde. Cupido se le adelantó. Tras fallar su primera tentativa, decidió ensayar el blanco móvil antes de que se escapara de la escena. Ya dispararía después sobre la chica. Ahora debía acertar en el corazón del muchacho. Sin pensarlo dos veces, cargó la flecha, tensó el arco, apuntó y ¡doing!, con un mortecino sonido muelle la flecha botó sin dirección hasta impactar contra el trasero de nuestro caminante con tan mala fortuna que la punta semirroma de la saeta penetró a través del grueso acolchado del abrigo y el pantalón hasta las blandas carnes de su nalga izquierda, ¡extraño lugar para albergar un corazón!

El chico lanzó un grito sorprendido de dolor, se volvió y vio caer la flecha de su trasero al suelo. La impresión de haberse visto asaeteado, unida al malestar de su catarro, casi le hacen marearse. Pegó un traspiés y se cayó al suelo, donde se quedó pensando atemorizado en el estado de sus nalgas. La chica, que lo vio, se levantó y empezó a pedir auxilio, asustada y fuera de sí ante la idea de un asesino emboscado entre los árboles. Mientras, Cupido, enfadado por su impericia, no se preocupó de mantenerse en su escondrijo sino que se levantó y empezó a patalear y mascullar contra su arma. La chica, histérica ante la visión del loco y preocupada sinceramente por el estado de su víctima, no sabía que hacer. Se acercó al caído y prosiguió con sus gritos de ayuda a pleno pulmón. Armada con su miedo irracional recogió una rama del suelo dispuesta a defenderse del asesino. En eso llegaron dos personas a la escena del crimen: un viejecillo que paseaba por allí y un policía que, habiendo oído desde el coche los gritos de la muchacha, había acudido hasta el lugar prestamente dejando a su compañero de patrulla a cargo del vehículo y a la espera de novedades sobre la gravedad del asunto. El viejecillo se plantó frente a Cupido con aire amedrentador, dispuesto a defender la vida de la joven con la suya propia. Cupido no sabía lo que ocurría. De repente unos brazos lo atenazaron por detrás. Era el policía, que lo inmovilizó, lo echó de bruces al suelo, le puso unas esposas y empezó a decirle tonterías con intención de atemorizarlo. ¡Estúpidos mortales! ¿Cómo se atrevían a interrumpir sus olímpicos designios?

En eso la chica volvió su atención al muchacho caído, el cual abandonó sus lastimeros quejidos para devolverle la mirada a su buena

samaritana. Fue tan sencillo como encontrarse sus ojos y ¡chas! el flechazo de Cupido -el de verdad- hizo efecto fulminante. La chica sonrió, el chico sonrió y los dos se olvidaron por unos breves segundos del psicópata asesino.

-¿Te encuentras bien? -preguntó la chica con una voz que a él le pareció necesariamente angelical.

-No lo sé, me duele mucho el...atrás -contestó él, casi olvidado del dolor y a punto de responder con un sí rotundo ante aquellos sanadores ojos que lo miraban llenos de ternura.

Entretanto, el policía había comenzado un curioso interrogatorio: él hacía las preguntas lógicas del caso y el criminal contestaba cualquier sandez que no venía a cuento.

-¿Qué hacías con esto? ¿Eh? -el policía con el arco en la mano y mostrando casi pena por el imbécil.

-¿Que qué hacía Cupido con un arco? -el loco sorprendido e incrédulo.

-¿Te parece bonito ir por ahí asustando a la gente? ¿No ves que puedes hacer daño a alguien? -el policía casi didáctico.

-¡Daño, daño Cupido! ¡Ja! -el loco impertinente, burlón.

-Este tío está loco -el viejecillo zanjando la cuestión.

Y mientras, los dos jóvenes sonriéndose, preguntándose por su estado, preguntándose sus nombres como si nada hubiera sucedido. Ya no hay nadie más por allí, ni policía ni viejecillo ni Cupido. Sólo ellos dos. Ni siquiera está el paisaje a su alrededor. Es casualidad, pero hay casualidades milagrosas. Los dos jóvenes se han gustado a primera vista. Es un flechazo de esos que parecen reales sólo en sueños.

-No parece que tengas nada -ella mirando un poco avergonzada su muslo izquierdo, allá donde comienza el trasero.

-¡Cuánto me alegro! -él-. Pero el susto...

-Sí el susto... -ella.

Y, casi sin saber cómo han llegado a ese punto, se encuentran hablando como amigos, de cosas que no tienen nada que ver con la agresión.

-Muchas gracias. Me llamo Javier -él, extendiendo la mano a modo de presentación.

-No es nada. Quise avisarte, pero no me dio tiempo. Yo soy Yolanda, Yoli para los amigos -ella, estrechando la mano del herido.

-Encantado, Yoli -él.

De repente el policía, tan oportuno al principio, se convierte en presencia inoportuna. Estaban hablando, tan ricamente, con los labios, los gestos y la mirada, cuando el policía se les acerca y pregunta a Javier por su estado. Este asegura que está bien pero el policía insiste. Javier muestra su herida y el policía alza las cejas.

-No, no parece grave. Sólo ha sido un pinchazo.

-Sí, pero el susto... -añade Yoli, justificando el valor en su nuevo héroe.

-¡Menudo loco! -el anciano tratando de incorporarse a la conversación y esperando que sea reconocida su importancia en el caso.

-De todos modos, debería ir al médico para que le curase la herida -el policía.

-Sí, mira que si se le infecta -el anciano en una nueva tentativa. Ni caso. "Papanatas", piensa. ¡Cuánto desagradecido anda suelto por el mundo! Uno se juega la vida por un desconocido y nadie le da siquiera las gracias. "Papanatas".

-Pero antes será mejor que vengan ustedes tres conmigo a la comisaría -el policía-. Me gustaría tomarles la declaración. Y supongo que querrá usted denunciarlo -al herido.

-¡Oh, claro! Supongo que sí -Javier en las nubes-. Es lo que debo hacer, ¿no? -preguntando a Yolanda con los ojos.

-Por supuesto -Yoli-. Aunque en el fondo me da pena. Parece un desgraciado.

¡Qué brillo en los ojos de Javier! ¿Es una sonrisa lo que se ve en sus labios? ¡Oh, qué dulce es aquella muchacha! ¡Y pensar que hace diez minutos eran unos desconocidos!

Dicho y hecho. Las víctimas, el anciano y el criminal -que se deja llevar sin saber muy bien de qué va el asunto-, acompañan al policía hasta el coche patrulla. El otro agente pregunta con un gesto de la cabeza y el cuello. El que ha detenido a Cupido sonríe y hace un gesto ostensible con el dedo índice en su sien: un par de giros del dedo hacen que el otro agente devuelva la sonrisa y asienta con la cabeza.

-Sólo caben tres de ustedes en el coche -el policía que ha capturado a Cupido, dirigiéndose, casualmente, al anciano-. Pueden venir con nosotros ustedes dos y el loco -a Javier y Yolanda-. Y usted, si no le importa, puede venir caminando -al anciano, cuya irritación comienza a resultar patente-. La comisaría está a unos minutos de aquí, ya sabe.

Yolanda mira asustada a Cupido, el cual sonríe amablemente mientras limpia con su lengua un hilillo de baba que se deslizaba por la comisura de sus labios.

-Yo... yo no quiero ir al lado de ese hombre -Yolanda, visiblemente atemorizada.

-No, no iremos con él -Javier-. Mejor iremos a pie.

El policía se encoge de hombros, empuja a Cupido dentro del coche patrulla e indica brevemente a los testigos como llegar a la comisaría por sus propios medios. Luego entra al coche, se sienta delante, junto a su compañero, y el desigual trío de captores y cazado arranca con una nube de humo, dejando solos a los jóvenes y el anciano.

Javier duda. No se ha enterado de cómo se va a la policía pero le da vergüenza admitirlo. Yolanda está en la misma situación, pero tiene una excusa para sacar a Javier de su ficticio apuro.

-Será mejor que tomemos un taxi -Yolanda-. No conviene que camines con esa herida en él...Bueno, creo yo.

-Tienes razón -Javier. Y nada más decirlo echa el alto a uno que pasa por la carretera con el letrero de libre.

El anciano sí sabía el camino, pero nadie se molesta en preguntárselo.

-¿Viene? -le pregunta, ahora sí, Javier desde dentro del auto.

-No, prefiero ir caminando -el anciano irritado y orgulloso.

-Hasta luego, pues -Javier.

-¿Dónde? -el taxista.

-A la comisaría -Yolanda.

El taxista sentía curiosidad pero nadie le cuenta nada. Arranca y no pregunta. Javier y Yolanda están demasiado preocupados en hablar entre sí como para prestar atención al conductor. Primero empiezan a rememorar su reciente susto y, por arte de birli birloque, se encuentran hablando de su vida tan ricamente. Poco pueden hablar. El policía tenía razón. En un pis pas han llegado a la comisaría. Javier paga al taxista y

Yolanda, bien dispuesta, ayuda a Javier a bajar como si se tomara verdaderamente en serio su herida en el trasero.

Dentro preguntan por el loco. El policía que lo ha detenido los lleva con una señorita que va a tomarles declaración. El policía pregunta por el anciano. Aún no ha llegado. Claro, venía caminando.

La señorita -muy simpática para ser una secretaria que realiza un trabajo tan aburrido como debe de serlo ese, según le parece a Javier- les toma declaración. No hay mucho que contar. Cada uno da la versión de los hechos con una introducción acerca de cómo habían llegado a encontrarse en aquel lugar de la Casa de Campo. Ambos coinciden en el punto en que aparece el loco con su flecha de palo dando contra el culo de Javier. A ambos les parece una tontería, pero cuando relatan la parte de la historia en la que aparecen los dos juntos, sienten una emoción especial, como de chiquillo abriendo un regalo. A esta conclusión han llegado de modo independiente. Aún no se han confesado la atracción que sienten entre sí, pero ya lo he dicho: lo suyo era un flechazo.

Cuando están terminando llega el anciano. El policía lo ha recibido dándole las gracias por su colaboración y el vejete ya se siente un poco más contento con el trato recibido. Pasa al cuarto de la secretaria y los dos jóvenes, que acaban de terminar su declaración, se levantan.

-Muchas gracias, señor -Javier-, no tenía porqué haberse molestado. Muchas gracias -y le estrecha la mano antes de marcharse junto con Yolanda.

"¡Oh! Al fin y al cabo sí existe gratitud en el mundo", piensa el anciano hinchándose como un pavo. La amable secretaria comienza a preguntarle y el viejecillo se siente un personaje importante y útil, cumpliendo aquella aspiración de muchos ancianos al verse jubilados.

Javier y Yolanda siguen hablando entre sí. Pasan junto al policía y se despiden. El policía les recuerda que ya les llamarán cuando se celebre juicio, si es que llega a celebrarse contra el loco, o para repasar las declaraciones. En un banco, sentado y sin vigilancia aunque con las manos atadas, está Cupido. Ve pasar frente a él a la pareja y se da cuenta de que ambos parecen risueños y felices. Yolanda lo mira con ojos asustados y Cupido le dedica una espléndida sonrisa satisfecha y

complaciente. Ella mira hacia otro lado y Javier le dedica una mirada entre desdeñosa y compasiva. ¡Pobres mortales ciegos! ¡Ah, que satisfacción la de Cupido! Ahora sabe que su misión ha tenido éxito. La flecha, al cabo, ha cumplido su cometido y hay una pareja más de enamorados en el mundo. Cupido es feliz, ajeno a las maniobras de sus captores que pretenden, seguramente, conducirlo a un centro psiquiátrico, buscando su sanación o, por lo menos, volverlo inofensivo.

Yolanda y Javier salen juntos de la comisaría. Podrían despedirse allí pero no lo hacen. Javier ha estado a punto de hacer una propuesta un tanto arriesgada, pero Yolanda se le adelanta.

-Te acompañaré a un dispensario -ofrece.

Si la herida hubiera sido grave ya habría tenido tiempo de desangrarse por ella, de infectársele o de ponérsele tumefacta. Tan sólo le dolía y le molestaba un poco al caminar.

-Muchas gracias, pero no es necesario -Javier, poco convencido-. Pero si lo deseas no me importa que me acompañes.

Los dos preguntan a un transeúnte dónde hay un dispensario por allí. Está lejos, así que Javier decide ir a ver a su médico. Ya le da igual tardar un poco más. Toman otro taxi y siguen hablando. Parece que se conocieran de toda la vida. En unos minutos llegan a la dirección indicada. Descienden del vehículo y pasan a la consulta. Los recibe una enfermera y Yolanda, adelantándose al propio paciente, hace un resumen del caso.

-Veo que es urgente -comprende la enfermera-. El doctor le atenderá enseguida -a Javier.

En realidad no hay nadie en la consulta, pero se agradecen la disposición y amabilidad de la enfermera. La enfermera pasa dentro aunque sale casi de inmediato.

-Pase, por favor -de nuevo la enfermera con una sonrisa.

Yolanda, que no ha sido invitada, se queda fuera, sintiéndose extraña por primera vez en toda la tarde. La verdad es que casi no conoce a Javier.

Javier, dentro, saluda al doctor y le cuenta el caso.

-Por favor, bájese los pantalones -pide el médico con tono profesional que no evita el rubor que Javier, como casi todos, siente al poner sus nalgas al descubierto frente a un casi desconocido.

-No es nada -sentencia el doctor-. Un par de puntos y listo.

Diez minutos después sale Javier dolorido. Dos puntos sin anestesia, una inyección de antibiótico "por si acaso" y se ha librado, al menos, de la inyección del tétanos "porque sería raro y ya está usted vacunado". Yolanda le recibe sonriente y ambos salen de la consulta tras agradecer al médico su rápida atención. Javier cojea ahora más que antes y Yolanda le ofrece acompañarle a casa. Ambos se dan cuenta de que la despedida ya está próxima. Javier se apresura a evitarlo:

-Oye -nervioso-, he pensado que, después de lo de esta tarde, me gustaría invitarte a algo, no sé, por haberme ayudado y eso. ¿Te gustaría que cenásemos juntos?

Yolanda se finge sorprendida. Le encanta la petición pero esboza una excusa para que no parezca que está dispuesta a aceptar desde el principio. Javier se echa atrás y Yolanda, finalmente, admite que la cita no es importante y que le encantaría cenar con Javier.

¿Qué más decir? Que los dos disfrutaron de la cena. Que, si bien, al principio la situación parecía un tanto forzada, pronto se impuso la simpatía que ambos sentían entre sí y el magnetismo de su relación se hizo visible hasta para ellos mismos. Se dieron los teléfonos. Javier llamó a Yolanda a los pocos días y, desde entonces, comenzaron a salir con asiduidad. Actualmente están comprometidos y son bastante felices. La herida de Javier se curó hace tiempo y de ella sólo le queda una pequeña cicatriz que es el único recuerdo del Cupido que los unió y que, loco y todo, les inspira una cierta simpatía. Por su parte, Cupido seguirá por ahí. No me preguntes. Le he perdido la pista. Yo no soy Dios, sólo un amigo de Javier y, desde hace poco, también de Yolanda.

¿Qué, te ha gustado la historia? Pues chico, a mí sí, y eso que me la he inventado casi toda con lo poco que me han contado. Pero bien habría podido ser así, ¿o no?

Juan Luis Monedero Rodrigo

nólrub elbimet lE
:emdamalL .amitlú al aes on áziuq y sám zev anu ériteper ol so orep ,yos néiuq rebas siaírebed aY .dadiroirefni ed in zerudamni ed ongis núgnin se on etnerefid reS .atleuv al sortosov eldad ,séver la ogah ol odot iS

.sorednerpmoc rop ozreufse em oy euq laugi ,emrednetne ed ratart siaírdoP .emranednoc siébed éuq rop oev on sámed sol a oirartnoc oditnes ne onimac iS .azreuf rop olam res euq agnet ose euq oerc on orep ,eria im a ocop nu yov erpmeis euq dadrev se y lamron yos on euq éS .nedneitne em on euq ,orar yum olbah euq necid sodot ,ralbah arap acob al orba euq zev adaC .adan edneitne on onu odnauc rednetne esrecah licífid sE

DNEITNE ON

POR UNA VIDA MÁS LARGA

Esta historia comenzó de la manera más normal y vulgar: conmigo leyendo el periódico. Estaba yo, como otras veces, leyendo el periódico, o más bien me limitaba a hojearlo. Sin embargo, no se me escapó entre las áridas noticias la presencia de un bonito anuncio, que, vaya usted a saber por qué, llamó mi atención. En grandes letras mayúsculas decía:

¿TIENE LA SENSACIÓN DE ESTAR PERDIENDO
BUENA PARTE DE SU VIDA?
SI ES ASÍ, ÉSTE ES SU ANUNCIO.
SI ESTÁ POR UNA VIDA MÁS SANA,
ÍNTEGRA Y COMPLETA,
POR UNA VIDA MÁS LARGA
¡NO PUEDE DEJAR PASAR ESTA OPORTUNIDAD!

Después de leer esta nota, y sin haber prestado especial atención al subrayado, apunté con cierto interés el teléfono, la dirección y el nombre del establecimiento que venían reseñados a continuación.

El lugar en cuestión estaba bastante cerca de mi casa y yo tenía ganas de apuntarme a un gimnasio -pues era este el sencillo nombre con que yo identificaba entonces este lugar de horror que nada tiene que ver con esos lugares donde uno maltrata, inocentemente, su cuerpo-, así que ésta parecía ser mi oportunidad, tal como rezaba en el anuncio.

Por aquel entonces yo era un sencillo ejecutivo de esos que no hacen prácticamente ningún deporte ni ejercicio -si bien hacen continuo propósito de enmienda-, a pesar de lo cual me encontraba bastante más

delgado de lo que estoy en este momento. Al ver el anuncio, no se me ocurrió otra cosa que pensar que, puesto que me convenía moverme un poco, aquella era una buena ocasión para poner en práctica mis buenos deseos. En esta época en que están tan en boga el culto al cuerpo , al músculo, al ejercicio y a la vida -supuestamente- sana, me di cuenta de que yo estaba delgaducho, escuchimizado, oxidado y canijo, así que, imbécil de mí, pensé en apuntarme a un gimnasio -a ese en concreto que se había cruzado ante mis ojos- para renunciar a mi estado de flaccidez y abandono físico a cambio de la tremenda -e inútil- musculatura con la que siempre se anuncian este tipo de actividades.

Si entonces hubiera sabido en qué iba a acabar todo aquello, habría preferido continuar con mi cómodo apoltronamiento hasta el día del Juicio Final. Pero, por dejarme llevar de las modas -cosa que jamás volverá a ocurrírseme-, he pasado los meses más agotadores, largos y espantosos de toda mi vida.

Bueno, pues dicho y hecho, respondí al anuncio. Marqué el número de teléfono que se daba y me respondió una amabilísima señorita la cual me informó somerísimamente de las instalaciones de que disponían y del trabajo que allí se desarrollaba. Finalmente, me aconsejó que, si de verdad me interesaba inscribirme, me acercase por allí para verlo todo y juzgar por mí mismo. Allí me entregarían un programa de trabajo, me concretarían los horarios disponibles, el precio y las condiciones de pago, y me resolverían cualquier duda que se me plantease. Después, ya podría decidir si me apuntaba o no.

No me lo pensé dos veces. Al día siguiente, después de salir del trabajo, me presenté en el gimnasio. En aquella primera visita me recibió un monitor musculoso, de aspecto saludable, con el rostro y los miembros colorados como los de un cangrejo. No pasé de las oficinas para ver cómo funcionaba todo. Me limité a pedirle una información más o menos detallada de lo que haría allí y de cómo y cuándo podría hacerlo si es que finalmente me inscribía.

Aquel hombre de espaldas de toro me hizo sentir un renacuajo a su lado con su sola presencia. Todo amabilidad, me invitó a sentarme ante la mesa que ocupaba. Me largó una convincente charla acerca de la necesidad de hacer ejercicio para estar sano, remarcando, eso sí, que todo lo expuesto en el anuncio del periódico que yo había leído era

absolutamente veraz. Me habló de horarios, de matrículas y mensualidades, del ambiente de camaradería que siempre reinaba entre los socios, del abundante equipo disponible y de las extraordinarias instalaciones con que contaba el gimnasio. Me habló, en suma, de la excelente preparación física que allí se ofrecía al alcance de mi mano.

Con su no poca labia y las razones que su propio cuerpo daba de la efectividad de sus métodos, y puesto que tanto el horario como el precio me convenían, acepté inmediatamente la oferta de hacerme socio de su "más que gimnasio, club de amigos", tal como él lo definió.

Con la palabra de matricularme, le pedí un programa de trabajo, tal como me había indicado la señorita del teléfono. El hombre coloradote y enorme abrió un cajón y de él sacó un folleto en el que ponía: "Programa de desarrollo muscular". Me lo entregó y dijo, sin perder la sonrisa de sus labios:

-Ha de saber... Bueno, quizá prefiera que le tutee ahora que forma parte de nuestro club -yo asentí y él retomó el hilo de lo que iba a decir-. Has de saber que este folleto es sólo la primera parte del programa completo. Como te he comentado, todo lo que se decía en el anuncio es absolutamente cierto. Aunque no hace falta que te siga explicando. Si vas a ser uno de nuestros compañeros, ya comprobarás por ti mismo la veracidad de mis palabras.

Los dos nos levantamos. Me acompañó a la puerta y nos estrechamos las manos. La suya, gruesa y fornida, estrujó casi dolorosamente la mía, con lo que volví a sentirme renacuajo. Me despedí afirmando que me matricularía lo antes posible pues estaba deseoso de comenzar enseguida.

Cuando llegué a casa me quedé encerrado viendo la tele y pensando tanto en el duro trabajo que me esperaba en el gimnasio como en el aspecto que mostraría mi cuerpo al cabo de un par de años. Me fui a la cama y soñé con impresionantes musculaturas. Soñé con mis propios músculos hiperdesarrollados y conmigo en la playa luciendo mi fantástico, sanísimo y colorado cuerpo, hecho a imagen y semejanza del monitor, y rodeado por un montón de hermosísimas mujeres que se me presentaban en bikini o exhibiendo sus dotadísimos pechos, las cuales contemplaban fascinadas mi aspecto y tocaban, incrédulas, todos y cada uno de mis poderosos músculos.

Sonó el despertador y regresé a la realidad. Estaba tan delgado y canijo como siempre. ¡Qué desilusión! Ojalá hubiese seguido con mi sueño de músculos surgidos por generación espontánea y bellezas rodeándome por doquier. Ojalá no hubiese despertado nunca. Ojalá nadie nunca despertase de sueños así. Por fortuna, pronto me recuperé del impacto de la realidad presente pensando que tal vez mi sueño fuera realidad en un futuro no muy lejano.

Desayuné, me lavé, repeiné y bienvestí, como era de rigor en un ejecutivo como yo. Me anudé la corbata, siempre lo más difícil e incómodo para mí, y me fui a trabajar a la oficina como cualquier otro día.

Sin embargo, aquel no fue un día habitual de trabajo para mí. Tan deseoso estaba de concluirlo para ir a matricularme en el gimnasio, que la tarea me cundió más que de costumbre. Terminé antes de hora y le pedí al jefe que me dejara salir, a lo cual, inesperadamente, consintió, satisfecho al comprobar que había acabado todo el trabajo. Así que salí de su despacho, recogí las cosas de mi mesa -entonces aún no tenía despacho- y abandoné la oficina. No me entretuve a comer. Me dirigí al gimnasio directamente.

Una vez allí, abrí con trabajo la enorme y pesada puerta de entrada y me recibió el mismo monitor amable y rubicundo del día anterior. Rellené los papeles de la matrícula, la pagué y aboné, asimismo, la tarifa correspondiente a la primera mensualidad. Ya como socio oficial, el amable monitor me animó a que viera las instalaciones del local. Abrió una puerta y me invitó a seguirle. Crucé el umbral y me sentí Gulliver en el país de los gigantes. Entre una inmensidad de aparatos se encontraban algunos hombres y mujeres hiperdesarrollados que me saludaron amablemente. De nuevo me sentí, cómo no, un renacuajo.

-Este grupo está terminando la primera fase del programa -me dijo el monitor-. Dentro de un tiempo tú estarás tan en forma como ellos.

Aquella frase me hizo sentir mejor. El monitor me enseñó otras salas, vacías en aquel momento, y me indicó, señalando a determinadas puertas que permanecían cerradas, que algunas salas no me las podía mostrar por el momento pues pertenecían a fases más avanzadas del programa. No les di mayor importancia a sus palabras, si bien me pareció

un tanto extraño que hubiera otras fases, toda vez que yo pensaba que la musculación sin más era un fin en sí mismo y no podía imaginar en qué consistirían aquellas misteriosas fases posteriores -¿preparación para competiciones, quizá?-, ni a qué venía tanto secreto sobre ellas. Por lo demás, tampoco sentía especial interés por ver aquellas salas.

El monitor me dijo que podía comenzar a asistir inmediatamente. A partir del día siguiente, si lo deseaba, era un buen momento. Podría empezar con un nuevo grupo de novatos como yo cuya preparación iba a dirigir él mismo. Impaciente como me sentía, le aseguré que no faltaría. Me despedí de él y aguardé con impaciencia la llegada del gran día.

En casa comí, vi un rato la televisión y salí a dar un paseo. Estaba inquieto y no podía quedarme mucho tiempo sentado, pero además tenía cosas que hacer. Compré ropa de deporte de lujo -al menos era de las mejores, y más caras, marcas-, más por la apariencia que por pensarlas verdaderamente útiles o prácticas. Volví a casa -ya ven que no solía salir mucho- y no hice nada más en todo el día. Al llegar la noche, me acosté, relativamente temprano, y esa vez no hubo, que yo recuerde, ningún sueño que animara las horas de descanso.

Por la mañana volvió a sonar el despertador y, con él, llegó para mí el gran día. Fue aquella una de las pocas ocasiones en que no sentí deseos de arrojar el reloj por la ventana. Me levanté animoso, me vestí, me despejé, desayuné y llegué a la oficina en un tiempo récord, por primera vez en mi vida a la hora exacta. Entonces no sabía que ese récord de puntualidad y eficiencia iba a caer batido en innumerables ocasiones a partir de ese momento. Ahora, la verdad es que hubiera preferido no hacerlo nunca y seguir llegando todos los días irremisiblemente tarde.

Igual de animoso que llegué a la oficina trabajé toda la jornada. Tantas ganas debía de ponerle al asunto, que el jefe pareció sorprendido de verme trabajar duro dos días seguidos quizá por la primera vez desde que estaba allí. No creo que pensara en mi vena trabajadora como en algo duradero, así que, por no perder la ocasión y vistas mi rapidez y eficacia, me felicitó por mi esfuerzo justo cuando más felices me las prometía, saliendo nuevamente increíblemente pronto, y al momento apareció sobre mi mesa un montón de hojas que significaban trabajo

extra y retraso en mi salida. El nuevo trabajo lo realicé lo suficientemente despacio como para que durase hasta la hora de la salida. Por fin sonó el timbre y pude abandonar la oficina. Fui corriendo a casa. Comí de bocadillos, pues no tenía tiempo que perder, y me prometía que en días sucesivos la comida sería más consistente, pues no convenía alimentarse mal o quedarse casi en ayunas y luego pegarse una paliza en el gimnasio. Tuve tiempo para echarme una siestecita. Descabecé un sueño y, cuando me levanté, me cambié de ropa. Me puse lo que me había comprado la tarde anterior y me dirigí contento al gimnasio.

Me presenté allí animoso, dispuesto a todo. Había llegado la gran hora del gran día. El monitor nos recibió a todos los nuevos y nos indicó dónde estaba el vestuario por si necesitábamos cambiarnos. Yo iba ya preparado, así que lo único que hice fue quitarme el pantalón largo y la chaqueta que llevaba. Dejé la ropa en el vestuario y volví a la sala de ejercicios, donde pude comparar mi aspecto con el de los otros para darme cuenta de que, aun entre aquellos enclenques que habían trabajado sus músculos tan poco como yo, mi aspecto seguía siendo el de un Gulliver en el país de los gigantes. Para colmo de males, aquella sala estaba plagada de espejos y en ellos pude observar con todo lujo de detalles -ya que no me quedó otro remedio que hacerlo- todas las facetas de mi esbelto cuerpo y mis huesudas canillas.

"¡Un dos! ¡Un dos!", trabajé con ganas el primer día. Ducha al terminar. Cenar. Dormir. Agujetas al despertar. Trabajar. "¡Un dos! ¡Un dos!", trabajé duro el segundo día. Ducha. Cenar. Dormir. Agujetas. Trabajar. "¡Un dos! ¡Un dos!", trabajé el tercer día. "¡Un dos! ¡Un dos!", trabajé duró todos los días.

Poco a poco las canillas se fueron engrosando. Gradualmente el pecho se fue ensanchando y el renacuajo se fue aproximando al nivel de los gigantes. La ropa se me quedaba pequeña. Las agujetas desaparecieron. El monótono trabajo de las pesas, como el igualmente monótono trabajo de la oficina, me resultaba cada vez menos pesado. Inesperadamente, el esmirriado ejecutivo que pasaba desapercibido había comenzado a tener éxito entre las secretarias y ejecutivas.

"¡Un dos! ¡Un dos!", la musculatura se vuelve poderosa. "¡Un dos! ¡Un dos!", crece la estúpida confianza en mí mismo. "¡Un dos! ¡Un dos!", el

hábito no hace al monje pero engaña a los parroquianos. "¡Un dos! ¡Un dos!", casi sin darme cuenta el tiempo había pasado y yo había logrado lo que pretendía. "¡Un dos! ¡Un dos!", me había convertido en el ejecutivo de moda con un cuerpo de moda y que, curiosamente, portaba una cabeza cada día más llena de pájaros y con menos pensamientos.

"¡Muy bien!", decía el jefe. "¡Muy bien!", decía el monitor. "¡Muy bien!", las secretarias.

¡Un dos! ¡Un dos! ¡Un dos! ¡Un dos! ¡Un dos!

El antiguo renacuajo se había transformado en un Apolo, en un Narciso que empezaba a enamorarse de sí mismo.

-Has trabajado muy duro, quizá más duro que los demás -me dijo un día el monitor, cuyo aspecto me resultaba ya menos impresionante en contraste con el mío-. Es hora de que comiences la segunda fase del programa.

Casi no recordaba que había varias fases. No sabía cuál era aquella segunda fase. Imaginaba que se trataría de algo así como culturismo de exhibición o competición, algo por lo que yo no sentía el menor interés.

-Pero, ¿está relacionada esa segunda fase con la primera? -pregunté suspicaz-. ¿Es necesaria?

-Por supuesto que sí -me respondió sorprendido y afable-. Recuerda que toda nuestra publicidad era absolutamente cierta. Aquí nunca hacemos falsas promesas.

Así que acepté con ciertas reticencias. A fin de cuentas, siempre podía abandonar la segunda fase si me disgustaba. El monitor me dio el folleto explicativo y me marché a casa.

Lo cierto es que el folleto explicativo explicaba bien poco. Uno al leerlo sacaba en claro cierta idea del objeto de aquella segunda fase: conseguir movilidad, coordinación, rapidez, reflejos. ¿Cómo? Lo supe durante las siguientes sesiones.

Al día siguiente, pues, comenzó la tan anunciada segunda fase.

-No porque comencéis esta nueva fase debéis dejar de trabajar vuestros músculos -nos recordó el monitor a los que íbamos a iniciarnos en aquel nuevo misterio-, pero, por supuesto, es necesario que trabajéis otros aspectos de vuestro cuerpo.

El monitor nos llevó a una de aquellas salas que tenían la puerta cerrada. Para todos los que comenzábamos aquel nuevo nivel, la puerta se abrió para descubrirnos sus secretos. Y resultó que tras las puertas que nos habían estado vedadas durante tanto tiempo no se escondían nuevos equipos con pesas ni nada que se les pareciera. Al contrario, no había apenas ningún artilugio gimnástico. El monitor, saboreando nuestra sorpresa, volvió a hablarnos:

-El objetivo de la primera fase era que desarrollaseis una buena musculación que os permitiera acceder a este segundo periodo de formación, que es el verdaderamente importante. Tenéis cuerpos de toro y no sabéis usarlos. Aprender a utilizar vuestros músculos es, precisamente, el objetivo de esta fase.

El efecto de sus palabras fue realmente impactante sobre nosotros. Al menos lo fue sobre mí, y creo que para mis compañeros el impacto fue semejante. Lo que acababa de decir sonaba muy bien. La idea de sacar el mayor partido a un cuerpo tan trabajosamente forjado y que, creía yo, me había proporcionado ya tantas cosas, resultaba increíblemente atrayente.

Instantes después, el monitor se dedicaba a darnos las instrucciones pertinentes para que pudiéramos utilizar del mejor modo posible el material de la sala. Todo formaba parte de un circuito que constaba de diversos ejercicios dedicados a mejorar nuestra velocidad de respuesta, así como los reflejos y la coordinación de nuestros músculos y movimientos. Nos anunció que ejercicios similares se repetirían todos los días. Luego nos condujo hasta otra de las salas cerradas, tras cuya puerta se escondía una colección de ordenadores ante la cual todos los novatos de la segunda fase quedamos sorprendidos.

Cada uno de nosotros se dedicó a fisgonear durante unos minutos entre todos los aparatos. Cuando nos dimos por satisfechos, el monitor se dispuso a explicarnos lo que se suponía que debíamos hacer en esa sala. En primer lugar conectó todos los ordenadores y nos pidió que nos situáramos ante ellos. Luego, con su voz más almibarada y ligeramente emocionada por la situación, nos dijo:

-Chicos, os halláis ante las maravillas que más os ayudarán a conseguir nuestros difíciles y ambiciosos objetivos.

Dicho esto, cargó diversos programas en los distintos ordenadores y en las pantallas aparecieron imágenes que no recordaban a otra cosa sino a los juegos de marcianos de los salones recreativos. No faltaron entonces algunos comentarios burlones ni alguna risita maliciosa por nuestra parte.

-Venga, no os riáis tanto -añadió el monitor sonriente-. Aunque no os lo parezca, esto es muy serio.

Tenía razón. Aquello no era cosa de broma. Más tarde pudimos comprobar que los supuestos juegos eran cosa seria. Eran juegos serios, complicados, estresantes, enloquecedores y tremendamente adictivos.

-Con estos juegos de "marcianitos", como vosotros los llamáis, lo que se pretende es que desarrolléis vuestras capacidades de atención, fijación y concentración, además de agilizar vuestros reflejos y movimientos.

Tras las últimas palabras del monitor todos nos pusimos serios. Lo que decía sonaba muy bien y todos esperamos con curiosidad y ansiedad a que nos mostrara cómo se lograban aquellos hermosos objetivos.

No tardamos en comprobar la veracidad de sus palabras. Al parecer, al menos hasta el momento, todas las promesas de aquel gimnasio habían resultado completamente ciertas. La veracidad más absoluta parecía ser la norma universal de la casa. En nuestras pantallas aparecieron desde los típicos juegos de ordenador con batallas espaciales, combates y todo tipo de aventuras informáticas, todas realmente difíciles y que exigían de toda nuestra atención y pericia, hasta juegos mucho más sencillos, y no por ello más fáciles de ejecutar, como perseguir a un punto móvil por toda la pantalla con una cruz que nosotros manejábamos o juegos de preguntas y respuestas o adivinanzas. Aquel nuevo trabajo resultaba casi tan agotador como el trabajo muscular, especialmente para nuestros nervios, que terminaban destrozados al final de cada sesión.

"¡Un dos! ¡Un dos!", trabajaba cada día mis músculos. "Preparados. Listos. ¡Ya!", realizaba cada vez más rápido los distintos circuitos que el monitor proponía. "Sigue el punto por la pantalla", cada día mejoraba mis reflejos y mi capacidad de concentración.

"¡Un dos! ¡Un dos!", mis músculos seguían creciendo. "¡Ya!", aprendía a usarlos cada vez con mayor rapidez y eficacia. "No pierdas el punto", hacía las tareas rápido y bien, sin dispersar mi atención.

"¡Un dos! ¡Un dos! Preparados. Listos. ¡Ya! Sigue el punto por la pantalla".

El jefe se alegraba y me felicitaba. Y se felicitaba por mi mayor eficiencia y capacidad de trabajo. Sus beneficios crecían. Era su trabajador modelo. El mejor. Yo lo hacía todo rápido y bien.

Las secretarias y ejecutivas adoraban mi cuerpo y envidiaban mi espléndido porvenir en la empresa. Yo lo hacía todo tan rápido y bien que muchas habrían querido que les enseñara cómo imitarme... y muchas otras cosas.

-Muy bien, muchacho, muy bien -me dijo un día el monitor-. Has trabajado mucho. Más incluso que el resto de tus compañeros.

El antiguo renacuajo patoso era ahora un gigante rápido como una centella y preciso como una máquina. Su nuevo aspecto fascinaba tanto al gigante que no se había dado cuenta de que había dejado de hacer muchas cosas que anteriormente le gustaban y, sin embargo, lo hacía todo tan rápido y bien que hasta le sobraba tiempo después de hacer tantas cosas.

-Pronto podrás pasar a la tercera fase del programa -añadió el sonriente monitor colorado como un cangrejo.

Y el renacuajo convertido en gigante se alegró, cómo no, de aquella noticia. Puesto que en cada fase había mejorado al individuo que era anteriormente, ahora que llegaba a la tercera fase, ¿qué nueva maravilla le depararía ese último escalón? No tardó en descubrirlo.

-Bien ha llegado vuestro momento -nos dijo un día el monitor a todos aquellos que habíamos alcanzado, por fin, el nivel necesario para acceder a la deseada tercera fase-. Todos vosotros habéis desarrollado un cuerpo fuerte y bonito y unos espléndidos reflejos y coordinación. Es, pues, el momento de que paséis a la tercera fase. La más sencilla y la más importante. El único objetivo de las dos fases anteriores.

El monitor hizo una pausa para crear expectación. Puso su cara para las grandes ocasiones -seria y misteriosa, con una ceja ligeramente levantada- y continuó hablando:

-Todos vosotros me habéis oído decir una y mil veces -y en ese momento me miraba a mí-, que toda la publicidad sobre nuestro centro es absolutamente verdadera. Todo lo que se promete es cierto. Pues en esta tercera fase es donde todas nuestras promesas se convierten en realidad. Algunos de vosotros quizá sepáis ya por referencias, de amigos o familiares que llevan bastante tiempo con nosotros, en qué consiste esta tercera fase. Pero supongo que no habréis comprendido del todo lo que significa. Otros, la mayoría, no tenéis la menor idea al respecto.

Hizo una nueva pausa antes de proseguir. La verdad es que parecía un político largándonos un discurso.

-Os preguntaréis a qué viene tanto secreto sobre las distintas fases cuando aún no se ha llegado a ellas. Para algunos de vosotros este centro no es más que un gimnasio tal y como reza en los carteles. Pero os equivocáis. Esa es la forma con que lo llamamos en público para no crear sospechas. Pero este centro es algo más, mucho más que un simple gimnasio. Es algo así como una hermandad, la fuente de la juventud, un club de elitistas, casi una religión y muchas cosas más que no se pueden expresar con palabras.

Todo lo que decía sonaba rarísimo, y yo estaba empezando a pensar si no me encontraba entre un rebaño de locos o una de esas sectas llenas de chalados. Pero la expectación era grande y quería oír lo que el monitor tenía que decir, así que, como los demás, me abstuve de interrumpirle con mis dudas.

-Recordaréis que al empezar a venir aquí se os prometía una vida más larga, sana y completa. Pues éste es el momento de saber cómo lograrlo -en ese instante recordé la línea subrayada del anuncio en el periódico-. ¿Cómo? Pues es bien sencillo. En realidad lo que os voy a descubrir no es nada nuevo para vosotros. Sin ser conscientes de ello, seguro que lleváis bastante tiempo poniéndolo en práctica. ¿Para qué os pueden servir vuestro nuevo cuerpo y vuestros reflejos y rapidez? Eso es lo que os quiero hoy enseñar. Sabéis que hay una buena parte de vuestra vida en la que no hacéis absolutamente nada. Otras veces hacéis las cosas tan despacio que llega el tedio. Otras muchas son el cansancio o la pereza los que os impiden hacer nada. Una buena parte de vuestra vida se pierde, desaprovechada, sin que podáis hacer nada, aparentemente, para impedirlo. Pero esa pérdida se puede evitar. La

sensación de que la vida, en muchas ocasiones, se os escapa entre los dedos sin ocupar apenas vuestro tiempo desaparecerá desde hoy mismo. Eso es lo que os voy a enseñar. Que vuestros músculos y vuestra rapidez y reflejos tienen un fin: conseguir que podáis desarrollar al cabo de un día el mayor número de actividades con la mayor rapidez y sin agotaros. Prolongar vuestra vida eliminando de ella tantos y tantos huecos que os hacen sentir igualmente vacíos. Al llegar la noche podréis recordar lo que habéis hecho al cabo del día y os diréis satisfechos: este día ha sido larguísimo, se me ha pasado volando pero ha sido muy extenso porque he hecho mil y una cosas y no he perdido ni un segundo de mi tiempo. Ya veis que lo que aquí se os proporciona no es sólo una vida sana para que sea más duradera sino la oportunidad de vivir más intensamente esa vida cada momento y os deis cuenta, finalmente, de que habéis aprovechado más cada instante de vuestra existencia, habéis hecho más cosas y, en consecuencia, habéis vivido más el tiempo y la vida. Habéis disfrutado, en suma, de una vida efectivamente más larga que la de aquellos que pierden su tiempo indolentemente.

Aquí terminó la charla -¿o era un sermón?- del monitor. En la sala se hizo el más absoluto silencio. Todos estábamos mudos de asombro, intentando digerir el significado de sus palabras. Así oído, lo que acababa de decir sonaba fantástico: vivir con la mayor intensidad cada momento de la vida. En realidad, como ya había sugerido el monitor, yo ya había empezado a hacerlo inconscientemente: mi eficiencia y mi rapidez en el trabajo, mi disposición para hacer mil y una cosas. Sin duda yo aprovechaba mejor mi tiempo desde hacía meses.

Al cabo de unos instantes el silencio se rompió. Por fin todos comenzamos a hablar maravillados y convencidos por las palabras del monitor. Todos estábamos seguros de que haber acudido a aquel lugar había sido lo mejor que habíamos hecho en nuestras vidas. Desde ese momento todos éramos miembros de pleno derecho del club. Celebramos nuestra nueva condición y nos marchamos de allí con el firme propósito de llevar inmediatamente a la práctica de forma consciente las instrucciones del monitor.

Dormir. Desayunar. Correr. Trabajar. Jefe contento. Comer. Charlar con los amigos. Trabajar en el gimnasio. Leer un libro. Oír música. Ver la televisión. Cenar. Dormir. Despertarse. Desayunar.

Correr. Limpiar la casa. Trabajar. Trabajar. Trabajar. Jefe muy contento. Hacer la comida. Comer. Charlar con los amigos. Jugar a las cartas con ellos. Trabajar en el gimnasio. Leer un libro. Oír música. Ver la televisión. Salir con los amigos. Bailar. Beber. Volver a casa. Hacer la cena. Cenar. Dormir...

Era realmente increíble comprobar como día tras día era capaz de hacer más y más cosas, cada vez más rápido, cada vez mejor. Era capaz de llenar todos y cada uno de los momentos del día. Por la noche, antes de acostarme, podía hacer balance de la jornada y me daba cuenta de que, tal y como nos había dicho el monitor, el día que me había parecido tan corto había resultado ser extensísimo en hechos y tareas realizadas. El jefe me ascendió. Era su empleado más eficiente. Rendía de un modo extraordinario en el trabajo. Sin embargo, lejos de estar agotado, después me mostraba locuaz e incansable con los amigos. Nunca en mi vida me había sentido tan bien.

Día tras día en mi vida reinaba un sólo pensamiento, el de aprovechar aún más el tiempo. Sólo me satisfacía una palabra: más, más, más. Quería hacer más cosas, más rápido, con más eficiencia y mejor.

Las primeras semanas de mi nueva vida me parecieron maravillosas. Me sentía un hombre completo y afortunado. Pero, con el paso del tiempo, me fui dando cuenta de que no todo era ideal en mi nuevo estado. Había inconvenientes que, poco a poco, se me fueron haciendo presentes. Cada día estaba más nervioso, cada día más estresado, más irritable, y, a pesar de mi magnífica forma física, cuando llegaba la noche me sentía agotado. Pero, a la mañana siguiente, me despertaba fresco. Olvidaba los inconvenientes y me disponía a afrontar, satisfecho, un nuevo día de hiperactividad.

-Eres un discípulo ejemplar -me dijo un día el monitor del gimnasio.

-¿Este eres realmente tú? -me pregunté yo una mañana plantado ante el espejo.

Dormir. Desayunar. Correr. Aprender inglés. Lavar la ropa. Limpiar la casa. Trabajar. Trabajar. Trabajar. Trabajar. Trabajar. Trabajar. Trabajar. Jefe muy, pero que muy contento. Hacer la comida. Comer. Charlar con los amigos. Jugar a las cartas con ellos. Nadar. Trabajar en el gimnasio. Aprender solfeo. Aprender informática. Leer

un libro. Oír música. Ver la televisión. Ensayar con la guitarra. Salir con los amigos. Bailar. Beber. Ensayar con el grupo de rock. Volver a casa. Hacer la cena. Cenar. Aprender a pintar. Leer un libro. Cansancio. Dormir...

-No, este no eres tú -me dije finalmente una noche, justo antes de acostarme, cuando me vi reflejado en el espejo.

Tenía un aspecto terrible. El rostro demacrado, los párpados sombreados por unas ojeras negras marcadísimas, las pupilas brillantes y la mirada de un loco o un poseso. Tenía barba de varios días, más por pereza que por falta de tiempo para afeitarme, y el pelo alborotado. Estaba nerviosísimo y cansadísimo. Estaba casi histérico, al borde de la locura. Esa noche fue, precisamente, la noche de ayer.

A pesar del cansancio apenas pude dormir. Pasé la noche en vela replanteándome mi maravillosa nueva vida, decidiendo si me gustaba seguir siendo aquello en lo que me había convertido. Resultó que, por primera vez en mucho tiempo, ahora tenía las ideas bastante claras: mi nueva vida no era ni vida ni más larga. Mi nueva vida no era nada. Me había convertido en una máquina, en un pobre autómata que hace todo lo que se propone de un modo perfecto y preciso. En mi mente persistía un único deseo: hacer más, mucho más y hacerlo lo mejor posible. Quizá podría haber seguido así indefinidamente. Pero ahora me veía, y me sentía, como un guiñapo. Tal y como ahora lo veía, yo era un muñeco y además estaba destrozándome física y mentalmente. De seguir así, posiblemente mi vida no iba a durar mucho. Sí, era cierto que al terminar cada día había hecho infinidad de cosas, pero ninguna que me satisficiera plenamente. Es más, por muchas cosas que hiciera, apenas podía pensar en ellas por la noche debido al cansancio acumulado. Era un autómata y no podía disfrutar de lo que hacía. Me di cuenta de que echaba de menos esos momentos perdidos en los que meditaba, divagaba, pensaba en lo que quería o no pensaba absolutamente en nada. Decididamente, por más que pasara todo mi tiempo en plena actividad, aquello no era vida. Yo no vivía, a pesar de mi hiperactividad. Llevaba mucho tiempo prolongando una lenta agonía, la mía propia. Llevaba mucho tiempo sin vivir y anoche me di cuenta de ello. Por eso hoy he resucitado.

He decidido que nunca más voy a aprovechar mi tiempo. Por escaso que sea no lo convertiré en mi verdugo. Nunca más voy a

ejercitar mis músculos y mis reflejos. Voy a aprovechar el tiempo inútil, según los criterios que hasta ayer admitía, para descansar y rascarme la barriga, para pensar, dormir o hacer, o no hacer, lo que me apetezca en cada instante. Y me voy a dar cuenta durante cada segundo de mi vida, a lo largo de todos los días de mi existencia, de que estoy vivo y soy una persona, dos aspectos que he tenido muy olvidados durante demasiado tiempo. Sé que mi reacción puede parecer exagerada. Confío en que lo sea, aunque no sé si mis propósitos serán tan duraderos como espero, pues ya he perdido demasiado tiempo de mi vida.

Así que hoy me he levantado tarde. Por supuesto no he ido a trabajar. Lo cierto es que hoy es fiesta, pero me había comprometido a trabajar. Desde ahora procuraré trabajar lo imprescindible, ni un minuto ni un esfuerzo más. Quizá me tome unas vacaciones. Con lo que he trabajado últimamente mi jefe bien podría mantenerme durante unos años. Sinceramente, creo que a partir de ahora no se va a sentir tan contento conmigo. Así que he desayunado tranquilamente, saboreando pausadamente cada bocado. Y no he hecho más hasta ahora.

Ahora, hace apenas unos minutos, me he acercado a este antro de horror al que eufónicamente todavía llamaba gimnasio y le he cantado las cuarenta al monitor, tan sonriente y colorado como siempre. Y me he despedido de él y de todos mis compañeros por siempre jamás.

-¿Has pensado bien en lo que vas a hacer? -me ha preguntado preocupado uno de ellos.

-Pero si eres uno de nuestros discípulos más aventajados -ha dicho, desencantado, el monitor.

-Sí, y vosotros no sois más que unos mentirosos -le he replicado yo-. Además de haber estado a punto de matarme de agotamiento o de un infarto, con lo que vuestra promesa de vida más larga no se habría cumplido, me he dado cuenta de que he perdido mucho tiempo desde que vengo por aquí. He perdido todo mi tiempo; buena parte de mi vida. Vivir no consiste en hacer muchas cosas ni mucho menos en trabajar como una máquina, sino en disfrutar con lo que se hace, sea poco o mucho, y en darse cuenta de que uno existe y de quién es, aunque sea tocándose las narices tumbado sobre un colchón.

-Estás alterado, hombre. Recapacita -me ha dicho serenamente uno de mis compañeros.

-¡Con todo lo que hemos hecho por ti...! -se ha lamentado el monitor, aún más colorado de lo habitual por el disgusto.

-Dejadle. Está loco.

-Tranquilos. Ya volverá.

A todos estos comentarios mi explícita respuesta ha sido un soberbio corte de mangas. Les he llamado de todo: imbéciles, farsantes, engañabobos, y cosas mucho peores que prefiero no repetir. Y no, verdaderamente, no tengo la menor intención de volver.

Juan Luis Monedero Rodrigo

(versión revisada de un cuento de "Absurdo. El paseo de los imbéciles",JLM 1989)

EL INTENTO FALLIDO DE UN INCRÉDULO

No sé quién eres, lo único que conozco de ti es que estás a punto de leer lo que yo he escrito. En primer lugar quiero que sepas que no me mereces el respeto propio que todo escritor tiene hacia el que lo lee. Esto es debido a que no pretendo de ti ni tus buenas criticas, ni que te sientas satisfecho después de leer esto. Para mí hay varios tipos de lectores, están los que leen algo porque tienen referencias del autor, porque tienen referencias de la colección o la editorial que los pública, o porque el título les sugiere algo. También están los que han oído hablar del libro y estos leen el libro porque quien les ha hablado de él tiene algún poder de convicción sobre ellos:

-es su jefe y desean demostrarle su "amor" leyéndolo

-es alguien a quien consideran inteligente o de sus mismos gustos y les parece oportuno seguir su consejo.

Y por último están los que saben "de que va" y el tema les interesa.

De todos estos lectores, salvo el que lo lee por dorarle la píldora al jefe, todos tienen un motivo honrado para leerlo: buscan algo y lo único que merece la pena buscar en esta vida son respuestas o vivencias (sentirse identificado, pensar en lo que harías tú, si a ti te pasara eso).

En lo que vas a leer a continuación no tienes referencias del autor o de la colección, tampoco sabes de que trata y nadie te ha hablado de ello y si lo ha hecho no tiene ni idea, porque sólo existe una

persona de las que lee esta revista que comprenderá el significado de lo que voy a decir, por otra parte el título no tiene absolutamente nada que ver con lo que escribo a continuación. En estos momentos te estarás preguntando para qué lo escribo entonces si sólo hay una persona que lo va a comprender. Lo hago para demostraros lo siguiente:

-Todos creeréis que sois esa persona, porque todos podéis serlo

-Todos creeréis haber entendido algo y sin embargo no habréis comprendido nunca su verdadero significado.

-Todos pensaréis que soy una u otra persona sin preguntaros si esto es lo verdaderamente relevante.

Antes de continuar quiero deciros que no considero que sea el más listo el que lo comprenda, es más, a la única persona a la que no le servirá para nada el leer esto será a quien lo comprenda. A veces la vida tiene la curiosa costumbre de enseñarnos más sobre nosotros que sobre el mundo en general. Una vez dicho esto aquí comienza "el intento fallido de un incrédulo":

A veces y sólo a veces me gusta pasear solo y observar al mundo y que el mundo no me observe. Es entonces cuando siento que en realidad comprendo mi propia existencia, cuando me doy cuenta de que estoy vivo, cuando hablo conmigo mismo y me planteo quién soy. Nos perdemos tantas cosas en nuestra vida cotidiana, hay tantas miradas que nos buscan y que nos hablan a las que no hacemos ni el más mínimo caso. Qué es la rutina de una vida comparada con el infinito, yo te lo diré es un acontecimiento extraordinario. Cada ilustre momento de tu vida es el suceso de amor más intenso que un inmortal puede tener. Y cuántas vidas tienes, cuántos amores no realizados, cuántos odios no sugeridos (¡oh Dios!), cuántos pensamientos no expresados, cuántas ideas que no nacen. Tú y sólo tú eres el guardián y el dueño de todo ese infinito de esplendor y no te das cuenta... ¿Por qué no te usas de manera más intensa en vez de limitarte a seguir el horario de un profeta que no acierta nunca, de un adivino que sólo habla del pasado?

A veces y sólo a veces cuando paseo siento que llevo una capa negra de forro rojo muy larga a mi espalda y a la vez que ando es ondeada y mecida por el viento. Doblo una esquina y trata de volar en la otra dirección, me paro y gira en torno de mi cuerpo, cubriéndome. Me siento tan vivo con esa capa, tan subjetivo, tan lleno de ideas, de

aventuras, de emociones, de amores. Soy el héroe de la leyenda de mi vida, disfruto y realizo mi propio relato. Tu vida es sólo tuya a pesar de lo que creas amiga/o mío/a. Tú eres el único artífice de tu felicidad, el único que de verdad siente.

A pesar de que sólo uno lo hayáis comprendido quiero que sepáis que todos vosotros, tanto a los que conozco como a los que no, sois los mejores personajes que jamás hubiera soñado en la historia de mi vida y no os hago la pelota porque no sabéis quien soy o si soy.....

el incrédulo

NOTAS SOBRE LA MADUREZ

No es una obligación sino un verdadero gusto redactar estas notas. Quiero corregirles los errores y las faltas de entendimiento. Es fácil dedicar una revista a un tema y quedarse más ancho que largo después de haber contado mil cosas que, seguramente, no significan nada. Pero, ya que me han pedido una opinión, no tengo más remedio que poner los puntos sobre las ies.

Yo quizá no sea muy listo, si por listo entienden eso de darle vueltas a las palabras para que parezca que digo justo lo contrario a lo que pretendo y convencer con mis razonamientos a cualquier iluso que me lea. Pero tengo dos dedos de frente y me bastan para saber cuando me están mintiendo. Y que conste que no digo que esta gente mienta deliberadamente. Me consta que, dentro de lo que cabe, son buenas personas y actúan con buena voluntad. Pero creo que sus entendederas encuentran complicación allá donde no la hay.

Tantas páginas hablando de la madurez y no veo ni una sola definición de esa palabra. Pues aquí estoy yo para dársela. Para qué inventármela si hay diccionarios. Así que estas son las definiciones que de la palabra madurez da el Espasa:

1)Sazón de los frutos.

2)Buen juicio o prudencia con que el hombre se gobierna.

3)Edad de la persona que ha alcanzado ya su plenitud vital y todavía no ha llegado a la vejez.

Podemos obviar la primera definición (que sólo se menciona de pasada en esta revista, haciendo referencia, eso sí, a la brevedad de ese

estado de los frutos). La segunda es clara y explícita e incluye un matiz de relatividad al que se ha intentado sacar exagerado partido en demasiadas páginas. Si la madurez es la prudencia con que el hombre lleva su vida y sus asuntos está claro que la madurez alcanzada no depende sólo de un patrón establecido sino de las circunstancias cambiantes. Está claro, entonces, que la madurez de un salvaje no podrá ser igual que la de un hombre occidental. Pero eso ya era algo obvio que no necesitaba de explicación. El tercer enunciado es igualmente claro, sólo falta definir cuándo se alcanza la madurez y cuándo empieza la vejez. Como estos parámetros varían con las épocas, el concepto vuelve a relativizarse y, si hace no muchos años un hombre con sesenta años era un viejo, hoy día puede presumir de gozar de una saludable madurez. Como, en todo caso, siempre queda el recurso de decir que lo que cuenta es la edad del espíritu y, en ese punto, todos -jóvenes o ancianos- se lanzan a defender la juventud del suyo, pues resulta que la mayoría de la gente, especialmente los más maduros, renuncian verbalmente a su madurez a cambio de la bulliciosa juventud. Y creo que no hay más que añadir. Así que, con esto, creo haber completado todo lo que cabía decir sobre el tema sin necesidad de ocupar docenas de páginas, demostrando que no es necesario enredar los conceptos para explicarlos cuando la mayor claridad la aporta la concisión.

Abundiógenes

EL SECUESTRO

-¡Esto es un atraco! -gritó Manolo apuntando con su escopeta recortada al atemorizado vigilante de seguridad.

Nada parecía indicar que aquello pudiera suceder. La sucursal de la Caja de Ahorros Hipocondríaca era una de las más tranquilas. La gente sencilla del barrio acudió, como cada día, a depositar sus pequeños ahorros y saldar sus grandes deudas. Aquellos cuatro tipejos no parecían en absoluto sospechosos. No se lo parecieron, cuando menos, a Braulio, el guardia jurado. Entraron primero los dos elegantes: ambos con traje de ejecutivo, corbata y gomina en el pelo. Uno de ellos, el de la escopeta recortada, con gabardina, el otro era casi un anciano. Después llegaron los otros dos, chico y chica, los de aspecto guarro, pero no sospechoso. Parecían más jóvenes. Braulio todavía estaba viendo pasar

junto a él a los dos peor vestidos cuando el otro se puso a montar la escenita:

-¡Esto es un atraco! -repitió Manolo- ¡Que nadie se mueva!

Las reacciones de los cajeros, el director y los pocos clientes de la oficina fueron diversas. Los cajeros suspiraron aburridos, se sentían sumamente seguros tras los cristales antibalas; al director le dio por enfadarse y estuvo a punto de plantarles cara a los cuatro imbéciles: no era buena publicidad para un banco que pudieran entrar unos mamarrachos y atemorizar a la gente; los clientes, que no eran sino cinco, tuvieron tres tipos de reacción: miedo por parte de una señora que tenía el sueldo de su marido en la mano, curiosidad por parte de un anciano que aún no había cobrado su pensión, inquietud por parte de otra señora que iba a pagar una factura y tenía cogida hora en la peluquería, diversión por parte de un joven parado que iba a actualizar su cartilla y, sencillamente, sorpresa por parte de una muchacha que reconoció en el ladrón de la voz cantante a un viejo amigo suyo.

La joven, Mari Puri, se preguntó cómo era posible que Manolo estuviera allí con una escopeta en la mano. Aquella escena no cuadraba con la imagen que ella tenía de Manolo, tan apacible y amable. Manolo la vio y sonrió visiblemente complacido.

-Buenos días, Mari Puri -le dijo educado.

-Pero Manolo, cómo se te ocurre una cosa así...

-Si tú supieras. Con lo achuchada que está la vida...

Manolo se interrumpió. No era momento para conversaciones privadas. Estaba atracando un banco; se trataba de algo muy serio. Manolo miró a sus compañeros. Paco y Lola, los jovencitos, estaban asustadísimos. Se les veía en la cara. El viejo, don Ramón, le observaba aburrido, quizá estaba un poco impaciente. Tenía razón. No era momento para tonterías. Había que dar el golpe y se acabó.

Mientras, uno de los cajeros parecía más divertido que asustado. Fernández, Perico para los amigos, nunca había visto un atraco ni unos atracadores semejantes. Se notaba a la legua que eran primerizos. No tenían ni pose, ni seguridad, ni mala leche. Acaso el más viejo de los cuatro tenía alguna experiencia, pero no lo creía. ¿Dónde se había visto un atraco así? Los atracadores no iban enmascarados ni embozados, se habían presentado a la peor hora de la jornada y un día

en el que la caja estaba casi vacía. Además de que nadie podía abrir la caja. Si querían llevarse dinero, sólo podrían coger el que tenían los cajeros, si es que conseguían entrar allí. Al final, posiblemente harían de robaperas y les quitarían la cartera o el sueldo a los escasos clientes. Eso sí, robaperas o no, cuando les atrapara la policía -¿cómo no iban a hacerlo teniendo sus caras a la vista?- les iban a caer unos cuantos años por asalto a mano armada a un banco. Casi le daban pena. ¡Pardillos! Y ahora uno de ellos se ponía a hablar con una cliente que lo conocía. Fernández casi admiraba a algunos de aquellos profesionales que daban el golpe sin que nadie se enterara y se llevaban un botín de millones. Estos chapuceros inspiraban lástima en lugar de miedo o respeto.

-¡Venga! -gritó el viejo-. Todos quietecitos y los de ahí detrás -se refería al personal del banco tras el cristal antibalas- ya pueden ir abriendo si no quieren que aquí fuera ocurra una desgracia.

Fernández se dijo que aquello ya sonaba un poquito mejor. Hasta unos robaperas necesitaban hacerse respetar si querían sacar algo de todo aquel numerito.

El director de la sucursal comenzó a sudar. No le iba a quedar más remedio que salir y dar la cara. Si los atracadores empezaban con amenazas y el banco dejaba que sus clientes fueran maltratados, ¡menuda publicidad que iban a conseguir! Así que, resignado a perder las cuatrocientas mil pesetas que manejaban los cajeros, el director apretó el discreto botón de la alarma exterior y después conminó a sus empleados a salir fuera con las manos en alto y dejar el dinero a disposición de los atracadores.

-Tranquilícense caballeros -gimoteó el director, fingiendo estar sumamente asustado-. Por favor, no hagan daño a nadie. Llévense lo que quieran, pero les advierto que la caja fuerte está cerrada y yo no puedo abrirla.

-¡Puñeta! -gritó el jovencito histérico que acompañaba a los dos mayores.

Manolo y don Ramón pensaban igual: era una puñeta no poder abrir la caja. Tanta historia para llevarse las cuatro perras que tuvieran fuera. Pero menos daba una piedra y, como el horno no estaba para bollos, don Ramón se metió a la caja y cogió un puñado de billetes de

cada ventanilla. No es que fuera calderilla, pero ninguno había pensado en jugársela por cuatro perras.

¡Trrrrrrrrrrrrrring! ¡Trrrrrrrrrrrrrring!

La alarma había comenzado a chirriar como loca. Debía de oírse a diez kilómetros. Ahora vendrían la policía, la prensa, los bomberos... Vendría toda la ciudad. ¡Menudo espectáculo! Manolo ya podía imaginar los titulares: "Cuatro muertos de hambre intentan robar una sucursal y caen acribillados a balazos". Bueno, era una posibilidad con la que ya habían contado. Aunque Manolo tenía prevista una alternativa que casi le parecía más interesante que el robo. Claro que no se la había comentado a sus compañeros. Habrían dicho, y con toda razón, que estaba como una cabra.

-¡No hagas el idiota! -le tuvo que gritar a Paco, que ya iba a soltarle un soplamocos al director, que posiblemente era el responsable de la alarma. No servía de nada ponerse violento.

-¿Tiene ya el dinero? -le preguntó a don Ramón, el cual asintió con el ceño fruncido-. Pues nos vamos.

Sin dejar de apuntar con su arma a los clientes, Manolo comenzó a retroceder hasta la puerta. Lo seguían Paco, Lola y don Ramón. Manolo entreabrió la puerta y se quedó de piedra. No menos de cinco coches de policía y una ambulancia esperaban fuera la salida de la banda. Manolo retrocedió, cerró la puerta y apoyó la espalda contra ella. Sonrió estúpidamente a sus compañeros y les dijo que, evidentemente, no podían salir.

-¡Mierda! -exclamó Lola tratando de controlar sus nervios.

Mierda, una mierda enorme, eso era lo que tenían entre manos. No podían salir, ni podían quedarse allí como unos pasmarotes. El golpe había sido una mierda, la banda era una mierda. La vida también acostumbraba ser una mierda, lo cual casi salvaba la situación.

La situación no era mucho más desesperada que días antes de decidirse a dar el golpe. Manolo estaba en paro desde hacía tres años. Paco y Lola nunca habían trabajado. Lola estaba embarazada. Don Ramón necesitaba dinero para pagar la hipoteca y evitar que los desahuciaran, a él y a su mujer, del piso donde habían pasado media vida. Desesperados y sin nada que perder, habían sido tan ingenuos, o tan locos, de pensar que aquel golpe era su salida. Una salida y una forma de demostrarse, y

demostrar al mundo, que no eran unos inútiles. Y ahí estaban, inútiles y desesperados, dentro de una mísera sucursal, con un mísero botín y toda la policía de la ciudad esperándoles. Manolo, tan loco como siempre, casi se sentía feliz ante la perspectiva de ser famoso un día y pasar una temporada -larga, sin lugar a dudas-, en la seguridad de una cárcel. Miró a sus compañeros y vio la desesperación en sus rostros. Los tres aún confiaban en su líder. Después de planear aquella chapuza ahora no podía fallarles. Como una iluminación, aquel demencial proyecto que tanto le atraía acudió a su imaginación:

-Amigos, tengo una idea -les dijo con el rostro iluminado por una expresión de lunático.

Cuando Manolo expuso su plan, los compañeros se quedaron sin palabras. Era imposible que aquello funcionara, pero, ¿qué mas podían intentar? Cualquier cosa antes que entregarse. Los clientes y el personal del banco también se quedaron sin palabras al enterarse de lo que pretendían los atracadores, aunque mentalmente algunos repitieron varias veces seguidas la exclamación que minutos antes estuvo en labios de Lola: "¡mierda!", en clara disconformidad con el proyecto urdido por la mente de Manolo.

Mari Puri decidió que, definitivamente, su amigo Manolo se había vuelto loco. Primero se ponía a atracar un banco y ahora decidía secuestrarlos. Si no lo hubiera visto con sus propios ojos, jamás lo habría creído. El resto de los clientes, ya de por sí bastante poco favorables a la causa de Manolo y sus compinches, se confirmaron ahora en su odio por aquel personaje que les había estropeado, cuando menos, el día, si es que no se decidía a cometer algún lamentable atropello que les arruinara la vida. El director de la sucursal, sin embargo, parecía satisfecho. Esa sí que era buena publicidad: el heroico personal del Banco Hipocondríaco superando aquella dura prueba. Ya se veía a sí mismo hablando a la prensa, hablando con el gerente, ocupando un cargo de más responsabilidad...

Mientras, Manolo se acercó a Mari Puri y le pidió por favor que saliera fuera con él para poder hablar con la policía. Era la única con la que tenía confianza como para que le dejara apuntarla con el arma sin protestar demasiado.

-¡Te prometo que está descargada! -le susurró al oído.

-¡Estás como una cabra! ¿Por qué no te entregas? -le propuso Mari Puri tratando de volverlo razonable.

Era inútil. Estaba decidido a no entregarse. Así que Mari Puri le dejó encañonarla con el arma, se colocó delante de él, puso cara de miedo y avanzó hacia la entrada. Manolo abrió la puerta e hizo su aviso:

-¡Atención! Que nadie se mueva. Esto es un secuestro. No intenten entrar o puede suceder una catástrofe. Tráigannos comida. Más tarde les diremos nuestras condiciones.

Mari Puri se dijo que no había estado mal del todo para ser un novato. Manolo había hablado con aire de profesional. Cerró la puerta y la soltó. Parecía alegre.

-¡Ya está hecho! -anunció a sus compañeros. Después se enfrentó a las miradas de sus rehenes y vio miedo y odio en los rostros. Se sintió un poco avergonzado. Él no pretendía hacerles daño, pero los otros no lo sabían. Quizá más tarde intentaría hacerles comprender. Quizá más tarde intentara que todos comprendieran su plan, que iba más allá de la medida desesperada de cuatro atracadores chapuceros.

Los clientes, por supuesto, no comprendían a Manolo ni pretendían hacerlo. Braulio, el guardia jurado, se lamentaba por no haber intervenido. Estaba seguro de que esos chapuceros se habrían acojonado y no habrían hecho nada. Pero ahora no servía lamentarse, lo habían desarmado y no se iba a poner a puñetadas. La señora del sueldo en la mano, que se había tranquilizado un poco al comprobar que no le quitaban los billetes, se había puesto de repente nerviosísima. El parado se había puesto de mala leche y la señora de la peluquería, con la mente en blanco, sólo podía pensar que había perdido la hora de la cita. El anciano miraba su reloj y mascullaba maldiciones contra los imbéciles que le estaban amargando el día de cobro. El director seguía pensándose héroe. Fernández, incrédulo, tenía ganas de reírse. Los demás cajeros miraban al director esperanzados ante una posible acción por parte de su jefe. Mari Puri, por su parte, deseaba tan sólo tener ocasión para hablar con Manolo antes de que lo detuvieran para que le explicase las cosas. No se le pasaba por la imaginación la idea de poder estar en peligro, salvo si la policía se liaba a tiros y alguno se les escapaba.

La verdad es que Manolo no tenía pensadas condiciones. En realidad sólo había una condición: que los dejaran tranquillos allí dentro y les llevaran lo necesario para mantenerse.

Cuando los clientes y el personal del banco escucharon la conversación de los secuestradores se quedaron bastante extrañados. Aquellos ingenuos no pretendían obtener dinero ni un avión para escapar. Tan sólo querían estar allí tranquilos. A Manolo casi le sorprendió lo pronto que sus compinches aceptaron su plan.

-Si salimos de aquí nos cogerán tarde o temprano -les dijo Manolo-. Aquí dentro puede ser que también nos atrapen, pero si tomamos rehenes se lo pensarán un poco, ¿o no? -los otros asintieron-. Pues, ¿por qué no nos quedamos aquí dentro?

Los otros, al principio, no le entendían, no veían muy claro por dónde iba.

-Aquí dentro no hay paro ni impuestos ni sueldos ni horarios. Nos traerán lo que les pidamos con tal de que no hagamos daño a nadie. ¡Es nuestra oportunidad de hacer nuestra revolución! -exclamó Manolo dejando brotar su sueño más querido-. Aquí podremos vivir como queramos sin que nadie nos gobierne. Fuera sólo hay peligros.

Era el momento en el que tocaba que los otros se rieran ante sus narices. Manolo se calló y dirigió una mirada expectante a sus amigos. Fue extraño. Los tres lo miraban entre sorprendidos y emocionados. Los chicos, Paco y Lola, poco dados a pensar en profundidad, dieron muestras de rápida y alegre conformidad:

-Eso, quedémonos aquí y que nos traigan lo que necesitemos -exclamó Paco como un eco.

Don Ramón parecía menos convencido. Se le veía pensativo, preocupado. Parecía dudar.

-Es una locura -dijo negativamente-, pero, por otro lado, si no fuera por la Reme -era su mujer-, me quedaría aquí dentro a ver qué pasaba.

-Es la revolución -repitió Lola sin saber muy bien de qué hablaba.

Mientras, los supuestos rehenes se miraban los unos a los otros perplejos e incrédulos ante el inesperado cariz que tomaban los acontecimientos. Ninguno de ellos, al levantarse aquella mañana de la

cama, pensó que aquel día presenciaría un robo, se convertiría en un rehén y, finalmente, asistiría al comienzo de una revolución de pacotilla.

Manolo consultó en voz baja con sus compañeros y, después, le pidió a Mari Puri que le dejara amenazarla de nuevo de cara a la policía. Ella aceptó, así que, nuevamente, aparecieron a la puerta de la sucursal Manolo arma en mano y Mari Puri como atemorizada víctima. Manolo volvió a hablar y no hizo, precisamente, una declaración de principios revolucionarios:

-Atención. Voy a dejar salir a unos cuantos de los rehenes como muestra de buena voluntad. Como contrapartida exijo que no se nos moleste y que sean atendidas todas nuestras peticiones.

Dicho esto los dos volvieron dentro. Mari Puri estaba aún más sorprendida que antes de salir. No sabía que Manolo pretendía liberar a ningún rehén. De hecho no terminaba de sentirse rehén. Una vez dentro, Manolo anunció a los rehenes que, aquellos que así lo desearan, podían salir de allí a condición de que tres o cuatro se quedarán presos. Manolo, al decir esto, miró expresamente a Mari Puri y ella, por alguna razón, sintió que aquella necesidad de quedarse la afectaba expresamente a ella.

Los rehenes ya no sabían qué pensar. La señora de la peluquería, que ya llegaba muy tarde a la cita, estuvo en un tris de salir corriendo hacia la puerta y escapar, pero le dio miedo de que aquella oferta de liberación fuera una trampa, así que no se movió. Fue nuevamente Manolo quien tuvo que animarlos a expresar su opinión, es decir, si querían o no marcharse de allí.

Quedarse, ninguno quería quedarse más que los secuestradores. No obstante, Mari Puri, el director y Braulio, el guardia jurado, decidieron ofrecerse como víctimas, la primera por simpatía y los segundos por lo que consideraban su obligación. Curiosamente, hubo una abstención. Fue la de Fernández, a quien la curiosidad por ver en directo cómo acababa toda la historia casi le decidía a quedarse retenido. La señora de la peluquería, el joven parado, el anciano y el resto del personal del banco mostraron claramente sus deseos de marcharse. Manolo sintió un poco de lástima por el muchacho aquel, el parado, que no sentía el impulso juvenil de cambiar el mundo y unirse a los desheredados. Manolo no sabía que aquel joven también era un

desheredado, tal vez por eso no intentó convencerlo para que se quedara con ellos.

Don Ramón quiso oponerse a la marcha de tanta gente. ¿Es que se iban a quedar sin rehenes? Pero Manolo insistió en que nadie debería quedarse contra su voluntad, así que don Ramón, consciente de los libertarios principios de su revolución, tuvo que transigir.

La policía apenas dio crédito a sus ojos cuando empezó el desfile. Los rehenes salían con los brazos en alto, gritando "no disparen". No dispararon, por supuesto. Pero era increíble que los secuestradores dejasen en libertad a tanta gente de un golpe. Si esos eran unos cuantos de los rehenes debía de ser porque dentro de la sucursal había una barbaridad de gente. Cuando uno de los empleados del banco llegó hasta el jefe de la policía, este le preguntó directamente cuánta gente había allí dentro.

-¿Contando a los secuestradores? -preguntó Ramírez, el empleado, demasiado tranquilo para haber escapado de un peligro mortal.

-Hombre no, sólo los rehenes.

-Pues creo que cuatro.

El jefe de policía no lo podía creer.

-¿Y con los secuestradores?

-Ocho.

Decididamente, los secuestradores debían de ser unos memos de cuidado. El jefe de los policías, el teniente Villarte, no hizo más preguntas. Pidió un teléfono y marcó el número del banco.

En el interior quedaban, efectivamente, ocho personas: Manolo, don Ramón, Lola y Paco -los secuestradores-, el director de la sucursal, Braulio, Mari Puri y Perico Fernández -los secuestrados-. Fernández, finalmente, había decidido satisfacer su curiosidad en directo. No todos los días veía uno a cuatro pánfilos robando un banco e iniciando, seguidamente, una histórica revolución.

Cuando sonó el teléfono, fue el director del banco, don Marcial Iruña, quien lo cogió. Manolo ni siquiera protestó por aquella libertad de su rehén. Era un oficial de policía. Quería hablar con los secuestradores. Así que Manolo le pidió el auricular al director y preguntó, como si fuera un telefonista:

-¿Diga?

-Soy el teniente Diego Villarte de la Policía Nacional. Se han metido ustedes en un buen lío. Si abandonan inmediatamente esta locura todavía podrán salir bien parados de este embrollo. Si no, tengan por seguro que el final de la historia será trágico para ustedes.

El teniente sonaba muy profesional. Posiblemente había largado aquella charla a muchos otros criminales. Claro que, a pesar de llevar una pistola en la mano, Manolo no se veía a sí mismo como un criminal. Quizá por eso no se dejó amilanar por la voz autoritaria del teniente.

-Cállese imbécil -le dijo con absoluto desdén-. Aquí las órdenes las doy yo. ¿Entendido? Soy el secuestrador. No hay nadie más conmigo. ¿Entendido? Pero estoy armado hasta los dientes y estoy dispuesto a acabar con estos siete rehenes si no hacen lo que yo les diga cuando y como yo les diga. ¿Entendido?

¡Hala! A ver si con eso no se había acojonado el teniente ese de las narices. Manolo se calló un momento y miró a sus compañeros y a los secuestrados. Don Ramón parecía enfadado. Realmente no le había gustado eso de verse apartado de su papel de ladrón y secuestrador. Aquel bobainas de Manolo se había cargado el muerto para él solito, como si a los demás les fuera a servir de algo su palabra en caso de que los cogieran a los cuatro. Mari Puri lo miraba admirada. El director del banco y el guardia lo observaban perplejos, el cajero divertido, Paco y Lola no le miraban, estaban demasiado ocupados -y despreocupados- dedicándose arrumacos, besitos y caricias de enamorados. ¡Anda que vaya horitas que se cogían esos para achucharse!

-¿Harán lo que les diga? -continuó Manolo.

-Sí -respondió el teniente con voz ronca, irritada-. ¿Tenemos otra opción?

-Eso está bien. Pues para empezar los secuestrados y yo queremos comida, que sea de un restaurante, los periódicos de la tarde y unas mantas para pasar la noche...

-Y una tele en color para ver las noticias -apuntó Paco volviendo a la realidad, después de abrazarse con Lola.

Manolo se lo pensó. No era mala idea. Así, de paso, podrían ver el partido de fútbol de la tarde.

-...Y una tele en color. Y también palomitas de maíz y unas latas de cerveza. Y no sean rácanos, ¿eh? ¿De acuerdo?

El teniente Villarte suspiró a través del auricular. Así que era eso. Un loco. Un psicópata o algo así. Pues sí que estaban bien después de todo. ¡Qué Dios los pillase confesados! Lo mismo a los de dentro que a los de fuera. Trabajito iban a tener.

-De acuerdo -admitió el teniente y luego, recapacitando, añadió:- Pero no les haga nada a los rehenes, por favor. Usted tranquilo, ¿eh?

Tranquilo. Tranquilísimo. Manolo era el hombre más tranquilo del mundo y ahora, allí dentro, lejos de las preocupaciones del mundo exterior, quizá podría estar más tranquilo todavía.

Los rehenes estaban perplejos. Los secuestradores, salvo Manolo, no pensaban en nada o preferían no meditar mucho acerca de aquella locura. Manolo, por fin, soñaba con su visión materializada. ¿No era aquel su paraíso soñado? Su revolución. Sin responsabilidades ni problemas ni penurias ni preocupaciones. La calma soñada.

Media hora más tarde el teniente Villarte les anunció usando la megafonía de su coche que todo lo que habían pedido ya había llegado. Un agente desarmado lo depositaría ante la puerta. Al rato, Manolo salió a recogerlo usando a Mari Puri como escudo. Estaba todo. Volvieron dentro y Mari Puri le dijo que estaba loco. Cierto. Pero ahora ya podía empezar a vivir.

.....

Mari Puri acababa de despertarse y se había puesto a preparar el desayuno para todos. Sólo Manolo estaba despierto. Tenía que vigilar, como cada mañana, que todo estuviera tranquilo. Después, una llamada a la policía para recordarles que mucha gente seguía en peligro y pedir aquello que deseaban en cada momento.

¡Dos meses de secuestro!, por llamarlo de algún modo. Mari Puri no podía creerlo. Aquella extraña aventura había terminado por convertirse en un agradable modo de vida. Si la gente del exterior supiera que los de dentro se sentían la mar de a gusto con su encierro, probablemente se decidirían a acabar con las amenazas de Manolo, envidiosos ante tanta felicidad.

Manolo la sacó de su ensoñación. Vino por su espalda y la estrechó por la cintura para depositar un cálido beso en su cuello. Estaban enamorados. Mari Puri pensó que aquello debía de ser el famoso síndrome de Estocolmo. Todos habían intimado bastante con sus secuestradores. Lo único difícil era llamar secuestradores a aquellos buenos amigos.

Mari Puri recordaba su largo encierro. Desde la sorpresa inicial del atraco y el inseguro comienzo de aquel encierro, hasta la feliz adaptación de los últimos tiempos. Los secuestradores nunca ejercieron como tales. Sólo pretendían encontrar algo de seguridad, una tranquilidad para sus vidas. Y las encontraron en aquel encierro.

Al principio los rehenes, incluida ella, se sintieron un poco incómodos. Se pensaban en manos de una peligrosa banda de locos. Al cabo, locos sí que habían resultado, pero no peligrosos sino encantadoras personas. Hasta el director de la sucursal les había tomado afecto.

Manolo, poco a poco, había logrado hacerse entender. Aunque todo había comenzado cuando se vieron empujados a un callejón sin salida después de su fracasado golpe, luego la idea tomó forma y cuerpo y resultó ser brillante y efectiva. ¿Para qué jugar el juego de la competitividad, del éxito y el fracaso, de la pobreza y la riqueza? Ese era el juego de los de afuera. Allí dentro reinaban la paz y la calma, la mayor fraternidad y la más placentera solidaridad. Bastaba con pedir por teléfono lo que necesitaban. El gobierno y la policía se lo concedían de inmediato, siempre que no fuera demasiado descabellado o imposible, para así evitar el cumplimiento de sus amenazas. Si ellos supieran. Manolo no sería capaz de matar una mosca, menos aún a sus amigos.

El director del banco, Marcial, fue quien más tardó en entrar en el juego. Aquellos desgraciados habían asaltado su sucursal, su modo de vida, pero al cabo también lo jugó. Era agradable levantarse por las mañanas sin más obligación que la de relajarse y jugar al ajedrez con el bueno de don Ramón. El guardia jurado, Braulio, también fue duro de pelar. Se sentía responsable por el éxito de los secuestradores, pero cuando Manolo y su banda consintieron en que su mujer fuera con él, se quedó más feliz que unas pascuas y se dedicó a disfrutar. Eso fue al cabo de la primera semana. Perico Fernández, el cajero, estaba feliz con aquella aventura, pero echaba de menos a su mujer, así que le pidió a

Manolo que le dejase salir. Diría que se había escapado y contaría a los policías las mentiras que Manolo quisiera poner en sus labios. Manolo sintió dejarle ir, ya que era Fernández el primero que había entendido la trascendencia social de su experimento revolucionario, pero comprendía que aquel cómodo retiro no le podía traer la felicidad si le faltaba su querida Paquita, con quien acababa de casarse y de quien hablaba emocionado todo el tiempo. Era el caso contrario al de don Marcial, que estaba feliz de haber escapado de sus responsabilidades, incluyendo en ellas a la pesada de su mujer y a los egoístas de sus hijos. Manolo sólo le puso una condición a Perico. Debía avisar a la mujer de don Ramón, la Reme, para que intentase colarse allí con ellos. Don Ramón la echaba de menos. Cuando Braulio oyó la condición, le pidió que avisara también a su mujer para que se viniera con el chico pequeño, que sólo tenía un añito, y así no sentirse tan solo. Manolo no puso ninguna pega a esta nueva solicitud y Fernández cumplió con lo pactado. Al salir puso a Manolo a parir, como si fuera un peligroso asesino. Era lo que Manolo le había pedido. Avisó a las mujeres y estas se presentaron a media tarde ante los policías. Hicieron la pamema por los micrófonos, pidiéndole a Manolo que dejase libres a sus maridos, y a todos los rehenes. Manolo se hizo el duro y sólo consintió en permitir que entrasen un momento para verlos, a condición de que se fueran de inmediato. Villarte, en un momento de debilidad, consintió y se fió del secuestrador. Las mujeres se acercaron a la puerta escoltadas por un temeroso agente y cruzaron el umbral con el beneplácito de Manolo. No volvieron a salir y, cuando los policías empezaron a ponerse nerviosos, especialmente Villarte tras las amenazas de sus superiores, Manolo montó un numerito y pegó un par de tiros con la pistola de Braulio para que todos volvieran a quedarse tranquilos, es decir, asustados por lo que podría sucederles a los secuestrados si se intentaba alguna acción.

Para Villarte aquel capullo de Manolo Contreras era un genio del crimen. Había organizado su secuestro en una pequeña sucursal de difícil acceso, encajonada entre otros edificios que hacían complicada una intervención de rescate directa. Para Manolo, por contra, nada de aquello había sido premeditado, sino una afortunada casualidad que había permitido el momentáneo éxito de su plan.

Manolo cada vez pedía más cosas para poder seguir con su secuestro. Al principio pidió como rescate una barbaridad de dinero. Cuando la policía le concedió el dinero que había pedido como rescate junto con un jet privado y la posibilidad de huida a través del aeropuerto, Manolo pidió la liberación de una serie de tiparracos cuyos nombres le sonaban de las noticias. Todos ellos criminales indeseables. Por el momento el gobierno no había aceptado sus nuevas condiciones. ¡Ojalá no las aceptara nunca!

Así que el último mes y medio había transcurrido de la forma más agradable. Estaban confortablemente instalados en la sucursal, con todas las comodidades que habían pedido que les fueran entregadas. Todos vivían en buena armonía, perezosos y alegres, satisfechos con su inactividad y entreteniendo su tiempo con todo tipo de actividades lúdicas, desde las partidas de ajedrez de los mayores hasta las timbas de cartas de Paco, Lola, Braulio y su mujer, Anita. Las conversaciones solían ser la mar de divertidas, nunca llegaban a discutir. Si alguien no estaba contento todos trataban de animarlo, si a uno le apetecía algo se procuraba satisfacerlo. Era como volver a ser niños caprichosos y sin problemas.

Mari Puri terminó de cocinar unas tortitas de maíz, de esas que se ven en las películas americanas. Anita le había enseñado a hacerlas y ahora todos las querían por la mañana, Mari Puri la primera. ¡Qué agradable era levantarse sin otra preocupación que la de satisfacer su apetito después de una noche de sueño! Mari Puri llamó a los demás. Manolo, que se había quedado ganduleando por allí, llegó a su lado el primero. Mari Puri no llegaba a comprender cómo había llegado a enamorarse de aquel hombre. En el exterior nunca habría pasado de ser un conocido más, pero allí dentro todo era muy diferente, maravillosamente diferente.

Llegaron los demás y abrieron la enorme mesa plegable. Se formó un guirigay de voces y conversaciones a media voz mientras todos desayunaban en camaradería. Tan entretenidos estaban comiendo que no se dieron cuenta del sordo repiqueteo que sonaba en la pared que daba a la ferretería de al lado. Cuando quisieron darse cuenta, la vibración de las maquinas golpeando silenciosamente contra la pared dejó de oírse y fue sustituida por un breve silencio al que siguió una potente e

inesperada explosión. Antes de que Manolo y sus secuaces pudieran reaccionar, vieron frente a ellos a un grupo de policías con el uniforme de asalto. Había un boquete en la pared y una nube de polvo rodeaba a los policías. Todos llevaban mascarilla antigás y chaleco antibalas. Los policías miraban a los comensales tan sorprendidos como los secuestradores los miraban a ellos. Uno de los policías, el que debía haber lanzado las bombas de humo y el gas lacrimógeno, se había quedado parado sin saber qué hacer. Los secuestradores y los secuestrados, al verse interrumpidos de aquel modo, se quedaron en silencio y levantaron los brazos como si los hubieran detenido a todos.

Detrás del grupo de asalto entró el teniente Villarte, con aspecto satisfecho. No se fijó en la extraña escena y pidió a sus hombres que detuvieran a los responsables. Manolo se adelantó un paso y se entregó como el único secuestrador. Ninguno de los rehenes dijo otra cosa.

-Tarde o temprano tenías que caer -exclamó Villarte orgulloso.

"Tarde o temprano el sueño debía terminar", repitió Manolo para sí mismo. El experimento revolucionario, la huida del mundo y sus responsabilidades había terminado. Pero no fue Manolo el único en sentirlo, también los demás miembros de su banda y los secuestrados lamentaron tener que abandonar aquel cómodo retiro para volver a la realidad.

.....

Más tarde se celebró el juicio. Las declaraciones de los testigos habían coincidido en decir que Manolo era el único responsable de todo aquello. Ni siquiera aquellos que sólo estuvieron en el banco durante las primeras horas se atrevieron a llevar la contraria a aquellos pobres que habían padecido dos meses de secuestro. No se conservaba la grabación del asalto. Extrañamente había desaparecido. Fernández fue el primero en sugerir que Manolo estaba loco pero los había tratado bien. Como todos lo describieron como un pobre perturbado mental, los psiquiatras que lo examinaron se consideraron en la obligación de confirmar tan aceptado veredicto. Más aún cuando el propio Manolo les relató su inverosímil versión de la revolución social efectuada en aquella pequeña sucursal bancaria. Para remate, en aquella historia sólo había un arma de verdad, la de Braulio el guardia de seguridad, las demás eran de

pega. Así que Manolo fue declarado culpable con la eximente de la enajenación mental. Manolo fue ingresado en el hospital de una prisión y Mari Puri pudo ir a visitarlo cada cierto tiempo. Manolo todavía puede disfrutar de la comodidad de la cárcel -a pesar de sus inconvenientes- mientras Mari Puri hace todo lo posible por conseguirle el régimen abierto dada la notable mejoría en su salud mental durante los últimos meses. Manolo, por el momento, se dedica a escribir unas memorias por las que le van a pagar una buena cantidad de dinero, de la que ya ha recibido un anticipo. Cuando Manolo salga de la cárcel, lo cual será probablemente antes de un año, él y Mari Puri se casarán y vivirán de los beneficios de lo que promete ser un morboso best-seller. No en vano sus memorias noveladas están llenas de todo tipo de mentiras acerca de su locura y los malos tratos dirigidos contra sus secuestrados.

Los demás personajes de esta historia no han sido tan afortunados como el sacrificado Manolo. Él pensaba hacer un favor a sus compinches eximiéndoles de las responsabilidades delictivas, pero también les eximió de la popularidad. Así que don Ramón y Reme, su mujer, han tenido que buscar trabajos esporádicos -de cualquier cosa, desde limpiabotas y señora de la limpieza hasta vendedor de enciclopedias a domicilio- para evitar el embargo de su casa. Paco sigue parado, aunque Lola ha conseguido colocarse de dependienta. Los demás han sido los más desgraciados. Don Marcial, Braulio y Fernández no han tenido otro remedio que volver a su vida anterior, de trabajadores ejemplares y sensatos -en especial don Marcial, que ha sido ascendido y tiene aún más responsabilidades que anteriormente-, después de haber comprobado el dulce sabor de la irresponabilidad y el abandono.

Juan Luis Monedero Rodrigo

CARTAS AL DIRECTOR
(sigue siendo inexistente)

DE LA LIBERACIÓN DE ALGUNAS MUJERES

Sr. Director:

El objeto de mi segunda participación en su revista es denunciar una situación muy frecuente en nuestros días que denota, en mi modesta opinión, una cierta estrechez de miras -por no decir hipocresía- entre muchas de mis compañeras de sexo.

Vivimos, al menos en este privilegiado mundo occidental, el siglo de la liberación femenina, de la cual me congratulo tanto como cualquiera de esas exaltadas que pretenden convertir su histeria en feminismo exclusivo. Las mujeres occidentales hemos alcanzado la igualdad de derechos -al menos teórica y legalmente-, el acceso al mundo laboral y a los puestos de responsabilidad. Hemos alcanzado nuestra madurez social e individual. Ya hay hombres -algunos quizá obligados por nuestra persistencia- que han aceptado la nueva situación, se han despedido de sus privilegios y han comulgado, penitentemente, con nuestras justas exigencias. Otros muchos, no obstante, todavía siguen anclados a su cómodo machismo. Que sigan así mientras puedan, que no será por mucho tiempo.

Mi denuncia no se refiere a estos hombres que tratan de defender, como todos los amos, sus privilegios. Mi denuncia alcanza a las propias mujeres. No ya a esas que practican un machismo enmascarado en tradición, esas que hablan a sus hijas de ser amas de casa y buscar buenas bodas, ni aquellas que practican el machismo en un plano más sutil. Me refiero a esa pretendida liberación consistente en escapar de las tareas del hogar como forma de realización personal.

Son muchas -permitidme que no me incluya en este grupo-, las que sitúan su éxito personal y la plenitud de su vida en realizar un trabajo remunerado y huir de las funciones de ama de casa. No digo que el trabajo no sea importante, pero tampoco es lo único. Y, por otra parte, no creo que el abandono de mi propio hogar sea la culminación de mis aspiraciones. Me parece, más bien, que el principal inconveniente de ser ama de casa es el matiz sexista del asunto.

Al hablar de estos temas hay que andarse siempre con pies de plomo. Dices cualquier cosa y ya tienes un ejército de histéricas abucheándote sin escuchar. Antes de que decidáis echarme a los leones por retrógrada, dejad que me explique.

Para empezar, no digo que las mujeres deban seguir siendo amas de casa. Digo que las labores de la casa, si una pretende que sea su

hogar, deben realizarlas aquellas personas que la habitan. Si una vive sola, pues que sea ama de casa. Si tiene marido, pues que los dos compartan las tareas de su hogar. Es cierto que muchos hombres todavía huyen de esos deberes caseros, pero es su problema. Tarde o temprano tendrán que comulgar como con tantas otras cosas. Lo que me parece más preocupante es que cuando las mujeres deciden liberarse de sus ataduras de ama de casa lo hacen añadiendo al sexismo el matiz de clases, lo cual, creo yo, sólo agrava la situación.

¿Cuál es la solución habitual que encuentran las mujeres "liberadas" para "realizarse"? Suele ser siempre la misma. Aquellas mujeres que trabajan y viven en una situación económica más o menos desahogada contratan chachas, señoras de la limpieza, niñeras, y así pueden desentenderse de cualquier labor del hogar. Otras, peor intencionadas aún, cargan sobre los hombros de sus madres o suegras las labores que su trabajo no les permite desempeñar. Y digo yo, ¿acaso no están basando entonces su liberación en la esclavitud de sus semejantes? Por eso añaden al tono sexista del asunto el matiz de clase. Ya no diré que es raro oír hablar de asistentes en vez de asistentas, o de ayos en lugar de ayas, que ese es otro problema. Lo que sí digo es que las pobres mujeres que se sacan unos cuartos -que seguramente les vienen muy bien porque seguramente los necesitan desesperadamente- trabajando de amas de casa en la casa ajena, luego regresan a su hogar y vuelven a ser amas de casa de las de siempre, sin sueldo y sin posibilidad de encasquetar sus tareas a otra -como hacen las mujeres de posibles-. Claro que también son culpables sus maridos que no las ayudan. Claro que necesitan ese dinero. Pero si muchas mujeres huyen de las tareas del hogar para sentirse realizadas, cuando se las endosan a otra pobre mujer -como trabajo remunerado- están forzándolas a alienarse con su ocupación tradicional -nada liberadora, creo yo-. Es como si estuvieran traicionando a su propio sexo y sus ideales añadiendo a la tradición sexista el no menos tradicional clasismo.

Supongo que muchas estaréis en desacuerdo con esta humilde opinión. Si me conocierais os daríais cuenta de lo difícil que me ha resultado ser humilde. Así que espero que comprendáis mi postura. Si sólo pueden liberarse las mujeres con dinero, eso no es conseguir la igualdad. Si te quieres liberar no sometas a otras a la esclavitud de la

que huyes. Si quieres liberarte fabrica un amo de casa -o medio- con tu compañero, pero no sometas a tu madre o a tu vecina a la esclavitud de la que huyes. Por más que necesite el dinero, habrá otros trabajos que pueda hacer, ¿o no?

Creo que si leyera esta carta la señora que limpia la escalera de mi apartamento me lincharía, pero esto es lo que pienso. ¡Vivan la igualdad de oportunidades y la liberación femenina! Pero sin trampas. He dicho.

Euforia de Lego

A mi muy querido Werther:

No sé cómo me atrevo a hablarte. No comprendo dónde he hallado el valor suficiente como para hacerte partícipe de mi dolor. No te descubro nada. Ya sabes que no eres el único que sufre. Quizá lo que no sabías es que alguien sufre por ti.

Confío en que todavía sigas vivo. Hace algún tiempo que no sé de ti. Tú no sabes de mí hace mucho. Lo cierto es que no sé si alguna vez existí para tu consciencia. Y, sin embargo, aquí estoy, pendiente de este tenue hilo de palabras entrelazadas que me trajo las últimas noticias acerca de ti.

Sé que eres mi Werther. Por fuerza has de serlo como ella es tu Carlota. ¿Qué te diría que me pudiera aproximar a ti? Contigo sólo comparto el dolor, pero no es el dolor lo que ha de unirnos; antes ha de separarnos.

Te preguntas quién soy. No lo sabes. No puedes imaginarlo. Como tampoco imaginas mi pena. Presumes de tu dolor porque no conoces el mío. Si el tuyo es grande, el mío es mayor puesto que nace del que a ti te atormenta. ¿Quién soy?, preguntas. Y yo digo qué mas da, pero me arrepiento y respondo, aunque sé que mi explicación nada te dirá de mi.

Pues sí, te conozco, mi querido Werther. Te conozco y desespero porque tú me desconoces y nunca podrás llegar a mí. Tu dolor te impedirá, como a mí el mío, dar cualquier inútil paso a mi encuentro. Te diré que conozco a Carlota, que por su compañía te conocí y me enamoré de ti. Por ella, antes que por ti, sé de tus dolores. Soy su

confidente, su almohada. Por ella sé de su desamor, por ella de tu dolor. Si tu corazón está roto, no lo está menos el mío. ¡Cuán ridículo es -me digo cada día- estar enamorada del amigo rechazado por mi mejor amiga!

Tal vez tu dolor no tiene cura. Lo que es seguro es que no la tendrá junto a Carlota. Y, por mi proximidad a Carlota, tampoco la tendrá a mi lado, lo cual hace doblemente incurable mi dolor.

Era triste sentir tu amor tan cerca de mí, tu dulce pálpito, tus ojos, tu alma, tu corazón, en suma, tan cálidamente próximo. Tan lejano, sin embargo. Enfocado en Carlota, en tu Carlota y mi Carlota, la que no poseerás ya jamás. Ella te trajo cerca de mí, lo justo para encender mi corazón, lo justo para sentir como se quebraba el tuyo tan sólo un instante después que el mío. Comprenderás, pues, que mi situación es aún más penosa que la tuya. Si tú te enamoraste de un alma plena, de un corazón rebosante como el de Carlota, el mío se enamoró de uno que ya estaba roto y que no podía sanar.

No me puedo comparar con Carlota. En el fondo no creo que seamos muy diferentes. No es algo que importe. Te diré solamente cuánto la envidio. Cuando la hablabas con dulzura, cuando tu aliento buscaba su oído y tus ojos errantes se posaban en ella obedientes a algún magnetismo, allí cerca estaba yo, sola y desgraciada para sentirlo. Sé que ella no quería romperte el corazón, pero lo hizo y yo no puedo componer los pedazos. Sólo me resta aferrarme a este amor desesperado desde su origen. Sólo me resta amarte y consolarte desde mi desconsuelo.

Quisiera curar tu mal. Quisiera tenerte cerca. Quisiera ser tuya como tú eres mío, puesto que ya formas parte de mi alma. Pero, como sé que es imposible ver cumplidos mis deseos, no me atrevo a ofrecerte este amor inútil. Sólo puedo hacerte partícipe de mi dolor y pedirte que no desistas en tu empeño de vencer ese enorme vacío de tu corazón. Como ves, en tu soledad no sufres solo.

Una amiga de Carlota

CARTA DEL CIP

No me hago responsable de lo que mi breve discípulo dice a continuación. Me encargó que os lo transmitiera y yo cumplo su voluntad. Debo comunicaros que, por el momento, los días en que el CIP (Centro de Investigaciones Periféricas) era una sociedad formada por dos luminarias han concluido. A partir de ahora sólo yo, Gazpachito Grogrenko, me mantengo firme en mis propósitos de desvelar los misterios de la ciencia y el mundo. El pobre Narcisito, tan brillante y útil colaborador, ha sufrido una crisis existencial. Se ha ido. Creo que se ha marchado al Tíbet a meditar con los lamas. Se buscaba a sí mismo. Decía que quería alcanzar un nuevo estadio de comprensión y madurez. Vamos, una locura que espero sea pasajera. A continuación os transcribo su carta:

Hola, de nuevo:

Digo de nuevo y es verdad, porque ya no soy el mismo. Pero digo sólo la verdad a medias porque todavía no sé quién soy ni sé lo que quiero. No sé si debo deciros mi nombre, que os resultará conocido, porque ya no me siento identificado con él ni con la persona que había detrás de esa fachada. Ahora tengo la sensación de haber malgastado mi vida durante todo este tiempo.

Pero, ¿qué sería de un hombre que pretende ser nuevo y mejor si no presume de la virtud de la sinceridad? Antes de ahora he presumido de muchas cosas, pero no, desde luego, de ser sincero. Así que ahora lo seré y os diré mi nombre. Es Narciso, y mi apellido de Lego. Os preguntaréis qué tripa se me ha roto. No lo sé. Firmé un artículo de la revista y unos días después me desperté diferente. Con la cabeza llena de preguntas, no sólo de respuestas. ¿Quién soy? ¿Dónde voy? ¿De dónde vengo? Son preguntas tan irresolubles como intrascendentes eran mis respuestas. Pero ya no puedo vivir ignorándolas. Por eso me voy. Quiero buscar la verdad, pero no sé lo que encontraré. Si encuentro algo, sea lo que sea, ya volveré para transmitíroslo.

El nuevo Narciso de Lego

CARTA DE UN NÁUFRAGO

Escribo. Es una de las pocas cosas que puedo hacer. No tiene objeto. Aunque siempre cabe la remota posibilidad de que estas páginas

lleguen a las manos de algún lector. El hecho de que estos párrafos puedan ser o no leídos casi me es indiferente. No servirá para salir de aquí. Si escribo es sólo por aburrimiento, buscando un desahogo a la desesperanza de mi retiro.

No puedo sustraerme a la tentación de intentar precisar el lugar en el que me encuentro. Aunque sé de seguro que, aun en el impensable caso de que alguien encontrase esta nota, nadie sería capaz de determinar dónde me encuentro. Se podría decir que no estoy en ninguna parte. Es cierto puesto que nadie sabe que aún existo, pero lo es doblemente porque este minúsculo pedazo de tierra que se mantiene trabajosamente emergido por encima del mar es despreciable frente a la enorme vastedad del océano.

Sí, lo has adivinado -imaginado lector al que necesariamente debo contar mis cuitas, aun sabiendo que sólo las cuento para mí mismo-, estoy en una isla desierta. Soy, bien lo sabes, un náufrago. Un Robinson aislado en unos palmos de roca que se elevan en mitad del Atlántico desafiando el poder del vacío de agua que lo rodea. ¿Cómo vine a parar aquí? Sencillo, de una sencillez pasmosamente misteriosa. Mi barco, del que era un tripulante más, fue vencido por la tormenta en mitad del océano. No había esperanza cuando el barco fue a pique sin que nadie escuchara nuestras llamadas de socorro. Sin esperanza, nos lanzamos al agua en nuestras miserables barquichuelas, a la buena de Dios. Mi barca, en la que éramos cuatro, fue volteada por el mar bravío y cada cual quedó inútilmente abandonado a sus medios. Yo, como habría hecho cualquier otro en mi lugar, pugné por vencer al oleaje, sabiendo que aquella lucha en mitad del océano estaba perdida de antemano. Mi lucha, como la de todos los seres humanos, pretendía tan sólo aplazar el momento fatídico en el que el mar había de engullirme. Mi lucha era, simplemente, tan patética como todos los miserables intentos de nuestros médicos intentando ganar unos cuantos años más a nuestra muerte cierta. Y yo, tan entregado como estaba a mi interminable esfuerzo, perdí al cabo del rato el sentido. Mi último pensamiento fue el de que había de morir en un instante.

Pero no fue así. No quiero llamarlo buena suerte, porque tampoco tengo claro que mi actual abandono sea mejor que una muerte física, tan real como esta muerte es, en lo práctico, para todo el mundo

mi involuntario retiro. Desperté en este peñasco. Lo he medido. No puede tener más de veinte metros cuadrados, puesto que no tiene más que ocho pasos de largo y tres de ancho en su extremo más grande. Es la cumbre de un volcán marino, lo sé, pero eso no hace más incierto mi imprevisible futuro. Al principio pensé que tal vez estaba muerto y que ese nuevo mundo de soledad no era ya el mío. Pero el aire olía a mar, el Sol calentaba desde lo alto, me dolían terriblemente las articulaciones y sentía un hambre espantosa. La muerte, sea como sea, no puede contener ese tipo de sensaciones egoístas que favorecen la autoconservación. No, estaba milagrosamente vivo. De lo cual me sentí satisfecho. Ahora ya no estoy tan seguro de haber sido afortunado.

No sé qué fue de mis compañeros. No sé cuánto tiempo pasé inconsciente ni cuanta distancia me arrastró el mar. Aparte de la de mis compañeros, la del tiempo fue mi primera pérdida. No tengo ningún parámetro para medirlo. Perdí la fecha y la sucesión de los días y noches es sólo un ritmo a seguir que no me puede devolver al tiempo que rige para el resto del mundo. Quizá sólo pasé inconsciente unos minutos, quizá fueron horas o días enteros. La diferencia supone que igual puede ser lunes que viernes, luego la semana ha dejado de existir, al igual que las fiestas o los cumpleaños, que sólo puedo celebrar -la palabra en mi situación casi suena a chiste- estimando las fechas por aproximación.

La soledad, enfrentarse a uno mismo y a todo un mundo hostil, son experiencias que por fuerza moldean y cambian de un modo casi inverosímil el carácter y la forma de pensar. No soy el mismo, casi en ningún aspecto, que aquel que abandonó su tierra hace mucho tiempo para encallar en esta Barataria de pesadilla. Ya no conservo ni nombre. Era sólo una expresión por la que mis semejantes me reconocían. En mi abandono ya sólo puedo ser Yo, y no respondo a otro nombre. Hablo tanto conmigo mismo que cada día me conozco menos. Creo, no obstante, que no estoy más loco que cualquiera de mis semejantes. Sólo que mis semejantes ya sólo son seres de ficción. Igual podrían ser descabelladas imaginaciones de mi mente con las que pretendo paliar mi soledad. Desde mi perspectiva, el género humano consta de un sólo individuo que se llama Yo.

Mi mayor preocupación, mi mayor lucha, es la de no perderme. No hablo sólo de una pérdida de mi espíritu a manos de mi locura. Eso ya

hace tiempo que dejó de preocuparme ya que nadie habrá que pueda juzgar mi estado mental. Es la animal pérdida física la que siempre acapara todos mis esfuerzos. Morir de hambre, morir por una catástrofe, morir ahogado en el mar o devorado por los voraces peces, esas son verdaderas preocupaciones. Las únicas que me parecen válidas ahora que no comparto el mundo de espectrales apariencias en que me movía cuando estaba vivo, es decir, rodeado por mis semejantes. Casi soy afortunado porque en mi isla puedo pescar y, cuando baja la marea y mi roca se extiende unos cuantos metros hacia el reino del mar, puedo arrancar mi sustento en la forma de moluscos, gusanos, crustáceos y algas. La primera vez no fueron repugnantes puesto que satisficieron mi hambre atrasada. Después la costumbre y la soledad los han convertido en agradables compañeros de mesa. Las únicas, aunque remotas, consciencias que acompañan mi retiro.

Me divierte pensar qué raras sonarían mis palabras a cualquier imaginario lector del mundo "civilizado" o socializado -como ahora prefiero denominarlo- que las leyera. Pero nadie ha de sorprenderse. Nadie puede pretender que mi vida sea igual a la que era. Evolucionar o morir. Claro que soy diferente. He cambiado y mi nuevo mundo me ha cambiado. Diría que he madurado, si no supiera que cualquier madurez sólo supone una adaptación momentánea a un medio cambiante como lo son todos. ¿Qué sentido tendría la existencia de un triunfador, uno de nuestros personajes notables, si se hallara en mi lugar? El mismo que la mía: ninguno. Falta saber si tiene algún sentido su existencia luminosa tan lejana a la mía.

Pero la soledad me obliga a dirigirme a ustedes. Ella es la única dictadora en este mundo minúsculo que tiene por único déspota y convencido anarquista a este ser humano que escribe creyendo que así podrá conservar su lucidez para el resto de la humanidad -cuyo reconocimiento es nuestra única prueba de la propia existencia, más allá de los juegos mentales del bueno de Descartes-, ella me obliga a civilizarme y hablar al mundo, del que siento la estúpida nostalgia de aquel que nunca volverá a su hogar -esta roca no puede ser mi hogar, sólo mi "vividero"-. Así que me he puesto a escribir. Este sí es un accidente afortunado. En mi islote no hay nada más que la roca pelada y la omnipresente vida invasora de todo -la mía y la de mis invertebrados

amigos-, pero también había una caja de madera, único resto de quién sabe qué naufragio. Y, ¿adivinan qué contenía la caja? Cuadernos de papel y plumas. La alegría de mi mente solitaria. Como no tengo botella, voy a poner la carta en una caracola y la voy a sellar con un trozo de madera. Se hundirá en cuanto la eche al mar. ¡Que la lean los peces! O mejor, que la lean esos otros muertos, los ahogados de otros naufragios, cuya soledad, allí en el fondo del mar será mucho mayor que la mía. Intentaré, eso sí, divertirlos. Pero que sean pacientes. Por hoy baste con esta primera carta. Ya habrá más noticias mías.

Suyo, muy afectísimo, se despide su amigo que no espera respuestas sino oídos:

Yo, el náufrago

EPÍLOGO

Heme aquí, yo solo, sentado en frente del final de un capítulo más de nuestra utópica cruzada en pos de la fascinación rebelde que no se conforma con la explicación del mundo que otros nos dan. ¿Petulancia?, ¿soberbia? Si a seguir tus principios y emociones sin más cauce que el respeto por la vida y todo lo que ella representa lo llaman soberbia, entonces sí lo soy y así espero ser siempre. Tú te preguntas ¿por qué? y yo te diré que por sentir, sentir que lo que yo pienso u observo es algo que me tomo en serio, saber que el guión de mi vida no lo escribe ninguna costumbre social. ¿Sabéis?, hace mucho tiempo todos caímos en un bosque, pero siempre vamos en grupo a todos lados porque las sombras de los árboles y los lúgubres caminos solitarios nos dan miedo. Es por eso que no encontramos la salida, ni la entrada, ni el comienzo, ni el fin del bosque. Aún no hemos aprendido que yendo cada uno por un camino, por distinta dirección, tal vez encontrásemos algo, o supiésemos algo, o tal vez podríamos compararnos con algo... Madurar es separarse del rebaño y, como decía Robert Frost, elegir el camino menos transitado. Vayámonos acompañados del ulular del viento, del enramado cielo, flanqueados de vetustos troncos, con el paso corto, indeciso, como los que no saben, como los que no vuelven, vayámonos hacia un mismo día en distinto sitio, hacia mil encrucijadas con mil decisiones por meditar, con mil ideas que cuestionar pero sobre todo... vayámonos.

EL PUNTO Y FINAL

Hayamos alcanzado las sombras perseguidas o no, esto es todo lo que se daba. Hemos terminado. ¡Y ya era hora! Aparentemente este número ha sido concebido más trabajosamente que los anteriores. No ha sido así. Ha sido sólo una cuestión de falta de tiempo lo que nos ha impedido bombardearte antes con nuevas ideas (o nuevas versiones de las viejas). Aunque formalmente la revista sigue el mismo patrón que las anteriores, esperamos que vuelva a aportarte una cierta frescura, si no de ideas al menos de perspectiva.

Ya sabéis que podéis enviar vuestras impresiones, opiniones y colaboraciones a:

e-mail: despertardelosmuertos@yahoo.es

Y, si lo deseáis, bajaos las revistas que no tengáis de nuestra página web:

www.eldespertardelosmuertos.es

O de nuestra página en Bubok:

http://eldespertar.bubok.es

Por último, nos resta agradecer su colaboración a aquellos que nos han regalado su voz en este número (algunos ya van siendo casi tan habituales como nosotros mismos): Almudena González Benito, Javier Gª Castro, El Guadamejud, Narciso Tuera, El temible burlón, Una amiga de Carlota y Eva Segura (que se supera cada número en el diseño de las portadas).

P.D.: Habitualmente sois muy tímidos tanto a la hora de escribir como para criticarnos o hacernos sugerencias, pero estas, a veces, sí llegan a nuestros oídos. Algunos de vosotros nos habéis sugerido que incluyamos un índice para poder seguir la pista a todos los artículos. Parece una buena idea, pero, al menos de momento, no pensamos poner índice. No queremos encorsetar las palabras ordenándolas y predisponiéndoos a consultar el índice buscando aquello que pensáis más interesante. Para gente tan desordenada y anárquica como nosotros no deja de tener su encanto haceros sufrir buscando a través de innumerables parrafadas esa página en la que dejasteis de leer el último día o esa idea que nunca sospechasteis que podría ocultarse tras aquel

insulso título. Por favor, seguid haciendo crítica (mejor constructiva, aunque la destructiva también será tenida en cuenta).